

UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS



H. CONWAY

DIAS
SOMBRIOS

NOV
PR4699
-F16
D38

70400



1020028706



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANI

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	-223d
Núm. Adg.	29057
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catálogo	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE "EL MUNDO."

HUGH CONWAY

DIAS SOMBRIOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO MATEOS"

MEXICO

OFICINAS DE LA COMPAÑIA EDITORA DE "EL MUNDO," S. A.
CALLE DE TIBURCIO NUM 20.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1999

098400

29057

223
3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

I

Una oración y un voto.

Cuando esta, que es la historia de mi vida, y de aquella parte de mi vida que contiene acontecimientos extraños y que se salen de lo común, sea leída, se verá que he cometido errores en mi modo de juzgar las cosas, que he pecado, no sólo socialmente, sino también contra la ley de mi país. Puedo alegar como excusa dos razones; la una, la fuerza del amor, la otra, la debilidad del corazón humano.

Si ellas no tienen peso en vuestro ánimo, arrojad este libro lejos de vosotros. Sois demasiado buenos para mí, y yo, demasiado humano para vosotros. No podemos ser amigos. No paséis adelante.

Nada diré de mi infancia; nada tampoco de mi adolescencia. Llegaré de prisa a los años primeros de la virilidad; a ese tiempo en que los hermosos sueños de la juventud comienzan a abandonarnos; cuando el loco impulso de la pasión tiene que ser muy fuerte en verdad para vencer nuestra sana razón; cuando la experiencia nos ha enseñado a apreciar el costo de

un paso errado, cuando el ardor de las llamas transitorias y fugaces, que abrigaba nuestro pecho en los dias de la adolescencia, se ha convertido en un fuego tranquilo y sostenido que ha de arder hasta que tan solo queden cenizas; cuando están ó deben estar en su más alto grado de desarrollo la fuerza, el carácter y la inteligencia, en una palabra, cuando se tiene treinta años.

¿Pero qué era yo entonces? Un hombre amargado, taciturno, desengañado; sin ambición, sin preocuparme por el mañana, sin meta ni objeto en la vida. Respiraba, comía, bebía en fuerza del instinto. Levantábame de mañana deseando ver el fin del día; y al retirarme de noche, cerrábans mis ojos indiferentes sin que me hubiese podido turbar la idea de que fuese por la vez postrera.

Y eso ¿por qué? ¡Ah! para saberlo, tenéis que sentaros conmigo aquí, á mi lado, junto al fuego chispeante en esta solitaria velada de invierno. Es preciso que léas mis pensamientos, que contempléis conmigo las sombras de mi pasado que se levantan delante de mis ojos. Mi pesar, mi odio, mi amor tienen que ser vuestros. En verdad que tenéis que ser uno conmigo.

Esta mirada retrospectiva puede empezar en una escena de triunfo. Podéis transportaros hasta ese día en que después de haber pasado mis exámenes con todos los honores, yo, Alberto North, adquirí el derecho de poner las letras M. D. después de mi nombre y el de ponerme á

trabajar para ganar honra y fortuna, aliviando en lo mejor de mis habilidades los sufrimientos de mis semejantes. Sin duda que diréis conmigo lo que dije entonces, lo que digo todavía: "He ahí una noble carrera: una vida llena de interés y de provecho."

Luego podéis verme lleno de ánimo y de esperanza y listo á desempeñar la más árdua labor; veréis cómo llegué á una ciudad de provincia, resuelto á crearme una clientela. Veréis cómo después de la lucha inicial indispensable, gané base sólida en terreno firme; cómo vino mi nombre á ser conocido, y cómo en fin, todo parecía en vía de éxito feliz.

Podréis contemplar el sueño que por breve espacio llenó de luz mi vida, y ver luego como se deshizo, dejando en pos de sí triste obscuridad. Podréis ver á la mujer que amé.

No, me equivoco. A ella no la podréis ver, sólo yo, yo no más puedo ver á María como la veía entonces, como la veo todavía.

¡Santo cielo! ¡Cuán hermosa era! ¡Cuán gloriosa su rica belleza de morena! ¡Cuán diferente de esas muñecas blancas y rosadas que tan á menudo he oído hablar como tipos de perfección! Corría en sus venas tibia sangre meridional que teñía sus mejillas de sonrosado color. Inglesa era su madre, pero la hija debía á España esa gracia exquisita que era suya, esa sombría obscuridad de sus negros ojos velados por largas pestañas, esa abundancia de suave cabello negro como la noche, esa natural ardiente y apasionada, ese porte y dignidad de

reina. Altas dotes le vendrían por parte de su madre inglesa; pero su belleza, toda de un padre a quien nunca conoció: un andaluz que murió cuando su hija era muy niña todavía.

A pesar de su gracia extranjera, María era inglesa. Su origen español era tan sólo una tradición en su memoria. Nunca había pisado la tierra nativa de su padre y el idioma que él hablaba era extraño á su oído. Nació en Inglaterra, en donde su padre, cuya ocupación ignora cuál fuera, parece haber pasado muchos años de su vida. ¿Cuándo empecé á amarla? Preguntad más bien cuándo la vi por primera vez. Aun entonces, cuando cayeron sobre ella mis ojos, comprendí, como por una revelación repentina, que para mí el vivir y el amarla, de ahí en adelante serían una misma cosa. Hasta entonces no había visto una mujer en el mundo cuya presencia sola bastase para apresurar las palpitaciones de mi corazón. Me habías hablado y yo había leído de amores que tal hacen. Y de ese amor me había reído yo. Parecióme que en mi vida atareada y llena de trabajo no había campo para una pasión tan absorbente. Y á pesar de ésto, en un momento amé como ningún otro antes de mí y ahora aquí, contemplando las vacilantes llamas del fuego que arde en la chimenea, me digo y me repito, que esta vida sin objeto y sin ambición, que es mi vida, es la única posible para aquel que amó á María sin lograr ser amado de ella.

De la manera más prosaica nos encontramos

la primera vez. Asistí como médico á su madre que sufría de una antigua afección. Al principio de médico solamente fueron mis visitas, luego fueron de amigo y tenía yo amplia libertad de hacer la corte á la hija á todo mi sabor.

María y su madre vivían en una pequeña casa en las afueras de la ciudad. Sin ser ricas tenían lo bastante para vivir modestamente. La madre era una señora dulce, modesta y resignada en medio de sus sufrimientos. Su salud era pésima. Lo único que parecía hacerle algún bien era el cambio continuo de aire y de localidad. Después de recetarla durante seis meses, en conciencia tuve que confirmar la opinión de su médico anterior, recomendándole que cambiase de residencia.

Lleno de pesar estaba mi corazón cuando le di este consejo, que al ser seguido implicaba que María y yo teníamos que separarnos.

¿Por qué durante estos seis meses, amándola apasionadamente como la amaba, no me había hecho dueño de su corazón? ¿Por qué, al separarse de mí, no lo hacía como mi prometida? ¿Por qué nos separábamos?

La respuesta es corta. María no me amaba. No que en palabras me lo hubiese nunca dicho, que en palabras nunca le pedí su amor, Pero ella sabía que yo la amaba, tenía que saberlo. Si cuando estaba con ella cada mirada, cada acción mía revelaba la verdad. Las mujeres, en tales casos, no son tontas ni ciegas. El hombre que, amando como yo amaba, pue-

da esconder el verdadero estado de sus sentimientos, es superior á los demás mortales. Yo nunca habla hablado; ni me atrevia á hacerlo. Prefería la duda, dentro de la cual cabe la esperanza, á la certidumbre que había de traer consigo la desesperación. El día en que María rechazase mi amor sería para mí como el día de mi muerte.

Por otra parte ¿qué tenía yo que ofrecerle? Aunque mis esfuerzos empezaban á obtener éxito, todavía sólo podía ofrecer á la mujer que hubiera de ser mi esposa, el que compartiese conmigo una pobreza relativa. Y María, ¡ah! yo quisiera rodearla de todo el lujo de la tierra, todo lo que la riqueza puede comprar, ella lo merecía. Si la hubieseis visto en el esplendor de su belleza juvenil, os habríais sonreído de lástima ante la pretensión de un pobre y mal pagado médico que quería hacer de ella su esposa. Habríais declarado que á sus pies debía ella tener el mundo entero!

A pesar de mi pobreza, si ella me hubiese amado, yo me habría atrevido á creer que podía ser feliz como esposa mía. Pero ella no me amaba, y además era ambiciosa.

Ella sabía bien—y ¿quién se atrevería á culpárle por ello?—cuánta era su hermosura. ¡La ofenderán mis palabras cuando diga que en ese entonces ella esperaba encontrar en aquél que la amase dotes de riqueza y de alta alcurnia? Ella sabía que era reina entre las mujeres y esperaba que se le ofreciesen regios tributos.

(Bien de mi vida, si son crueles estas pala-

bras, serán las más crueles que se atreva á pronunciar mi labio contra ti. Pérdónalas.)

Eramos amigos—tuys amigos. Esas amistades son la maldición del amor. Crean falsas esperanzas, fingen una mentida seguridad, extravían el ánimo, son báculo que de repente se rompe y hiera la mano que en él se apoya. Y esto, porque parece que de tan poco se necesita para que en amor se torne la amistad: sin embargo ¡cuán raras veces se obtiene ese poco! Aquel amor que tuvo su principio en el odio ó en la antipatía, es á menudo más feliz que aquel nació en la amistad. Los amantes no pueden ser amigos.

María y su madre se fueron de la ciudad y permanecieron en Londres durante algún tiempo.

De vez en cuando tenía noticias suyas y una ó dos veces, estando en Londres, estuve á visitarla. Así pasaron los días: me ocupaba con ahínco en las labores de mi profesión, tratando de ahuyentar á fuerza de trabajo ese sueño, de sacarlo de mi vida. ¡Esfuerzo vano! ¡Amar á María un día era amarla para siempre!

Una mañana recibí una carta suya. Rasgué el sobre. Halléla portadora de tristes nuevas. Su madre había muerto de repente y María se hallaba sola en el mundo. Hasta donde yo sabía, ella no tenía allegados ningunos, más creí, tal vez esperé, que tampoco tuviese más amigo que yo.

No vacilé un instante. Esa tarde estuve en Londres. Si no podía llevar alivio para su enor-

me pena, al menos podía simpatizar con su dolor y encargarme de todos aquellos detalles que son séquito indispensable de una muerte.

¡Pobre María! Se alegró de verme. A través de sus lágrimas brilló en sus ojos una mirada de gratitud. Hice cuanto pude para ayudarla y permanecí en la ciudad hasta después de los funerales. Había llegado el momento de volverme. ¿Qué iba a ser de María?

Parientes, no tenía ningunos, ni me habló tampoco de una casa amiga en donde quisiesen ofrecerle abrigo. No me había equivocado cuando la creí sola en el mundo. Vuelta mi espalda, ido yo, no tendría nadie á quien pedir ayuda ó simpatía.

Sin duda que debió ser esa absoluta soledad en que la veía la que venció mi buen juicio, y la que, á pesar del dolor que la oprimía, me llevó á arrojarme en sus pies y á declararle el deseo de mi corazón. No puedo recordar mis palabras, pero creo—sé que abagué mi causa con elocuencia. Las pasiones como la mía dan poder é intensidad al hombre más tímido. Sin embargo, mucho antes de terminar mi súplica, comprendí que suplicaba en vano. Sus ojos, su manera de escucharme, claramente me decían que no me amaba.

Luego, recordando su posición indefensa, me contuve. Roguéla que olvidase las palabras que habían salido de mis labios; que no diese á ellas respuesta alguna; que me las dejase repetir después de algunos meses; que me dejase ser su amigo y ayudarla y serviría como tal.

Sacudí la cabeza y me tendió la mano. Lo primero, indicaba que rehusaba mi amor, lo segundo, que aceptaba mi amistad. Me impuse una calma que no sentí y sin más, discutimos sus planes para el porvenir.

Vivia en una casa de huéspedes en una calle tranquila cerca de Hyde Park. Me manifestó la intención de permanecer allí algún tiempo.

—¡Sola!—exclamé.

—¿Porqué no? ¿Que tengo que temer? Sin embargo, si usted sugiere otro plan, estoy lista á aceptarlo.

No pude sugerir plan alguno. María ya tenía veintian años y heredaba inmediatamente la fortuna de su madre. Esta le bastaba para vivir. No tenía amigos y le era preciso vivir en alguna parte. ¿Por qué no habría de permanecer donde se hallaba? Á pesar de estas consideraciones no pude ménos de temblar al pensar en los peligros que corría esta hermosa niña sola en Londres. ¿Por qué no podía amarme? ¿Por qué no había de ser mi esposa? Tuve que apelar á toda mi fuerza de voluntad para no estallar de nuevo en súplicas apasionadas.

Una vez que me negaba el derecho de disponer de su porvenir, nada más podía yo hacer. Me despedí de ella lleno de tristeza y volví á mi casa á vencer ese infeliz amor, ó á sufrir más hondamente su aguijón.

¡Vencerlo! Esos amores no se vencen. Son la vida, la existencia misma del que los tiene. Nunca estaba María ausente de mis pensamientos; tristes ó alegres, ella era siempre su centro.

De vez en cuando me escribía; pero sus cartas no me daban detalle alguno sobre su modo de vida; estaban llenas de cariño amistoso, pero me inspiraban muy poca esperanza.

Esta no había muerto en mi pecho: Comprendí que había obrado con precipitación al hablarle de amor tan poco tiempo después de muerta su madre. Era preciso dejarla volver en sí de ese golpe y entonces repetiría mi súplica. Fijé tres meses como el tiempo que era preciso esperar antes de volverla á hablar de amor. ¡Tres meses! ¡Cuán pesados se arrastraron esos días! Al acercarse el fin de esta prueba que yo mismo me impuse, parecióme que en las cartas de María había un tono más alegre. ¡Pobre de mí que auguré bien de él! Diciéndome que un amor como el mío tiene que triunfar al fin, fui á Londres y ví una vez más á María. Me recibió bondadosamente. Aunque estaba vestida de luto riguroso, nunca me había parecido tan hermosa. No dejé pasar muchos instantes después de saludarla antes de prorrumpir en mi súplica amorosa. Me contuvo á las primeras palabras:

—Calle usted, por piedad, me dijo; he olvidado sus palabras del otro día; seamos amigos.

—¡Nunca! exclamé apasionadamente. María una vez por todas dígame si me puede amar. Me miró con compasión.

DI —¿Cómo pudiera mejor contestar? dijo pensativa. El remedio más doloroso es tal vez el menos cruel. Alberto, ¿me entenderá usted si le digo que es demasiado tarde?

—¡Demasiado tarde! ¿Qué quiere usted decir? Acaso otro.

Las palabras murieron en mis labios al ver que María retiraba del cuarto dedo de su mano izquierda una simple argolla de oro. Alzó sus ojos á los míos como suplicándome. Entonces, hablando en voz baja é inclinando su hermosa cabeza, prosiguió:

—Antes de ahora debía haberlo dicho á usted, pero había razones para que no lo hiciese, y aun ahora mismo he dado mi palabra de no decirlo á nadie. Si muestro á usted esta argolla, es porque sé que usted no tomaría otra respuesta.

Levantéme sin decir una palabra, parecíame que el cuarto giraba en torno mío. La única cosa que veían mis ojos era ese maldito anillo de oro en su blanca mano, ese simbolo de posesión por otro. En ese momento la esperanza y todas las dichas de la vida me parecieron barridas para siempre de mi existencia.

Sin duda que mis facciones debieron indicarle el estado de mi ánimo. Vino hacia mí y puso su mano sobre mi brazo. Al sentirla me estremecí como una hoja. Me miró de frente y había en sus ojos un ruego:

—Alberto, me dijo, yo no merezco esto. Nunca lo habría hecho á usted feliz. Usted olvidará, encontrará otra. Si yo le he hecho daño á usted, si lo he extraviado, dígame que me perdona. Sea usted mi amigo, mi amigo verdadero, déjeme oír de su boca un voto por mi felicidad.

Traté en vano de obligar á mis secos labios

á que pronunciasen alguna frase convencional. ¡Imposible! las palabras se negaron á venir. Me desplomé en una silla, cubriéndome el rostro con las manos.

La puerta se abrió de repente y un hombre se presentó en la estancia. Alto, notablemente buen mozo y como de unos cuarenta años de edad, iba vestido con la más escrupulosa elegancia, parecióme, sin embargo, que había algo escrito en sus facciones que me decía que esa no era la cara de un hombre bueno. Al verme poner en pie, sus ojos se dirigieron de mí á María con un aire de curiosidad sospechosa.

—El doctor North, un antiguo amigo de mi madre y mío, dijo ella con entera calma.

Mr. Farmer, añadió, y al pronunciar ese nombre que yo comprendí ya que era el suyo propio, un ligero rubor cubrió sus mejillas.

Me incliné mecánicamente. Hice algunas observaciones vagas y sin importancia sobre el tiempo que hacía y otros asuntos de la laya; luego estreché la mano de María y salí de su casa, el más infeliz mortal en Inglaterra.

¡María casada, y casada en secreto! ¿Cómo pudo rebajarse su orgullo á una unión clandestina? ¿Qué clase de hombre era aquél que había ganado su amor? ¡Cielo santo! ¿Qué gusto bien difícil debía de ser aquél que no quería mostrar conquista tan hermosa á la luz del día! ¡Villano! ¡Miserable! ¡Cobarde! Pero no, acaso tenga buenas razones para ocultar su matrimonio; razones que María conoce y que ella aprueba. Ni una palabra contra ella. Todavía es ella

mi reina, la única mujer en el mundo para mí. Bien hecho estará lo que ella ha hecho.

Pasé una noche de insomnio. Por la mañana le escribí á María deseándole toda felicidad; al menos podía hacer que mi pluma me obedeciera cuando á hacerlo se negaba la lengua. Ni una palabra dije acerca de su matrimonio secreto, ni de los males que de tales matrimonios tantas veces resultan. Pero, con un presentimiento del mal futuro, le supliqué que recordase que éramos amigos y que, aun cuando yo no podría verla más, si alguna vez necesitaba la ayuda de un amigo, una sola palabra suya bastaría para traerme á su lado. Ni una expresión de amor ó de pesadumbre. No, ningún pensamiento del pesar mío habría de chocar con la felicidad que sin duda ella se prometía. ¡Adiós para siempre, único sueño de mi vida! ¡Adiós, María!

En estos tiempos positivos, sin romancitismo, una pasión como la mía tiene que aparecer un anacronismo incomprensible. Nada importa, sea al ridículo ó á la simpatía, no hago más que descubrir el verdadero estado de mi ánimo y mis pensamientos.

No quise volver inmediatamente á mi casa. La idea de volver á mi solitario hogar, á devorar, por decirlo así, mi propio corazón, me hacía estremecer. Arreglé las cosas de modo de permanecer en Londres algunos días, tratando de olvidar en el torbellino de lo que llaman placer el recuerdo que me perseguía. ¡Vano es

fuerzol ¡Cuántos infelices han probado ese remedio con idéntico resultado!

Cuatro días después de mi entrevista con María me hallaba recorriendo la ciudad en compañía de un amigo que a todo el mundo conocía. Al pasar en frente de uno de los clubs selectos y aristocráticos, vi de pie, en la escalera que de la calle conducía a la puerta y conversando con otros hombres a aquél que sabía yo era marido de María. Su cara estaba vuelta en dirección opuesta a la mía, lo que permitió señalarlo a mi amigo.

—¿Quién es ese hombre? pregunté.

—Ése que tiene una camelia en el ojal de la levita es Sir Mervyn Ferrand.

—¿Quién es él, qué hace, qué clase de hombre es?

—Es un barón no muy rico y casualmente el tipo de hombre que uno debe esperar hallar en la puerta de ese club. Gran favorito entre las señoras, me dicen.

—¿Es casado?

—Sábelo Dios, yo no lo sé. Nunca he oído hablar de ninguna señora Ferrand, aunque sin duda no serán pocas las que tienen derecho moral al título.

¡Y este hombre era el marido de María! Aparté los dientes. ¿Por qué se había casado con ella bajo un nombre falso? Y si ella sabía que el nombre bajo el cual me lo había presentado era falso, ¿por qué fué éste asumido? ¿Por qué se casaron clandestinamente? No sólo Sir Mervyn Ferrand, sino el más noble de entre la no-

bleza debiera haberse sentido orgulloso de ganar el amor de María. Mientras más pensaba en esto, mayor era mi infelicidad. El solo pensamiento de que acaso fuese ella víctima de un engaño, me volvía casi loco. ¡Qué angustia tan horrible la de pensar que ella, la reina de mi vida, pudiera un día ballarse humillada en el polvo de los ardidés y engaños de un villano! ¿Mas, qué podía yo hacer?

Mi primer impulso fué el de pedir una explicación allí mismo a sir Mervyn Ferrand. Mas para hacerlo no tenía yo autoridad ninguna. ¿Qué otra cosa era yo para María sino un amante rechazado? Por otra parte comprendía que su secreto me lo había revelado en confianza. Si las razones que para ocultarlo existían eran buenas, yo pudiera hacerle irrisparable mal dejando a este hombre comprender que yo sabía cuál era su verdadera posición. A él no podía llamarlo a cuentas, pero algo había yo de hacer, no fuere que más tarde mi pensar fuese amargado con el reproche, que yo mismo pudiera hacerme, de haber omitido algo conducente a la felicidad de María.

Al día siguiente visité a María. Al menos ella podría decirme si el nombre bajo el cual se había casado era el verdadero ó el falso de su marido. Desgraciadamente hallé que había partido el día anterior para no volver más. El ama de la casa no tenía idea adonde se había ido, pero creía que su intención era salir de Inglaterra.

Después de esto me olvidé de toda prudencia.

Con alguna dificultad encontré la dirección de sir Mervyn Ferrand y fui á buscarlo al día siguiente. Hallé que también se había ido de Inglaterra sin que se supiese para dónde.

Toda esperanza de hacer un bien á María estaba perdida. Me retiré lleno de tristeza. Que el matrimonio fuese falso ó verdadero, María se había ido en la compañía de un hombre que por motivos propios, suyos, decía llamarse Farmer, siendo su nombre verdadero sir Mervyn Ferrand.

Volví á mi casa, y allí, en medio del naufragio de la felicidad de mi vida, murmuré una oración y pronuncié un juramento. Rogué que el honor y la dicha cupiesen en suerte á aquella á quien yo amaba; juré que si era engañada, yo mismo con mi propia mano tomaría venganza en aquel que la engañase.

No rogué por mí mismo, ni siquiera pedí el consuelo del olvido. Había amado á María. La había perdido para siempre. El pasado, el presente y el futuro estaban condensados en estas palabras.

II

Un golpe villano.

Me dicen que hay naturalezas tan fuertes que pueden aplastar el amor que las conturba. ¡Ah! no amores como el mío. Dicen que el tiempo sana todas las heridas, no heridas como la mía. Toda mi existencia sufrió un cambio cuando María me mostró su anillo nupcial, y esto no era extraño: desde ese momento la esperanza partió de mi vida y yo fui otro hombre.

La vida no valía la pena de vivirla. El aguijón de la ambición embotado, ida el ansia de renombre y fama, y perdido el interés que hasta entonces había tenido en los asuntos de mi profesión, parecíame que mi ser había perdido su fuerza y elasticidad. Meses y meses trabajé maquinalmente, nada me importaba el ver como crecía mi clientela. Trabajaba sin cuidarme de mi tarea y el buen éxito no me daba placer alguno. El aumento en el número de mis enfermos me era positivamente molesto. Mientras

hiciese bastante dinero para suplir á mis necesidades diarias, ¿qué me importaba lo demás? ¿Para qué me hubiera servido la riqueza? ¿Para qué me servía la vida? No era extraño que todos mis amigos de antes me abandonasen. Mi humor en esos días era insoportable. No necesitaba amigos. Me hallaba solo en el mundo y habría de permanecer siempre solo.

Así continuaron las cosas por más de un año. En vez de mejorar, empeoraba. La obscuridad aumentaba en torno mío, mi cinismo se confirmaba más y más. Cada día era mi vida más inútil y sin objeto. Estas no son simples meditaciones de amante. Al poderlo hacer no os las impondría. Pero preciso es que sepáis el estado exacto de mi ánimo para comprender mi conducta subsiguiente. Aun ahora mismo me parece que estoy escribiendo estas líneas con la sangre misma de mi corazón.

Ni una palabra de María. No traté de averiguar donde se hallaba, ni di paso ninguno para buscarla. No me atrevía á hacerlo. Ni un momento siquiera la olvidé, y á través de esos largos y pesados meses traté de pintármela feliz y digna de ser envidiada; más á pesar de mí mismo no podía menos de estremecerme al pensar en la suerte que pudiera haber corrido.

Durante todo este tiempo abrigaba una profunda convicción de que día llegaría en que yo supiera si mi oración había sido escuchada ó si me era preciso cumplir mi juramento.

Sumido en esta misantropía, no me produjo el menor placer la noticia que entonces recibí

de que un pariente distante, de quien nada tenía que esperar, había muerto, dejándome la mayor parte de su gran fortuna. Nada me importaba esta riqueza inesperada, de la cual no había de derivar más utilidad que la de libertarme de una labor que había perdido ara mi todo interés. ¡Ah! si esa fortuna me hubiera venido dos ó tres años antes; pero ¡ay! todas las cosas en la vida llegan demasiado tarde. Ahora que ya no tenía que mezclarme con mis semejantes para ganar el sustento diario, llegué hasta el grado de huir de ellos. Ya no existía en mí el deseo que tuve en mi juventud de visitar extrañas tierras. Dispuse, ó más bien traspasé mi clientela al primero que quiso tomarla. Me fui de la ciudad y compré cerca de la villa de Roding una pequeña casa de campo. Aquí nadie me conocía y podía yo vivir á mi antojo, y durante meses llevé vida de ermitaño.

Suplía á mis necesidades un criado que me acompañaba hacia algunos años. Este era un hombre leal y honrado como el día, estólido como una esfinge, y me profesaba tal cariño que no tuvo inconveniente en encargarse de todas las tareas de la casa, aun de aquellas de las que ordinariamente se encargan las mujeres.

Mirando como médico esos días de soledad absoluta, me maravillo de lo que hubiera podido resultar si las circunstancias no me hubiesen forzado de nuevo á salir al mundo de los vivos. Firmemente créo que si yo hubiese continuado cavilando en soledad sobre mi pesar, aquello habría acabado por afectar mi cerebro,

y tarde ó temprano se habrían desarrollado los síntomas de melancolía. Hablando profesionalmente, creo que habría acabado por suicidarme.

Aun en medio de mi degradación debí de comprender los peligros de la senda que pisaba, porque después de haber pasado seis meses sombríos en mi casa solitaria, traté de animarme para buscar un cambio de escena. Me hacía estremecer la idea de abandonar mi tranquila habitación, y sin embargo, cada día tomaba la resolución de hacerlo.

Los días se sucedían los unos á los otros y yo me encontraba allí todavía. Tenía libros y á veces leía varios días de seguido, luego arrojaba el volumen lejos de mí, preguntándome con amarga sonrisa hacia qué fin dirigía mis estudios. ¡La acumulación del saber! ¡Bah! de buena gana daría yo toda mi ciencia, toda la ciencia que pueda adquirirse en una larga vida de estudio y de constancia, por estrechar á María una vez no más contra mi corazón y oírla decir que me amaba. Si en el torbellino de los hombres, en medio de duro trabajo, me había sido imposible conquistar mi pasión sin esperanza, ¿cómo podía esperar hacerlo viviendo como vivía?

Basta. Ya casi terminan mis descripciones egoístas. Ahora ya sabéis porque dije que era preciso que os sentaseis á mi lado, junto á mi fuego solitario, y que era preciso que entraseis dentro de mí mismo para comprender el estado de mi ánimo. De vuestra organización dependerá el que tengáis ó no simpatía conmigo. Si

estáis organizados de modo que el amor de una mujer, y de una sola, pueda llenar todo vuestro ser, ocupar todos vuestros pensamientos, dirigir todas vuestras acciones y hacer que la vida sea una dicha ó una maldición para vosotros, si éste es el modo como sentís el amor, entonces me comprenderéis.

La noche en que por primera vez me presenté á vosotros, parecíame que mis heridas nunca sanarían y que nunca alcanzaría el alivio del olvido. Parecíame esa noche que mis pensamientos, al emprender la tan trillada senda hacia el pasado, hallaban todos los acontecimientos frescos, como si acabasen de suceder, todas las escenas vividas, como si las acabase de abandonar. Hora tras hora pasé contemplando los encendidos tizones que brillaban en el rescaldo; mis ojos tan sólo veían el amado rostro de María. ¿qué suerte habría corrido? ¿En dónde estaría en ese instante? Una vez más resolví abandonar mi aislamiento, resolví salir al mundo, resolví buscarla, y para tomar tal determinación no me guió motivo alguno de egoísmo. Tan sólo quería saber de sus propios labios si era feliz. Mas si era desgraciada, yo le traería todo el consuelo que el cariño de un verdadero amigo puede dar. Si, mañana mismo cesará este estúpido modo de vivir. Cubrióse de rubor mi mejilla al solo pensamiento del contraste que había entre lo que yo era y lo que debiera ser. Ningún hombre tiene el derecho de ocultar su talento ó de arruinar su vida por amor á una mujer.

Además, tenía otro motivo para inducirme a cambiar de vida, que me avergüenzo de no haber mencionado antes. Acababa de recibir una carta de mi madre, á quien hacía seis años no veía, en que me anunciaba su próxima llegada. Al llegar yo á mi virilidad, ella se había casado en segundas nupcias con un americano. Poco tiempo después de esto se separó de mí—bañada en lágrimas—para ir á su nuevo hogar allende el Océano. Al tiempo de esta narración hacía poco que había envidado: quise irme á acompañarla, mas ella se opuso. De su segundo enlace no había tenido hijos y resolvió volver á Inglaterra después arreglar todos sus asuntos. Según su carta, en que me indicaba que deseaba encontrarme en Londres á su llegada, debería estar en dicha ciudad en los próximos tres días.

Aunque en los últimos años habíamos estado separados, yo le profesaba un profundo cariño. La idea de que ella me hallase, á mí, su único hijo, reducido al estado en que me hallaba, me era penosa en extremo, y por amor á ella resolví una vez más abandonar mi retiro.

Bien sabía yo, sin embargo, que la resolución me habría de faltar y que una vez más estaba destinado á hundirme en mi inútil existencia y apatía indiferente. ¡Ahl! ¡cuán poco me imaginaba yo entonces los acontecimientos que traería el mañana! Volvamos ahora á aquella noche. Era á mediados del invierno y afuera hacía un frío penetrante. Aun no había encendido mi lámpara y en la estancia no había más

luz que el vago resplandor del fuego en la chimenea. Ni siquiera había juntado las cortinas ni cerrado las celosías. De vez en cuando contemplaba las estrellas. Su brillo es tan tranquilo, tan silencioso, tan frío; parece ser tan distinta cosa de todo lo que hay en este mundo; tan lleno de luchas, de fieras pasiones, de negros desengaños. Levantéme perezosamente de mi silla y me dirigí hacia la ventana para ver qué noche hacía; al acercarme pude ver que el cielo se había oscurecido y que menudos copos de nieve comenzaban á amontonarse en los rincones de mis vidrieras. Puse la cara contra el vidrio y tendí la vista hacia afuera en las sombras de la noche.

Allí, á una yarda no más de distancia, vuelto hacia mí su rostro pálido y severo como el de la muerte, fijos en mí los negros ojos, estaba una mujer y esa mujer era María, el amor de mi vida.

Permanecí durante algunos instantes como hechizado contemplándola. En un principio no se me ocurrió que lo que tenía delante de los ojos era algo más que un mero fantasma, parto de mi acalorada imaginación. La imagen de mi amor se me había aparecido en mis sueños una y otra vez, pero esta era la primera ocasión en que, despierto, mis pensamientos habían podido conjurar tal visión. Visión, sueño, realidad. Me estremecí al contemplar esa figura que no era otra que la de mi María al parecer en profunda desgracia.

Sólo al ver la capucha que cubría su cabeza

ponerse blanca y más blanca á medida que sobre ella se iban amontonando los menudos copos de nieve que caían sin cesar, se despertaron mis sentidos, y comprendí que María, María misma estaba delante de mis ojos. Dando una ligera exclamación de alegría, abrí con precipitación la ventana, y María, sin decir una palabra, entró en la estancia dejando atrás la noche negra y helada.

Llevaba una rica capa de piel que la envolvía de la cabeza á los pies. Cuando pasó cerca de mí, pude sentir que estaba empapada por la nieve medio derretida. Cerré la ventana y henchido de ansiedad el corazón, volví hacia mi inesperado huésped. María permanecía de pie en el centro de la estancia; su capa yacía por tierra y en medio de la obscuridad alcancé á discernir su rostro y sus blancas manos, que tomé entre las mías: estaban frías como témpanos de hielo.

—María, María, exclamé ¿por qué está usted aquí? Que sea la dicha ó la desgracia la que guió sus pasos, sea usted bienvenida, mil veces bienvenida.

Un ligero estremecimiento sacudió su cuerpo, sin decir una palabra estrechó mis manos entre las suyas. La llevé cerca de la chimenea y aticé el fuego hasta hacer saltar una llama alegre y brillante. Ella se arrodilló y tendió las manos hacia adelante en busca de calor. ¡Cuán pálida estaba, cuán distinta de la María de otros tiempos; pero á mis ojos cuán hermosa!

Al contemplar esa bella mujer de hinojos—cual avergonzada—en mi presencia, me convencí de que sería llamado á cumplir mi juramento, y lo repetí de todo corazón.

Por fin levantó sus ojos hacia los míos; había en ellos un brillo sombrío que nunca antes había observado yo.

—María, María, exclamé de nuevo.

—Traiga usted una luz, murmuró; quiero contemplar otra vez un rostro amigo: es decir, si todavía es usted mi amigo.

—Sí, su amigo, su amigo verdadero, exclamé apresurándome á cumplir su orden.

María, que estaba de hinojos, se puso de pié cuando traje una lámpara y la coloqué sobre la mesa. Pude entonces ver que vestía el más riguroso luto. No sé decir si la idea que entonces atravesó mi cerebro, de que acaso María era viuda, me produjo una sensación de placer ó de pena. Confío—por lo menos me atrevo á esperar que fué esto último lo que sucedió.

Permanecimos un momento en silencio. Parecía que mi agitación, mi encanto al volverla á ver, me hubiesen privado del uso de la palabra. Sólo podía contemplarla y decirme una y otra vez que no soñaba, que era María misma quien estaba delante de mis ojos, que era su voz la que había oído y sus manos las que había estrechado. Era María, pero no la María de otros tiempos.

Parecía que su belleza ardiente, exuberante y altiva, sin ser menos, fuese menos orgullosa. Su rostro había perdido el color sonrosado

y sus facciones mostraban que había sufrido— que sufría todavía. A mí me pareció que la enfermedad las había ennoblecido, lo que muchas veces sucede. Por otra parte, si había estado enferma, su mal había sido de corta duración, pues su talle era tan esbelto y soberbio, sus brazos tan firmes y arrogantes como siempre. Temblé al mirar esa cara orgullosa y pálida y esos ojos oscuros y solemnes. No me atreví a preguntarle qué motivo la había traído hasta mí.

Ella fué la primera en romper el silencio:

—Está usted muy cambiado, Alberto, me dijo.

—El tiempo nos cambia á todos, contesté con forzada sonrisa.

—¿Querrá usted creerme, prosiguió, cuando le digo que el recuerdo de su fisonomía como la vi por la última vez me ha perseguido aún en mis momentos más felices? ¡Ay de mí! Alberto, si hubiese yo sido fiel á mí misma, habría aprendido á amarle á usted.

Hablaba como quien deplora algo perdido, como quien ha acabado para siempre con la vida y con el amor. Mi corazón palpitaba con rapidez; bien comprendía yo que sus palabras no tenían por objeto hacerme decirle que la amaba con la misma pasión intensa, inextinguible de otros días.

—Una ó dos veces supe de usted, dijo en voz baja. Me han dicho que usted es rico, pero desgraciado.

Contestéle: La amé á usted y la perdí: ¿que felicidad cabe en mi vida?

—Hay, pues, hombres que saben amar así? dijo ella con tristeza; ¡entonces todos los hombres no son iguales!

—Basta de mí, dije: Dígame algo de usted misma. Dígame en que puedo servirla. Su marido....

Ella respiró agitadamente, su rostro se encendió de repente y sus ojos brillaron con un fulgor extraño. Sin embargo me dijo con perfecta calma y claridad:

—¡Marido! No lo tengo.

—¿Ha muerto?

—No, contestó con amargura inconcebible. No, yo nunca he sido esposa de nadie. Dígame usted, Alberto, prosiguió, ¿sabe usted lo que es odiar á un hombre?

—Sí—contesté, y esa era la verdad. ¡Odiar á un hombre! Desde el momento en que vi al miserable que me había robado á María, lo odié. ¿Cuáles serían mis sentimientos, ahora que resultaban ciertos mis temores?

Sentí que mis labios se apretaban involuntariamente y que el tono de mi voz era tan severo y tan amargo como el de la voz de María.

—Séntese y cuénteme todo. Dígame como supo que yo estaba aquí.

Sólo quería saber de donde venía; estaba seguro de poder poner la mano sobre el hombre que deseaba. Ya la vida tenía objeto para mí.

—Hace algunos meses que estoy aquí, dijo María.

—¡Aquí! ¿En este lugar?

—Sí. Varias veces lo he visto a usted. La casa en que he vivido dista tres millas de ésta, y me he sentido menos desdichada al pensar que tenía un amigo cerca de mí.

Estreché sus manos.

—Prosiga usted, dije con ronca voz.

—El me mandó aquí, ya estaba cansado de mí. Yo estaba á punto de ser madre, mi presencia la era molesta.

No puedo describir todo el desprecio que había en sus palabras.

—María, María, dije yogimiendo, ¿había descendido usted tanto que se había constituido en esclava suya?

Puso su mano sobre mi brazo:

—Aun más, antes de separarnos llegó hasta darme golpes. ¿Lo oye usted, Alberto? Me maldijo y me golpeó. ¿Sabe usted lo que es odiar á un hombre?

Tendí los brazos en el vacío, mi corazón estaba lleno de ira y de amargura, y sin que el amor de mi pecho ni el dolor que la agobiaba á ella pudiesen contener mis palabras, le hice este reproche:

—Usted prefirió ser la querida de ese hombre á ser mi esposa.

Se puso en pie de un salto.

—¡Cómo! me dijo, ¿usted se imagina..... usted me cree culpable? Si sólo esta mañana lo he sabido.

Arrojó hacia mí una carta con una expresión

de horror y de asco, como quien suelta un reptil nauseabundo de la mano.

La abrí maquinalmente.

—Tenía usted razón en creer que yo había caído muy bajo. Tanto que iba donde quería él mandarme, tanto que le hubiera perdonado el mal tratamiento que me dió durante meses enteros y hasta los golpes.

—¿Y eso por qué?

—Porque hasta esta mañana él era mi marido.

Lea usted esa carta, Alberto, y dígame si usted sabe, si usted comprende cuánto se puede odiar á un hombre.

Antes de leer miré asustado. Hablaba con agitación febril. Las palabras se atropellaban en sus labios. ¿Mas, quién podría maravillarse de esto en una mujer tan profundamente herida? Se calmó un poco al ver que yo la observaba.

—Lea usted, me dijo. ¡Dios mío! ¡muy bajo he caído; pero no tanto como usted creyó!

Se cubrió el rostro con las manos, mientras yo abrí y leí la carta. Estaba fechada en París y decía así:

«Como parece que las cosas no pueden marchar bien entre los dos, creo que es llegado el tiempo de ponerle punto final á esta farsa. El mejor modo para que usted me entienda, me parece que es decirle que cuando me casé con usted, mi verdadera esposa estaba viva. Desde entonces para acá ha muerto, y si usted y yo nos hubiésemos entendido mejor, tal vez yo le

hubiera propuesto á usted que celebráramos una vez más la ceremonia nupcial. Sin embargo, las cosas han ido de tal modo, que lo mejor es terminarlo todo. Por lo menos á usted le queda la satisfacción de saber que moralmente no tiene culpa ninguna.

«Si es usted una mujer sensata y como tal está lista á aceptar la situación, yo por mi parte, seré generoso con usted en materia de dinero. Como nada me disgusta más que el tener asuntos pendientes, y negociaciones tan delicadas como ésta no pueden confiarse á terceras personas, daré un salto á Inglaterra para hablar con usted. Llegaré á Roding el miércoles por la noche. No me mande á buscar á la estación, prefiero ir á pie.»

La carta no llevaba firma alguna. Al leerla sentí hervir mi sangre, y apesar de mi ira, no pude menos de apreciar el exquisito cinismo del que la había escrito. Aquí está un hombre que le da un golpe villano y alevoso á la mujer á quien un tiempo amó. Un golpe que la debe aplastar. Sus propias palabras lo proclaman pillo y bigamo, y sin embargo, puede hablar con entera calma sobre asuntos monetarios y hasta entrar en detalles menudos sobre su próxima visita. No debe tener vergüenza ni remordimiento, ni siquiera corazón.

Doblé la carta y la guardé sobre mi pecho, deseaba quedarme con ella para leerla una y otra vez durante las veinte y cuatro próximas horas. Bien largas habrían de ser éstas, mas esta carta me ayudaría á hacerlas pasar. Ma-

ría no se opuso á que yo la retuviese. Ella permanecía sentada mirando el fuego con tristeza.

—¿Sabía usted el nombre y título de ese hombre?—le pregunté.

—Sí, desde un principio. ¡Cómo me engañé, Alberto! El título, la riqueza tal vez, me tentaron, y además, entonces yo lo amaba.

¡Qué sentimiento de dolor tan profundo el que había en esa última frase! Apreté los dientes y comprendí que hay una pasión más fuerte aún que el amor. Ese hombre y yo nos encontraremos mañana, me dije á mí mismo.

—Usted habló de un niño, dije volviéndome hacia María.

—Muerto, exclamó con risa convulsiva. Murio hace quince días. Esa que fué mi pena entonces, es hoy mi dicha. Vea usted. Hoy estoy de luto, lo que mañana ya no llevaré. ¿Por qué deplorar lo que es un acontecimiento feliz?

Su ademán era otra vez agitado. Sus palabras brotaban de sus labios precipitadamente, parecíome que tenía fiebre. Tomé sus manos en las mías y noté que estaban ardientes.

—Mi querida María, cálmese usted; ya no volverá usted á ver á ese hombre.

—No lo volveré á ver más. Por salvarme de él he venido en busca de usted. Poco derecho tengo de pedirle ayuda; pero sus palabras de un día vinieron á mi mente en la hora de mi desgracia. Me quedaba un amigo á quien volver los ojos. Ayúdeme usted, Alberto. Vengo á usted como una hermana en busca de su hermano.

—Como una hermana á su hermano, repetí. Acepto, dije buscando con reverencia su blanca frente, y jurando en mi mente dedicarle toda mi vida.

—¿Usted permanecerá aquí? le pregunté.

—No. Hoy debo irme. Mañana volveré. Alberto, hermano mio, usted no llevará lejos, muy lejos de aquí.

—A donde usted quiera. De hoy más son iguales para mí todos los países.

Ella me había dado ese derecho de hermano de interponerme entre ella y el villano que la había ofendido. Mañana había de venir ese hombre. ¡Cómo suspiraba yo porque llegase el momento que nos había de traer cara á cara! María se puso de pie.

—Tengo que irme, dijo.

Le supliqué que tomase algún alimento, un poco de vino. Rehusó. No se opuso, sin embargo, á que yo la acompañase hasta su casa. Salimos por la misma ventana por la cual entró ella. Tomó mi brazo y emprendimos camino sobre la nieve.

Pregunté con quién vivía. Me dijo que con una viuda llamada Wilson y sus dos hijos. Sir Mervyn Ferrand la había mandado allí, diciéndole que la señora Wilson era parienta lejana suya, que ella la cuidaría durante su enfermedad.

Esta era una prueba más del horrible cinismo de este hombre. Enviaba la mujer que falsamente creía ser esposa suya á casa de sus pro-

prios parientes. De todo ésto me habría de dar cuenta.

—¿Bajo qué nombre le conocen á usted allí?

—Me dijo que debía llamarme con el nombre falso que desde un principio me hizo tomar; pero me sentí absuelta de mi promesa de guardar el secreto. ¿Por qué habría yo de permanecer en una casa extraña, con extrañas gentes, por orden de sir Mervyn Ferrand, sin poder dar buena razón para ello? Así, pues, le conté todo á la señora Wilson.

—¿Y ella le creyó á usted?

—Tuvo que creermelo. No quise dar campo á la duda y le mostré mi certificado de matrimonio. Cualquiera que fuese su opinión de mí, ella vió que yo era esposa de ese hombre. Para ella yo soy lady Ferrand, y ella es la única que lo sabe. Ella tampoco se soñaba jamás hasta qué punto puede llegar la villanía de los hombres. Alberto, Alberto, ¿por qué se permite á tales hombres que vivan?

Por primera vez parecióme entonces que el dolor agobiaba á María. Hasta ese instante su ademán había sido demostrativo de ira y de desprecio. Ahora parecía que una impresión de pesar profundo, de pesar desesperante le había apoderado de su ser, ahuyentando todo otro sentimiento de su pecho. Prorrumpió en sollozos: traté de calmarla, de consolarla, mas, ¡cuán débiles eran mis esfuerzos, cuán vanas mis palabras para lograr tal fin! Se apoyaba pesadamente en mi brazo; seguíamos nuestro

camino en silencio, hasta que me dijo que estábamos cercanos á su habitación.

—Oígame usted, María,—le dije:—voy á entrar con usted en esta casa y hablaré á la mujer que vive en ella. Diréle que soy hermano de usted, que le tiempo atrás sé la conducta vergonzosa que con usted observa su marido, y que al fin usted ha consentido en huir conmigo. El que ella crea ó no en nuestro parentesco, poco nos importa. Ella debe saber que ese hombre ha de venir mañana. Por otra parte, después de conocer su conducta villana, ella no podrá asombrarse de que usted quiera evitar á todo trance el volverse á encontrar con él.

Hice una pausa, y María inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Proseguí:—mañana, antes de que ese miserable venga á envenenar con su presencia hasta el aire mismo que respiramos, vendré en busca de usted y nos iremos juntos. Mi criado vendrá por la mañana á llevarse todos los efectos que á usted pertenecen: tal vez nos conozca de vista á él y á mí la señora Wilson. No hay cuidado por eso, pues no tenemos necesidad de ocultar nada, libre es usted de ir y venir como le plazca; á nadie tiene usted que temer. El jueves por la mañana nos iremos de este lugar.

—Sí,—contestó María como quien habla en un sueño—mañana partiré, vendré á casa de usted, pero vendré sola, probablemente al caer la noche; cuando nadie sepa á donde he ido.

—¡Cuanto mejor sería que nos fuésemos

abiertamente á la luz del día, como hermanos que somos!

—No, yo vendré en busca de usted. No se afane usted, Alberto, si tiene que aguardar. Hay algo que me precisa hacer y hacerlo mañana. Tengo que ver á alguien. ¿Qué es? ¿A quién tengo que ver? No me es posible recordarlo.

Pasó sobre su frente la mano que tenía libre. Inclino la cabeza hacia atrás, y al sentir el aire fresco y penetrante de la noche que bañaba sus sienes, dió un suspiro, como si se sintiese aliviada.

¡Pobre niña! Después de cuanto había sufrido ese día, ¿qué tenía de extraño que olvidase los detalles insignificantes á que le era preciso atender antes de su partida? Un poco de sueño y de descanso y la seguridad de que mi cariño y mi simpatía la habían de acompañar, sin duda que habrían de volverle la memoria.

En vano le supliqué que cambiase su determinación; ella permaneció firme, hasta que me vi obligado á ceder en este punto. Por otra parte persistí en ver en esa misma noche á la señora Wilson, así que al llegar á la casa, entré con María. Le dije que no había necesidad de que esuviese ella presente durante mi entrevista con el ama de la casa. La fatiga y el cansancio la agobiaban, y cedió á mi ruego retirándose á su aposento. Sentéme á aguardar la llegada de la señora Wilson, quien á poco se presentó.

Era una mujer de treinta y cinco años de

edad. Vestía bien aunque su traje era modesto. Al examinarla con atención, me pareció que en la juventud debió haber sido muy hermosa, según cierto tipo de belleza. Desgraciadamente sus facciones eran vaciadas en el molde aquilino, que pierde su belleza cuando se va la primera frescura de la juventud, y que cuando enflaquecen las personas les da una expresión forzada, dura, ávida, severa. Cualesquiera que hubiesen sido sus encantos en otros tiempos, ya ningún nos le quedaban.

Sobre su frente, y al rededor de su boca se veían ciertas líneas que indicaban que había sufrido; parecióme, además, que esas no eran las huellas de un pesar soportado con resignación y que deja una expresión de dulce tristeza en la fisonomía; creí reconocer las señas de un sufrimiento rebelde ó indómito, de esos que hacen envejecer el corazón antes de tiempo.

Al entrar al cuarto en donde yo me hallaba, me saludó, y su rostro tomó una expresión de sorpresa no fingida al hallarse enfrente de un extraño. Me excusé por lo avanzado de la hora á que me presentaba en su casa y pasé á explicarle el objeto de mi visita. Me escuchó con la más cortes impasibilidad. No hizo la menor observación al oírme hablar de mi supuesta hermana, llamándola lady Ferrand; claro era, como María me lo había dicho, que la señora Wilson estaba convencida de la validez de su matrimonio; Me expresé en términos fuertes contra sir Mervyn Ferrand, por su comportamiento despreciado y abandono escandaloso de su esposa.

Al oírme, se encogió de hombros, sin duda queriéndome dar á entender que sí, por una parte, deploraba esas desavenencias de familia, por otra no eran asuntos de su incumbencia. Aunque parecía que todo esto no tenía para ella el menor interés, no pude ménos de pensar una ó dos veces que esta mujer fingía y se excedía en el fingir.

Cuando le dije que lady Ferrand pensaba ponerse bajo mi protección desde el siguiente día, se contentó con hacerme una ligera inclinación de cabeza. Y cuando agregué que probablemente nos iríamos de Inglaterra y permaneceríamos viajando durante algún tiempo, observó que sin duda el cambio de aire y de clima harían gran bien á la salud de mi hermana.

—Me permito observar, dijo,—tomando por primera vez la iniciativa en la conversación;—que la salud de su señora hermana no es tan buena como fuera de desear. Hace ya dos días que he querido llamar al médico que la asistió en su desgraciado alumbramiento: más de una semana ha transcurrido desde que la vió por última vez. Sin embargo, cuando se lo indiqué, rechazó la idea en absoluto: parece haberle cogido una aversión incomprensible. No quiero alarmar á usted. Solamente hablo de esto, porque sin duda usted como hermano de ella, logrará tomar las providencias necesarias.

Comprendí, por el modo especial como pronunció la palabra hermano, que no me equivocaba al creer que esta mujer fingía: ni por un momento creyó que fuese yo el hermano de Ma-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

29057

ria. Esto, por otra parte, no importaba absolutamente.

—Yo soy médico, señora, y la salud de mi hermana tendrá toda mi atención, contesté-le poniéndome de pie.

—¿Me han dicho señora, que sir Mervyn Ferrand es pariente de usted? preguntéle.

Dirigióme una mirada rápida, que pudo haberse interpretado de muy varias maneras, y me contestó descuidadamente:

—Somos parientes lejanos.

—No le sorprendió á usted que él se separase de su esposa al tiempo en que lo hizo?

—En lo general, nada de lo que hace sir Mervyn me causa sorpresa alguna: estoy acostumbrada á su modo de ser. Me escribió diciéndome que, siendo conocedor de mis circunstancias, había recomendado á una señora que pasase algún tiempo en mi casa. Cuando supe que era su esposa, confieso que eso sí me sorprendió.

Por el énfasis con que pronunció ciertas palabras, comprendí que lo único que la había sorprendido, era el que María fuese la esposa de sir Mervyn. Claramente pude ver que esta mujer lo conocía á fondo, y algo que no puedo explicar me decía que sus relaciones con él no eran de tal naturaleza que pudiesen soportar una investigación.

Despedíme de ella y torné á mi casa. Extrañamente estaban confundidos en mi corazón la tristeza, la lástima, el amor, el odio, la dicha, y ¿quién sabe? ¡acaso la esperanza misma!

III

El salario del crimen.

¡Bienvenida sea la mañana! Hoy no me ocupan mis libros, ni han de pasar las horas ociosas y descuidadas: manos á la obra, mucho tengo que hacer, mucho tengo que pensar. Pasaron ya los días melancólicos y tristes. Cesó esa existencia egoísta y sin objeto. De hoy más ya tengo algo por qué morir, si es preciso. María vendrá á mi casa, agobiada, es cierto, por el pesar; vendrá como una hermana á su hermano. Después de tanto esperar, la ha de ver hoy, mañana, todos los días. Si el respeto y la devoción de un hombre, si su adoración y su profundo nomenaje bastan para devolver á mi reina su corona ante sus propios ojos, día llegará en que la frescura de la juventud volverá á su rostro, la sonrisa á sus labios y la luz de alegres pensamientos á sus ojos. Entonces, entonces ¿qué me importarán el mundo ó sus burlas?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
Año 1925 MONTEGREGAT, ALEXANDER

ria. Esto, por otra parte, no importaba absolutamente.

—Yo soy médico, señora, y la salud de mi hermana tendrá toda mi atención, contesté-le poniéndome de pie.

—¿Me han dicho señora, que sir Mervyn Ferrand es pariente de usted? preguntéle.

Dirigióme una mirada rápida, que pudo haberse interpretado de muy varias maneras, y me contestó descuidadamente:

—Somos parientes lejanos.

—No le sorprendió á usted que él se separase de su esposa al tiempo en que lo hizo?

—En lo general, nada de lo que hace sir Mervyn me causa sorpresa alguna: estoy acostumbrada á su modo de ser. Me escribió diciéndome que, siendo conocedor de mis circunstancias, había recomendado á una señora que pasase algún tiempo en mi casa. Cuando supe que era su esposa, confesó que eso sí me sorprendió.

Por el énfasis con que pronunció ciertas palabras, comprendí que lo único que la había sorprendido, era el que María fuese la esposa de sir Mervyn. Claramente pude ver que esta mujer lo conocía á fondo, y algo que no puedo explicar me decía que sus relaciones con él no eran de tal naturaleza que pudiesen soportar una investigación.

Despedíme de ella y torné á mi casa. Extrañamente estaban confundidos en mi corazón la tristeza, la lástima, el amor, el odio, la dicha, y ¿quién sabe? ¡acaso la esperanza misma!

III

El salario del crimen.

¡Bienvenida sea la mañana! Hoy no me ocupan mis libros, ni han de pasar las horas ociosas y descuidadas: manos á la obra, mucho tengo que hacer, mucho tengo que pensar. Pasaron ya los días melancólicos y tristes. Cesó esa existencia egoísta y sin objeto. De hoy más ya tengo algo por qué morir, si es preciso. María vendrá á mi casa, agobiada, es cierto, por el pesar; vendrá como una hermana á su hermano. Después de tanto esperar, la ha de ver hoy, mañana, todos los días. Si el respeto y la devoción de un hombre, si su adoración y su profundo nomenaje bastan para devolver á mi reina su corona ante sus propios ojos, día llegará en que la frescura de la juventud volverá á su rostro, la sonrisa á sus labios y la luz de alegres pensamientos á sus ojos. Entonces, entonces ¿qué me importarán el mundo ó sus burlas?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍ"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

«A quién, fuera de mí mismo, soy responsable? Cuando ese tiempo llegue, muy quedo le diré al oído: «Bien mío, que el pasado se desvanezca como un sueño, y que de hoy más empiece la dicha en nuestra vida.»

Aunque María no había de honrar mi pobre albergue, sino durante una noche, yo tenía mil preparativos que hacer para recibirla. Felizmente había en la casa un cuarto libre y éste estaba amueblado: no era que al retirarme a vivir lejos del mundo hubiese yo pensado en tener acomodo para huéspedes que no esperaba en mi casa; sucedió, sí, que la compré amueblada como estaba, y merced á esto, podría ofrecer á María cómodo alojamiento.

Llamé á mi criado que era un hombre silencioso é impasible. Le dije que mi hermana vendría y permanecería esa noche en la casa y que al día siguiente nos iríamos. Agregué que deseaba que él permaneciese allí hasta mi vuelta ó hasta que le enviase instrucciones sobre lo que habría de hacer. No manifesté la menor sorpresa. Creo que si de repente le hubiese anunciado la próxima llegada de mi esposa y de cinco hijos, diciéndole que preparase todo para recibirlos, habría hecho cuanto á su alcance estuviera para cumplir mis órdenes, considerándolo todo como la cosa más natural del mundo.

Puso manos á la obra de arreglar el cuarto de María con ese modo imperturbable y metódico que lo caracterizaba. Terminada esta tarea, que había resultado en hacer simpático y

hospitalario el cuarto abandonado, le dije que consiguiere un caballo y un vehículo cualquiera y que con ellos fuese á la casa de la señora Wilson, en donde, sin nombrar á nadie, debía pedir los efectos y equipaje de la señora que estaba allí hospedada: á ella le había de preguntar si tenía algún mensaje que enviar ó recomendación que hacer.

Luego me senté en el cuarto que había de ocupar mi bien amada y medité en la extraña y penosa casualidad que la traía bajo mi techo. Quisiera haber poseído la vara mágica de un encantador para tornar en espléndidos los humildes muebles de la estancia y para convertir ésta en una soberbia mansión digna de mi reina. Me hubiera contentado con tener algunas flores para adornar el cuarto y darle la bienvenida, ¡pues bien recordaba cuán apasionadamente amaba las flores! ¡Ay de mí! ¡hacia meses no veía una flor!

Leí una y otra vez la carta de sir Mervyn Ferrand, y á cada lectura maldecía al que la había escrito, desde el fondo de mi corazón.

Como á las dos horas volvió mi criado trayendo algunos baúles cuya vista me regocijó, pues eran señales tangibles de que María tenía intenciones de cumplir su promesa. Me había preocupado la idea de que pudiese, al meditarlo en calma, desechar el plan concebido en un momento de agitación. Ahora sí parecía de todo punto cierta su venida. Ni una palabra, ni un recuerdo para mí; nada podía yo hacer, si-

no aguardar con paciencia hasta que ella se decidiese á venir.

Aunque mis preparativos de cariño y de amor quedaban terminados, yo no me entregué al ocio. Aun me faltaba cumplir una gran tarea, cuyo modo de desempeño medité friamente y en calma. Había determinado confrontar esa misma noche al hombre malvado, causa de la desgracia de María.

Examiné la lista de llegadas y salidas de los trenes. Aunque en su carta no mencionaba hora especial ninguna, sólo había un tren que pudiera traerlo al anochecer, como él indicaba en su carta, y éste llegaba á las siete de la noche. De la estación en Roding á la casa de María no había sino un camino. Su intención, según decía, era de hacerlo á pie, proponiéndose sin duda con esto no llamar la atención. Como el tiempo estaba muy feo, lo natural era suponer que caminaría aprisa, y como la distancia por correr era de cuatro millas, poniéndome en marcha de mi casa pocos instantes antes de la llegada del tren, tenía que encontrarme con sir Mervyn Ferrand á medio camino. Tenía seguridad de conocerlo á través de la obscuridad: entre nubes de hombres lo hubiera conocido. Y allí en el campo abierto y solitario, ese hombre cíñico y despiadado, que en su egotismo mundano creía con súplicas, amenazas, ó acaso con dinero, poder acallar y dominar á la mujer infeliz que en hora malaventurada le había confiado su amor y su honor, allí había de encontrarme á mí, que consideraba una ofensa hecha

á ella como mortal ofensa á mí propio, y me hallaría preparado para pedirle cuenta de su conducta.

Siniestros y sombríos eran mis pensamientos, que hago constar sin reserva alguna, y asimismo procedo en toda esta narración. Empero no quiero que se me juzgue erradamente. Cierto es que en el estado de ánimo en que me hallaba, había resuelto vengar á María con mi propia mano; cierto que había decidido tarde ó temprano tomar la vida de aquel hombre; pero en mi plan de venganza ni remotamente cabía la idea de atacar á un enemigo desprevénido y desarmado, ó la de cometer alevoso asesinato: mi resolución era de ponerme en medio de su senda y gritarle: ¡Alto! Luego le diría que sabía cuán villana había sido su conducta para con María, y que ella, huyendo de él, me había pedido amparo y se hallaba bajo mi protección. Después, haciendo uso de los derechos de hermano que me daba mi posición, le pediría esa satisfacción que el código del honor da derecho á exigir de todo hombre que traiciona infamemente á una mujer. Bien me suponía lo que me iba á contestar, riéndose: que ya los días del duelo habían pasado para siempre. Entonces me proponía ver si un bofetón en pleno rostro podía hacer hervir su sangre y noble: si esto no bastaba, lo seguiría á otras partes y en algún lugar público le escupiría y golpearía.

Sin duda que era éste un plan desecabellado, en los días que corren, prosaico y de respeto á la ley; pero era el único posible. Tal vez se me di-

ga que más sencillo y hacadero era acusarlo de bigamo y hacerlo poner en la cárcel. Más fuera de su propia confesión, no firmada, ¿qué otra prueba teníamos de su crimen? ¿Y quién se podía presentar á perseguirlo, María ó yo? Ni siquiera sabíamos en dónde había vivido y muerto la esposa mencionada en su carta. El tenía cien modos de escapar á la justicia; y por otra parte, bien que se le dejase ir en libertad ó que se le castigase, el nombre y la vergüenza de María tenían que ser del dominio público. No: sólo un medio podía ser empleado y yo no más podía ejecutarlo. A mí me tocaba vengar á la mujer que amaba, siguiendo ese ajejo y buen sistema de jugar una vida por otra.

En verdad, me dije, ya mi vida tiene objeto.

Las horas pasaban lentamente y María no llegaba. La inquietud y la impaciencia se apoderaron de mi ánimo al ver que las sombras de la noche que caía envolvían el camino por el cual la esperaba y en el cual en vano tendía la vista indagadora. Cuando desaparecieron las últimas débiles claridades del corto día de invierno y cayó la noche por completo, mi inquietud se convirtió en temor.

No pude contenerme en la casa y sall al jardín caminándolo de arriba abajo, me culpé amargamente por haber cedido con tanta facilidad al desep, ó más bien al mandato de María de que por ningún motivo fuese yo á traerla. Por otra parte, ¡nunca pude oponerme á un deseo ó á un mandato suyo! ¡Ay de mí! ¡cuánto

hubiera dado por haber tenido un poco de firmeza en esta ocasión!

La nieve no había caído durante mucho tiempo en la noche anterior, no había alcanzado á envolver por completo todo el suelo con su blanca sábana. El día había sido claro y frío, pero al caer la tarde había subido un poco la temperatura, y esto sabía yo que presagiaba lluvia ó nieve en abundancia. En lo alto brillaba la luna á intervalos, cruzaban el cielo negras nubes que pronto habrían de adquirir coherencia y volumen, hasta ocultar por completo la radiante faz del astro de la noche, que ya velaban de vez en cuando.

A medida que pasaban los minutos, aumentaba mi nerviosa agitación. ¿Por qué no viene, Dios mío, por qué no viene?

Yo me había prometido dejarla bien resguardada dentro de mi hogar antes de salir á cumplir mi otra tarea. ¿Por qué no viene?, cuando estoy perdiendo un tiempo tan precioso? Con la esperanza de encontrarla, me adelanté en el camino sin poderme explicar qué la podía detener. Si no me ponía en marcha inmediatamente para Roding, se me escaparía mi presa. ¡Santo cielo! ¡Si será que ella está aguardando para ver á ese hombre una vez más! No. Nunca. Tal pensamiento es indigno. Y sin embargo, esa mera suposición hizo vibrar todas las fibras de mi cuerpo.

No pude sostener la ansiedad por más tiempo. Por la centésima vez consulté mi reloj y vi que faltaban diez minutos para las siete; esta

era la hora que había fijado yo para emprender camino de casa de la señora Wilson hacia Roding, y ahora ya no me atrevía á salir de mi propia casa, porque María podía llegar de un momento á otro. ¡Qué pensaría de mí si no me hallaba allí para recibirla y darle la bienvenida?

Otros cinco minutos preciosos perdidos. Golpeé el suelo con ira. Parece que estoy condenado á cumplir sólo la mitad fácil y agradable, no la mitad severa y dura. Acaso no cumpla ninguna de las dos. Ya el tacaño debe estar entrando á Roding y en una hora todo puede haberse perdido. Si ese hombre la ve antes de que ella salga de la casa, le hablará y ella escuchará sus palabras, y la persuadirá porque en un tiempo la amó. Tavo que amarla, porque para poseerla quebrantó la ley, y además—maldito sea el pensamiento—ella también lo amó á él y es mujer!

Así continué atormentándome, hasta que el estado de mi ánimo fué insoportable. A todo punto era necesario impedir que Ferrand viese á María. ¿Por qué no habla ella cumplido su promesa de venir? Hasta llegué á creer que se la detenía en contra de su voluntad. A pesar de su aparente indiferencia, la señora Wilson me había inspirado desconfianza. Las siete y aun no venía. La casa de María desde donde había medido yo mi tiempo estaba tres millas de la mía, así pues, ya me era preciso abandonar mi plan de venganza, sólo podía ir en busca de María. Si no la encuentro en el camino, la

buscaré en su casa, y si es preciso la arrebataré de allí por la fuerza.

Me encontré en este momento otra vez á la puerta de mi propia casa. Llamé á Juan, mi criado, y le dije que iba á adelantarme al encuentro de mi esperado huésped y que, si por casualidad, nos cruzáramos en el camino, él debía dar la bienvenida en mi lugar y explicar el motivo de mi ausencia.

—Lleve usted una linterna, señor, dijo Juan. Los caminos son muy malos y la luna estará oculta por completo antes de mucho.

—Me sería muy molesto llevar una linterna, dije con impaciencia.

—Lleve usted esta linterna sorda que es pequeña, dijo ofreciéndome una.

Por darle gusto la puse en mi bolsillo. Corrí á toda velocidad hacia la casa en donde la noche anterior había quedado María, tardando casi media hora en llegar allí. Toqué la campana agitadamente. Una criada abrió la puerta. Como sabía que todas las personas de la casa conocían á María con el nombre de Farmer pregunté por ella llamándola así. A gran sorpresa mía, se me contestó que había salido sola y á pie hacia algunos minutos. La criada añadió que creía que la señora no volvería, porque ese día por la mañana se habían llevado su equipaje.

En un principio, al oír esto, me acusé de demasiada precipitación. Sin duda que no la vi y que nos cruzamos en el camino. Luego pensé que esto no era posible, porque la vía era an-

gosta y todavía la luna alumbraba un poco. Si ella hubiese estado allí, yo la habría visto, y ella al verme me hubiera detenido. No era posible que se hubiese ido por el mismo camino que yo había traído.

¿Pero ¿en dónde estaba? ¿En qué dirección podía buscarla yo ahora? Por duro que fuese el convencerme de ello, tuve que decidirme á creer que ella había tomado el camino de Roding, pues no había otro alguno. Ella se había ido como yo pensaba hacerlo, á encontrar á Ferrand. Sin duda que salió con la intención de ir á mi casa. Pero el deseo de ver á este hombre una vez más fué más poderoso que su intención. Me consolé con la idea de que su objeto era el de echarle en cara su traición; pero que fuese este ú otro cualquiera, no cabía duda de que se había ido á encontrarlo; entonces recordé que se había opuesto á permitirme que la trajese yo mismo, diciéndome que tenía algo que hacer antes de verme. Ese algo bien lo comprendía ahora, no era otra cosa que encontrar á ese hombre.

Si está en mi poder, yo he de impedir que la voz de ese hombre suene otra vez en el oído de María. Nunca más han de volver á mirarse los dos. No he de permitir que la manche tocándola aunque no sea sino con un dedo de su mano. La he de seguir para interponerme entre los dos. Si se encuentran, él la herirá en pleno corazón. Sin duda que el orgullo herido de María hablará y sus palabras serán de amenaza, entonces ese cobarde ensayará otra táctica, im-

plorará, jurará que la ama todavía, la engañará con nuevas promesas. Ella escuchará, vacilará, y acaso acaba por ceder, para encontrarse engañada una vez más. Así la perderé yo para siempre. Hoy es ella á mis ojos tan pura como el día en que nos encontramos por la primera vez. Tengo que alcanzarla, que encontrar al traidor, y si preciso fuere abrumarlo á golpes.

Al apartarme de la casa cal en la cuenta del cambio repentino que había experimentado la noche, vi que en los cortos minutos que había pasado considerando lo que debiera hacer, las nubes se habían amontonado negras y amenazantes, reinaba la más completa oscuridad, tan grande que me resolví á usar la linterna que el precavido Juan me había hecho tomar, la que logré encender después de varias tentativas. Luego, impacientado por esta dilación, emprendí el camino.

Me adelantaba dando cara al viento. La nieve que caía rápida y cortante casi me cegaba. El viento gemía en las desnudas ramas de los árboles que se alzaban de ambos lados del camino, y los copos de nieve se agitaban en furiosos remolinos. Aun en medio de mi agitación alcancé á comprender que ésta era una tempestad excepcional en Inglaterra, cuya igual nunca había visto yo. Y María estaba á la intemperie como yo; pudiera extraviarse y vagar perdida toda la noche.

Impelido por este temor, apresuré mi marcha abriéndome paso entre la tempestad; por el momento me olvidé de sir Mervyn Ferrand y de

mis planes de venganza. Todo lo que deseaba ahora era encontrar á María y conducirla hasta mi casa. Seguro es, me dije, que no puede haber ido muy lejos.

Me mantenía alerta mirando en todas direcciones; sin embargo, el torbellino de nieve era tal que sólo alcanzaba á distinguir los objetos á unos pocos pies de distancia. Atento estaba para oír el más débil grito ó el menor sonido. Lanzaba á diestra y siniestra sobre el suelo la luz de mi linterna. Mi temor principal era el de que María, incapaz de luchar contra el huracán, hubiese buscado abrigo sentándose al pie de algún barranco, á la orilla del camino, y hallándose así, era fácil que yo pasase sin verla y sin llamar su atención. Si esto llegaba á suceder podía ser su muerte.

¿Por qué no había venido como me lo prometió? ¿Por qué había ido á encontrar á ese hombre que tan villanamente la había engañado? Después de lo sucedido ya ella no podía amarlo, no se atrevería á amarlo. Y para consolarme recordé la amargura profunda de su acento cuando en la noche anterior me preguntaba: "¿Alberto, sabe usted lo que es odiar á un hombre?" No. Imposible era que ella lo amase.

Estos pensamientos despertaron de nuevo el deseo de venganza en mi mente. ¿En dónde estaba Ferrand? Según mis cálculos, y tomando en cuenta el tiempo perdido, ya debía haberlo encontrado yo. Tal vez, después de todo, no había venido. Tal vez al ver el tiempo que hacía, había resuelto permanecer en Roding toda la

noche. Este pensamiento me hizo estremecer de ira. Al saber que María estaba segura dentro de mi casa, en el estado de ánimo en que me hallaba, nada me hubiera gustado más que encontrarme con él cara á cara, en mitad de este camino solitario y en la noche tempestuosa.

¡Ah! ¡Si María estuviese á cubierto! Hasta ahora ni la menor señal de ella. Empecé á vacilar en mi mente. Creí que mi primera suposición era correcta y que nos habíamos cruzado en el camino, así ella estaría todo este tiempo en mi hogar, maravillándose de la causa que me detenía. ¿Qué hacer? ¿Seguir adelante ó volverme? Me aterraba la idea de llegar á mi casa y no encontrarla allí.

Me detuve sin saber qué hacer en mitad del camino. Instintivamente golpeé una mano contra la otra, para promover la circulación de la sangre, pues había salido de mi casa precipitadamente y sin prepararme para hacer frente á la terrible tempestad de nieve en que me hallaba. A pesar de la velocidad con que había caminado, tenía los pies y las manos casi helados, y el rostro adolorido por el frío. Dios me ayude á decidir si debo volverme ó seguir adelante. No tuve que decidir por mí mismo. De repente á muy corta distancia oí una carejada aguda y penetrante que paralizó la sangre de mis venas. Por entre la nieve que en denso torbellino parecía un velo delante de mis ojos, alcancé á ver una figura alta y esbelta, envuelta en un manto gris. Pasó delante de mí con la rapidez del viento. Al verla pasar comprendí que había

terminado mi busca—que había encontrado a María.

Desapareció en un segundo, antes de que yo pudiese sacudir el terror que me había clavado al punto en donde me hallaba. Me volví y corrí en pos de ella tan aprisa como pude, gritando:

—¡María, María!

Pronto la alcancé; la noche estaba tan oscura que casi la toqué antes de distinguir su forma blanca como un espectro. Tendí mis brazos sobre su cuello y la contuve; ella luchó violentamente y trató de deshacerse de mí.

—¡María, bien mío, soy yo, soy Alberto! le dije al oído.

El sonido de mi voz pareció calmarla, por lo menos cesó de luchar.

—¡Gracias a Dios que la he encontrado! me dije. Volvámonos tan pronto como podamos.

—¡Volver! ¡No! ¡Adelante, adelante! dijo ella. Un poco más allá en el camino. No importa la tempestad, no importa la nieve. Sigamos hasta que usted vea lo que queda tras de mí, hasta que usted vea el salario del crimen: el salario del crimen.

Sus palabras se le escapaban como las balas de una ametralladora. Aún a través de la oscuridad me parecía que su cara lucía más blanca que la nieve. Sus ojos grandes y negros estaban fijos y tenía la expresión de un horror indescriptible.

—Cálmese usted, María de mi alma, dije, tratando de tomar sus manos en las mías. Cuando quise coger su mano derecha, ella soltó algo

que al caer produjo un sonido metálico, á pesar de que el suelo estaba cubierto de nieve. Maquinalmente me incliné y alcé el objeto caído.

Al ver ésto, María dió un grito agudo y se soltó de mi otra mano sin que pudiese yo retenerla y repitiendo como una loca estas palabras: "El salario del crimen," huyó y se perdió en las sombras de la noche. Al correr en busca de ella me estremecí al contacto del objeto que había alzado de la nieve. Era una pistola pequeña. Aunque el metal debía estar helado, me parecía que me quemaba como una brasa ardiente. Sin pensar en lo que hacía, arrojé el arma lejos de mí, tan lejos como pude. ¿Qué razón había para que estuviese tal arma en manos de María esa noche?

Corrí con desesperación, mas de pronto tropecé contra una piedra y caí á tierra exhausto y sin aliento. Pasaron algunos minutos antes de que me pudiera poner en pie. María iba tan aprisa y debía ir tan lejos ya, que era inútil el pretender alcanzarla. Por otra parte me sentía dominado por un impulso extraño é invencible. El contacto de esa arma mortal todavía quemaba mis manos; todavía resonaban en mi oído esas palabras de María: "Un poco más allá en el camino." ¿Qué significaban? ¿Qué había sucedido aquella noche? Es preciso volver atrás. Tengo que ver por mis propios ojos. María huyó en medio de la noche fría, oscura y pavorosa; pero pronto se cansará. Tal vez caiga sin sentido en el camino. Por otra parte, tengo que quietar el temor horrible que me atormenta.

después reasumiré la persecución; á todo costo es preciso saber lo que ha ocurrido. Una vez más di frente á la tempestad, todo era posible en una noche como esa. Seguí adelante, lanzando los rayos de mi linterna á uno y otro lado del camino. Llegué un poco más allá del punto en que me parecía haber encontrado á María algunos momentos antes. De repente me detuve dando un grito de horror. A mis propios pies, en la mitad misma del camino, iluminado por el disco pálido de la luz de mi linterna, se veía un bulto blanquecino, y al contemplarlo comprendí perfectamente el significado de la terrible exclamación de María: "¡El salario del crimen!" "¡el salario del crimen!"

IV

Un poco de sueño á todo trance.

¡Muerto! Antes de arrodillarme á su lado, y después de desabotonar su saco y poner la mano sobre su pecho, comprendí que ese hombre estaba muerto. Antes de lanzar sobre su rostro el rayo de mi linterna, supe quién era. Sir Mervyn Ferraud había pagado su crimen con su vida. No se necesitaba mucha habilidad profesional para determinar la causa de su muerte. Una bala disparada, según me parecía á mí, á quemarropa, le había atravesado el corazón. Su muerte debió ser instantánea. Y ese hombre había perecido á manos de la mujer á quien tanto había ofendido.

Todavía entreabría sus labios una sonrisa sarcástica. Bien me imaginaba yo qué palabras la habían acompañado, cuando rápida é inesperada, sin darle un momento para la confesión ó el arrepentimiento, la muerte había caído sobre él. Bien pude imaginármelo primero

llo de vida, burlándose de aquella que había puesto en él su confianza y a quien él traicionó. Al siguiente instante, sin poder terminar la sentencia que había empezado, yacía en tierra su cuerpo inerte en tanto que los copos de nieve se amontonaban sobre él y lo envolvían como en un sudario.

¡Si! ¡esto era una venganza! Venganza terrible y rápida. ¿Mas por qué la había tomado ella con sus propias manos? ¡María, mi sin par María era una asesina! Este pensamiento era demasiado horrible. Sin duda yo debía soñar. Mis planes de venganza me habían abandonado, en su lugar sentí lástima por ese infeliz cuya vida había sido tronchada en pleno vigor. Mientras vivía me deleitaba en pensar en el momento en que frente á frente buscásemos ambos cómo matar al otro; ahora ya él estaba muerto y mi odio se había apagado con su vida. La muerte es sagrada. Sir Mervyn Ferrand había muerto á manos de María.

Esto no podía ser cierto. No habría de ser cierto. Una vez más me estremecí al recordar la intensa pasión con que había pronunciado aquellas palabras:

—«Alberto, ¿sabe usted lo que es odiar á un hombre?»

No pudo contener un grito de angustia al pensar en la pistola que había arrojado lejos de sí, y que sin duda había sido el instrumento terrible de su venganza.

¡Muerto por mano de María! No en un arranque de pasión sino con intento deliberado; sin

duda que tomó esa arma para salir en su busca, lo encontró, lo hirió en pleno corazón, tuvo que verlo caer en tierra, y solamente entonces comprendió la magnitud del acto horrible que acababa de ejecutar y huyó de aquel lugar enloquecida por lo que había sucedido. ¡Pobre niña! ¡Pobre niña!

Aterrado por mi angustia, puseme en pié y permaneci algún tiempo cerca del cadáver, entonces comprendí cuán profundo era mi amor por la mujer que había cometido ese atentado. Mi amor se levantaba triunfante por encima de mi horror y de mi pena. A todo costo tenía que salvarla de las manos de la justicia, y por lo pronto de los fieros elementos que desechos en tempestad podían quebrantar su frágil cuerpo. Cuando recordé cómo había ido en mi busca el día anterior para narrarme la historia de su daño y luego cómo pocos minutos antes acababa de huir de mí hasta perderse en las sombras de la noche; cuando recordé las injurias que había sufrido y que la habían conducido á derramar la sangre de este hombre; cuando contrasté su posición actual con la que tenía cuando por vez primera la conocí y amé, los sentimientos de piedad y lástima comenzaron á apagarse en mi corazón, mis pensamientos respecto al hombre cuya forma inanimada yacía á mis piés, tornáronse severos y sombríos, y me encontré ratiocinando á la luz de aquel antiquado precepto que pide un ojo por un ojo y un diente por un diente, para justificar en mi ánimo el acto horrible de María, que á pe-

sar de esto no podía menos de deplorar. Inocenta ó pecadora, ella era la mujer á quien yo amaba, y juré que yo la habria de salvar de las consecuencias de su crimen (Dios me lo perdone,) aun cuando fuese necesario hacer caer la acusación sobre mí mismo.

Y no fué con intenciones de evadir la justicia por lo que levanté el cuerpo del medio del camino y lo deposité al pié del barranco, encima del cual crecía una cerca de pequeños arbutos. Mi motivo para esto fué la reverencia que á todos los hombres nos merece la muerte, me era imposible dejar á ese infeliz en mitad de la vía pública para que contra él tropezase el primer transeunte que llegase por ahí. Con el día todo se habrá de descubrir y entonces María será acusada. No, ¡eso nunca ha de suceder!

Así, pues, coloqué reverentemente el cuerpo de sir Mervyn Ferrand á un lado del camino solitario, traté de cerrar sus ojos y cubrí su rostro con su propio pañuelo. Luego, con el corazón rebosando de angustia y pena suficientes para amargar toda una existencia, púseme en busca de María.

¿En dónde buscarla? Sabe Dios á dónde pudiera haberla llevado su remordimiento, ó á qué extremos pudiera haberla conducido el horror que la dominaba. Para completar la historia de pesar más negra que pueda acontecer á un hombre en el corto espacio de una noche, sólo me faltaba encontrar el cuerpo inanimado de María tendido sobre la nieve en mitad de la

campiña. Este pensamiento me hizo apretar los dientes y apresurar el paso.

Hallábame sólo en el camino. ¿Quién se hubie-
ra atrevido á desafiar los elementos en una noche como aquella? Por otra parte muy poca gente se ve de noche, cualquiera que sea el tiempo que haga, por aquellos lugares. Púseme en marcha hacia mi propia casa, entristecido el pensamiento con la terrible idea de que si María se apartaba del camino estaba perdida para siempre. Si se extraviaba á derecha ó á izquierda, ¿cómo me sería posible encontrarla en medio de tal tempestad? Mi única esperanza era la de que se hubiese dirigido á mi casa, y por eso hacia allí me dirigí yo también. Si no la encontraba allí, mi único recurso era el de solicitar la ayuda que fuese posible encontrar para buscarla en los campos á derecha é izquierda del camino. ¡Triste consuelo el de recordar que todos los pozos y estanques estaban cubiertos por una capa de hielo de seis pulgadas de espesor!

Vacíle un momento al llegar á su antigua casa. Ocurrióme la idea de preguntar si había vuelto allí, lo que no hice al pensar que la mañana revelaría el pavoroso suceso de la noche y que entonces mi pregunta por María pudiera despertar sospechas.

¡Por fin en casa! En un momento sabré lo peor. Lancé los rayos de mi linterna sobre el suelo en la senda que conducía hacia mi puerta. Mi corazón se estremeció de gratitud. No borradas todavía por los recientes copos de

nieve estaban allí las huellas de un pie pequeño. Mi ruego había sido escuchado y María había venido directamente á mi casa.

Mi criado abrió la puerta para dejarme entrar. Gracias á que había visto las huellas del paso de María pude asumir cierto ademán natural y preguntarle:

—¿Ha venido mi hermana?

—Si señor, hace cosa de un cuarto de hora, contestóme.

—Nos cruzamos en el camino, ¡qué noche! dije sacudiendo la nieve que cubria mi vestido.

—¿En dónde está? preguntéle.

—En la sala, señor, contestó Juan; y añadió bajando la voz: Pareció disgustarse sobremedida al saber que usted no estaba en casa. Temo que sea persona muy difícil de agradar.

¡Cómo palpitaba mi corazón! ¿Qué iba á decirme María? ¿Qué podía decirle yo á ella, impresionado como estaba con la terrible escena que tenía aún delante de mis ojos? Preguntábame si trataria de excusar ó de paliar su crimen, ó si se contentaría con confesarlo abiertamente, tratando de justificarse haciendo mención de todo el daño que se le había irrogado. Llegué á imaginarme que iba á decirme que en un momento de ira había disparado el arma. Nada me importaba lo que me dijera, siempre era ella mi María adorada á quien era preciso salvar á todo trance, aun á costa de mi vida y de mi honor.

Al entrar al cuarto estremeciése todo mi cuer-

po involuntariamente. Apareció vivo ante mis ojos ese rostro blanco vuelto hacia arriba, y ese cuerpo inerte tendido allá en medio del camino, y sobre el cual estaba amontonándose la nieve. María estaba sentada enfrente del fuego, se había quitado el sombrero y sus cabellos caían en desorden sobre sus hombros, lucientes y empapados por la nieve derretida. Aunque sin duda debió oírme entrar y cerrar la puerta, no hizo ademán de notarlo. Cuando me sentó cerca, volvió la cabeza hacia mí con un gesto enojado, como si lo que yo hacia le disgustase. Me detuve junto á ella, aguardando que hablara primero. Era preciso que así lo hiciera, pues yo no sabia cómo empezar después de lo sucedido aquella noche.

Ella empero guardó un silencio de piedra, sin querer levantar los ojos hacia mí. No pudiendo contenerme, la llamé por su nombre, é inclinándome la miré de cerca. La expresión de su rostro era de ira contenida, que pareció aumentar al escuchar mi voz. Hizo un gesto despreciativo como indicando que me alejara.

—María, dije tan severamente como pude, hábleme usted.

Puse mi mano sobre su hombro, la apartó con violencia y se puso de pie inmediatamente.

—¿Quiere usted que yo le hable después de tratarle como lo ha hecho? Esto es vergonzoso. Vengo á través de la tempestad y de la nieve, vengo en busca suya, porque me había prometido recibirme como á una hermana, y ¿en dónde estaba usted? su miserable criado me di-

ce que usted está fuera. ¿Por qué estaba fuera? Yo confiaba en usted. Y ¡qué buen hermano ha resultado ser! Si usted hubiese tenido por mí cariño ó respeto, me habría aguardado aquí para darme la bienvenida. ¡No! usted está en liga, en liga con todos los que quieren hacerme daño. Ahora ya estoy aquí, ¿qué va usted á hacer de mí? Envenenarme, matarme sin duda, como ese otro médico que mató á mi pobre hijo. Si, lo mató, digo que lo mató; yo le vi hacerlo. Este es un niño fruto de la de-honra, dijo él, y por eso lo mató. Todos, todos, hasta usted en quien confiaba, ya están ligados contra mí.

Al hablar, sus palabras se amontonaban unas sobre otras, y sacudía su cuerpo una violenta agitación. Con dificultad podía entender lo que me decía, y lo que dejó escrito es apenas una breve condensación de lo que oí. Con una volubilidad incansable continuó lanzando sobre mí reproches de todo género y haciéndome acusaciones, muchas de las cuales eran extravagantes y frívolas. Por fin calló y volvió á sentarse en la misma posición en que la había encontrado, y en su rostro apareció de nuevo la expresión de descontento y el aire ofendido de un momento antes.

Y sin embargo, aunque yo que la amaba más que todo en el mundo y era el objeto de su fiera amargura, ningunas palabras habían sonado nunca con tanta dulzura en mis oídos. Una grande alegría se apoderó de mi corazón, sentí un profundo alivio que me hizo casi feliz. Cualquiera que fuese el hecho ejecutado en esa no-

che por esa pobre niña, era ella moralmente inoconte. María no era responsable de sus acciones.

Como médico, comprendí inmediatamente la verdad del caso. La volubilidad de sus palabras, los cambios repentinos de humor, su violenta agitación, el ademán ofendido, las sospechas infundadas, todo esto me indicó en donde estaba el mal, y recordando las palabras que la señora Wilson había pronunciado el día anterior, respecto de la salud de María, me convencí de que mi creencia acerca de ella era justa.

Los médicos que me lean me comprenderán perfectamente, cuando digo que al llegar á este punto de mi narrativa, á pesar de que hace mucho tiempo que no ejerzo mi profesión, me siento fuertemente inclinado á exponer en detalle los motivos en que fundé mi opinión. No hay un médico que no sienta que es deber suyo el dar una descripción exacta de todo caso singular y extraño que pueda presentarse á su observación. Pero estas páginas no están escritas en beneficio de la ciencia, y como no tengo deseos de que mi relato se convierta en un informe de hospital, seré tan breve como me sea posible en cuanto á los puntos técnicos.

En una palabra, María era víctima de esa enfermedad que á veces se presenta después del nacimiento de un niño, ese mal misterioso y terrible, que cuando todo parece ir bien torna en llanto la alegría de un hogar, un mal cuya causa me atrevo á decir sin vacilación, aun no ha sido investigada y averiguada por comple-

to. Hasta donde alcanzan mis conocimientos no hay tratado especial alguno sobre ese asunto, al menos no lo había entonces.

Lo que sí admiten todas las autoridades, es que esta especie de locura puede ser producida por un fuerte sacudimiento mental, sobre todo, cuando lo acompaña un sentimiento abrumador de vergüenza. La estadística prueba que las mujeres solteras que llegan a ser madres y que comprenden lo degradado de su posición, son frecuentemente víctimas de esta enfermedad misteriosa. Si no me equivoco, fué Esquirol el primero que llamó la atención hacia este hecho que después han confirmado muchos otros.

Teniendo en cuenta que al despertar el día anterior María había sabido que su matrimonio con sir Mervyn Ferrand no era más que una farsa, no puede causar el menor asombro el que quedase sujeta á un ataque de ese mal, que sin duda apresuró con su salida en mi busca cuando vino á solicitar mi ayuda, exponiéndose á los rigores del invierno. Ya la señora Wilson había notado su extraño ademán y yo mismo había caído en la cuenta de la rapidez con que se irritaba y se volvía á calmar. Por esto pude colegir fácilmente, que cuando me había venido á ver la noche anterior, ya el germen del mal había empezado á desarrollarse. Con amargura echéme en cara mi ceguera, pues desde entonces debí notar lo que pasaba; el estado en que se me había presentado ha debido servirme para tomar las precauciones ne-

cesarias. Sin embargo, esos síntomas, cuyo significado era tan claro, entonces sólo me parecieron la agitación natural que debía experimentar una mujer apasionada y pura que de repente se encuentra traicionada y sin honra. ¡Oh! ¡Si tan sólo hubiera sospechado yo la verdad casuasa, ó comprendido el modo como la afectaba su pena, toda la obra negra de esa noche se habría evitado! Aunque en mil modos aumentaban las dificultades y peligros que nos rodeaban, el descubrimiento de la verdad fué un alivio indecible para mí. Ningún hombre sensato podía acusar ahora á esa niña de crimen. Cierto es que en sus manos estaba la sangre de su víctima; pero cierto también que la había derramado sin saber lo que hacía. Cuando de tal modo obró, su locura tocaba en el más alto grado. Fué el deseo de verlo lo que la obligó á salir á su encuentro; el recuerdo de su daño, tal vez el mismo temor que ahora tenía de él, la indujeron á armarse, tal vez llevó esa arma con el objeto de protegerse. De todos modos, loca estaba cuando salió de su casa, loca cuando apretó el gatillo, loca cuando se arrancó de mis brazos en medio del camino y loca estaba allí, sentada junto á mi fuego, contemplándome con ojos irritados y llenos de sospecha.

Su ademán para conmigo no me causó inquietud, pues bien conocido me era este mal, una de cuyas peculiaridades es la de que la enferma mira con odio á los seres más queridos y más allegados á ella. Los síntomas característicos son ora

momentos de silencio taimado y testarudo, ora amargas censuras y vituperaciones que estallan en los labios. Aun cuando el cambio que se ve en la personas es horrible y sorprendente, la enfermedad no es tan alarmante como á primera vista parece, y en la mayor parte de los casos con buen tratamiento se obtiene éxito perfecto.

Pero todo lo que vengo diciendo atañe á mi profesión. Repito que el descubrimiento del estado mental de María me produjo un inmenso alivio. Se descargó mi conciencia del peso abrumador que me oprimía. Sentime capaz de hacer todo esfuerzo posible para salvar á María y justificado en adoptar cualesquiera medidas que fuesen necesarias para lograrlo. Además, entre María y yo acababa de establecerse una nueva relación; todo otro sentimiento debía desecharse por el momento: ahora éramos médico y enfermo.

Después de mucha persuasión logré que me dejase tomarle el pulso; como lo esperaba, lo encontré muy subido, tenía ciento veinte pulsaciones. Esto no me alarmó mucho, gracias á que en el curso de mi experiencia habia visto varios casos análogos. El tratamiento preliminar es tan sencillo como el A, B, C. A todo trance era preciso obtener un poco de sueño.

Afortunadamente tenía yo un bien surtido botiquín. En pocos minutos preparé la dosis más fuerte de opio que me atreví á darle. Bien sabía que, en esos casos como el presente, las cantidades pequeñas no tendrían resultado al-

guno: así, pues, medí sesenta gotas de láudano, pues era preciso hacerla dormir, era preciso por medios artificiales hacer descansar algunas horas ese pobre cerebro hirviente y agitado. Después de este descanso ya podría juzgar si sería posible salvar la vida y la razón de María.

Preparar una medicina para un enfermo como María, y hacérsela tomar; son dos cosas muy distintas. Me valí de toda clase de mañas y de artes para persuadirla, insistí, rogué, amenacé: María permanecía obstinada. Decía que iba yo á envenenar. Por mi parte sabía que si no tomaba ese narcótico esa noche, su curación era desesperada.

Descansé algunos instantes; luego mandé traer un poco de agua tibia, con la cual, después de alguna resistencia, me permitió bañar sus palpitantes sienes. La frescura que siguió á esta operación le fué tan grata que me permitió repetirla varias veces. Su hermoso rostro tomó una expresión más tranquila y más calmada. Aproveché el momento y una vez más le supliqué tomase la poción, y esta vez con buen éxito. Mi corazón se estremeció de alegría al verla apurar el líquido. Ahora si tal vez será posible salvarla.

Continué bañando sus sienes y aguardé con paciencia los efectos de la medicina, que poco á poco empezaron á hacerse manifiestos. Los grandes ojos negros se cerraron, la cabeza se hundió lánguidamente en el pecho, y la pobre María entró en un período de misericordioso olvido.

Aguardé á que su sueño fuera tan tranquilo como el de la muerte; entonces llamé á Juan, á quien había dicho que mi hermana estaba muy enferma. Entre los dos la llevamos á su cuarto y la acostamos sobre el lecho. Aflojé su traje y tuve que cortar sus húmedos zapatos para sacarlos de sus piés entumecidos por el frío. Además hice cuanto pude para promover la circulación de la sangre, luego la dejé durmiendo un sueño pesado que rogué al cielo hiciese durar muchas, muchas horas.

V

Una tumba blanca.

Desde el momento en que la idea del verdadero estado de María atravesó mi cerebro, hasta cuando la dejé profundamente dormida en su cuarto, sólo había podido pensar en el mejor modo de salvar su vida y su razón. Cierto es que en medio de todos mis esfuerzos para lograrlo, tenía la conciencia de un horror que me rodeaba: el recuerdo de aquel objeto espantoso que yacía en el camino á cosa de tres millas de mi casa, pero fué solamente cuando salí del cuarto en donde la dejaba, que se presentó á mis ojos, en su tremenda magnitud la terrible posición de María. Con el corazón hecho pedazos, me dejé caer en una silla cubriéndome el rostro con las manos. ¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer! El cuerpo sería encontrado sin duda por la mañana, y á las pesquisas que se intentasen, las sospechas recaerían sobre María. La señora Wilson sabía que había salido de

su casa sola y á pié la noche anterior, sabía también que sir Mervyn Ferrand era su marido y que la había tratado indignamente; con seguridad que también supondría adonde se había acogido María. Si yo no me preocupaba de mis vecinos, no por ello dejarían ellos de preocuparse de mí. Por otra parte, Juan, mi criado, sabía la verdad; á más tardar, la siguiente mañana ó la próxima á lo sumo, María sería arrestada por el crimen! Sin duda que á mí también me arrestarían, lo que sólo me preocupaba por el temor de no poderle ayudar.

Toda esperanza de trasladar á María á otra parte—hablando claro, toda esperanza de fuga durante muchos días, tal vez semanas, era vana. Suponiendo que la enfermedad tomase el curso más favorable que era dado esperar, María tenía que permanecer tranquila y sin moverse por lo menos de quince días ó tres semanas. Geof profundamente al pensar que si María era arrestada y llevada ante los tribunales, y allí acusada del terrible crimen, quedaría loca hasta el fin de su vida.

Más ¿qué podía yo hacer? Apenas saliera ese hecho á luz, apenas supiese la señora Wilson que el cuerpo de sir Mervyn Ferrand había sido encontrado con una bala en el corazón, diría que la esposa del muerto no estaba lejos, y entonces emprenderían la busca de la señora Ferrand conocida con el nombre de la señora Farmer. Y cuando la encontrarán ¿qué iba á suceder?

Aunque no muriese, aun cuando recuperase

su salud, ¿cómo soportar la vergüenza del juicio! Ningún jurado se atrevería á condenarla; pero me era horrible, insoportable la idea de que María, mi reina, tuviese que presentarse en el banco de los acusados á alegar por su vida; que tuviese que saber, convicta ó perdonada, el hecho que su mano había ejecutado, mientras que en toda Inglaterra se hablaría de sus sufrimientos y su venganza. No permitiré que tal suceda. Más bien la daré tal cantidad de opio que sus ojos permanezcan cerrados para siempre. Afortunadamente aún así quedaría suficiente cantidad del veneno para mí.

¡Cuán estúpido fui! ¿Por qué hice las cosas á medias? ¿Por qué, por amor á ella, no escondí el cadáver en donde nadie lo encontraría? ¿Por qué no saqué sus bolsillos para que la sospecha buscara algún asesino vulgar que había matado para robar? ¿Por qué no destruí cualesquiera cartas ó papeles que llevase sobre sí? Así la identificación hubiera sido difícil y tardado tal vez algunas semanas, y durante ese tiempo yo podría haberla salvado.

¿Por qué no hacerlo ahora si aun es tiempo? Púseme en pié de un salto, mas de nuevo desploméme en la silla. Ni mi amor por María era bastante para llevarme á aquel lugar fatal. Si yo iba allí esa noche volvería tan loco como ella. No pudiéndome obligar á adoptar esa terrible alternativa sólo podía aguardar los acontecimientos para evitar, según se presentasen, las consecuencias de su locura.

Algo había que hacer por ella, no era posible

que permaneciese sola en mi casa en ese estado, sin más compañía que la de dos hombres. Era preciso buscarle enfermeras. Llamé á Juan y le dije que era preciso fuese á Londres con el primer tren de la mañana. El hubiera recibido con perfecta impasibilidad la orden de trasladarse á los antipodas, solamente manifestó duda de que fuese posible ir á Londres al día siguiente á causa de la nieve. Me acerqué á la ventana y miré hacia fuera.

La tempestad era señora de la noche, continuaba el remolino de copos de nieve que en gran parte cubrían los cristales de mi ventana. Al ver esa danza de pequeños objetos blancuecinos se me ocurrió la idea de que el cuerpo en la mitad del camino debía tener por lo menos media pulgada de nieve encima, y haber perdido toda forma y perfil exteriores. Con un temblor involuntario me volví hacia Juan y le dije:

—De seguro que la línea á Londres la mantienen abierta: así, pues, si usted logra ponerse en Roding, todo estará hecho.

—Lo que es llegar á Rading es fácil, contestó Juan.

Procedí á darle mis instrucciones. Le di una carta para una de las instituciones de enfermeras que hay en Londres, de donde debía volver con dos de ellas. Era preciso que al llegar á Roding viniesen inmediatamente á mi casa, aun cuando para traerlas fuese necesario poner veinte caballos al coche en que viniesen. También le recomendé la compra de algunas

medicinas que podían ofrecerse. Juan inclinó la cabeza sin decir una palabra. Comprendí que si era posible, mis órdenes serían obedecidas.

Sin que yo lo pidiera me trajo entonces algún alimento. Comí sin tener apetito, pues sabía que necesitaría toda mi fuerza para soportar la ansiedad de los próximos días. No me acosté en toda la noche. ¡Qué noche tan terrible, nunca la olvidaré! Bien recuerdo la soledad que me rodeaba, la furiosa tempestad de nieve que azotaba los campos y aquella pobre niña hasta cuyo lecho me acercaba yo silenciosamente de hito en hito. Parecía reposar tranquilamente, vuelto hacia arriba su hermoso rostro blanco como el mármol; á no ser por el movimiento acompasado de su respiración, hubiera parecido muerta. ¡Qué dichoso olvido aquél! ¡Y qué despertar tan triste el que se le esperaba! Al contemplarla, y á pesar del amor que le profesaba, pienso que si yo hubiera creído que mi súplica sería oída, habría pedido al cielo que nunca jamás volviessen á entreavirse sus párpados.

Por fin llegó la mañana á acompañar mi triste vigilia. María permanecía sumida en su profundo sueño. Volví al salón y aparté las cortinas de la ventana y dejé entrar la luz de la mañana, esa luz plomiza peculiar de los cielos de invierno. Todavía nevaba, tal vez con mayor fuerza que el día anterior; hacia doce horas que caían los copos de nieve sin interrupción. No soplaba ya casi viento alguno, hacía como una

hora que habla cesado. Hasta donde mi vista alcanzaba la tierra estaba cubierta de blanco. La nieve amontonada por el viento yacía en capas muy desiguales, en las sendas de mi jardín tenía una profundidad de algunas pulgadas, contra los muros la profundidad era de algunos pies.

En esto se presentó Juan, preparó almuerzo para sí mismo y después de hacerle amplia justicia, emprendió marcha á Roding. Ocurrióseme entonces la idea de que tal vez él sería el primero en tropezar con el objeto que yacía en camino. Esto me preocupó solamente porque pudiera detenerlo y hacerlo perder el tren; por lo demás aguardaba con calma lo inevitable; alguno tenía que hacer el descubrimiento. Sin embargo, como urgía la presencia de las enfermeras, le dije:

— Recuerde usted que esta es cuestión de vida ó muerte, nada debe detenerlo.

Tocó su sombrero con ademán resuelto que dispuso mis temores y emprendió marcha á través de la nieve.

Volví á acercarme al lecho de la enferma y permanecí aguardando que despertase. Hacía once horas que dormía y ya era tiempo de que despertase de un momento á otro. Con ansiedad y con temor esperaba ese incidente. ¿En qué estado iba yo á encontrarla una vez pasados los efectos del opio? La experiencia me decía que había mil probabilidades contra una de que su cerebro fuese aún presa de extrañas alucinaciones, y que me contemplaría á mí y se

apartaría de mí con ira y con repugnancia como lo hizo la noche anterior. Mi mayor temor era el de que al volver en sí, aun en ese triste estado, pudiera tener conciencia de sus acciones y de lo que había hecho. Por eso deseaba que el opio la retuviese todavía algunas horas en su abrazo soñoliento. Mi deseo se realizó; hora tras hora permanecí junto á su cuerpo inmóvil. De vez en cuando vagaban mis ojos de su hermoso impassible rostro hacia los campos á través de la ventana. La nieve continuaba cayendo. Preguntábame si mi mensajero podría llegar á la ciudad, y una vez allí si podría volver. La presencia de la mas humilde y tosca aldeana me hubiera sido una bendición para cuando María despertase, y ya era tiempo de que esto sucediera.

Aunque casi cada minuto le tomaba el pulso y no se hallaba causa alguna de alarma, su largo sueño, prolongado muy más allá de lo que mi experiencia había visto producido por los narcóticos, comenzó á inquietarme. Sé que parece increíble que el sueño de María durase cosa de diez y seis horas, desde las nueve y media de la noche hasta la una y media de la tarde siguiente. Hallando esta duración anormal, me preparaba á hacer algunos esfuerzos para despertarla, cuando afortunadamente me libré de tal responsabilidad. María se movió en el lecho, volvió la cabeza con languidez en la almohada, abrió sus negros ojos, los cerró y á poco los abrió otra vez. Me miró como asustada, como si no me conociese y no comprendie-

se por qué estaba yo cerca de ella, ni supiese en dónde se hallaba. Presa de la mayor ansiedad, me incliné sobre ella aguardando á que hablara.

Poco á poco pareció volver en sí de su asombro, sus ojos me miraron inquisitivamente.

—Alberto, me dijo con voz débil, en tono de sorpresa. ¿Usted aquí, ¿en dónde estoy?

—Bajo mi techo, en la casa de su hermano.

—¡Ah! ya recuerdo, dijo ella, dando un profundo suspiro.

Volvió á cerrar los ojos y pareció dormir una vez más.

¿Qué era lo que recordaba? Parecíame que era demasiado creer que esas horas de olvido la hubiesen curado, mi esperanza era la de que no se acordase de lo que había sucedido cuando se encontró con sir Mervyn Ferrand en el camino. Temblaba yo de agitación, ansiaba saber el estado de su mente, y además me parecía que había dormido tanto como era conveniente. Tomé sus manos en las mías y la llamé por su nombre.

Volvió á abrir los ojos, su mirada no expresaba la expresión de reproche del día anterior; se veía en ella la calma, la tristeza, la fatiga, sin la menor señal de desorden mental.

—¿Hace mucho tiempo que estoy enferma, Alberto? me preguntó.

—No, no hace mucho; pronto estará usted perfectamente buena.

—Yo vine á su casa, ¿no es verdad?

—Sí, y aquí ha de permanecer usted. Se siente usted débil.

—Muy débil. Alberto, he soñado cosas horribles.

—Usted ha tenido fiebre y delirio. En ese estado la imaginación forja las más extrañas cosas.

Estaba tan débil como un niño, pero, por el momento al menos, perfectamente sana. Yo hubiera podido llorar de alegría al escuchar sus palabras débiles, pero sensatas y tranquilas. Me atreví á esperar que tenía delante de mí uno de esos casos rarísimos que había visto descritos, sin haberlos presenciado nunca, en que la enferma se despierta de un largo sueño artificial sin el menor sintoma de locura.

Si esto era lo que había sucedido con María, si su razón la había vuelto por completo, bien sabía yo que unas pocas semanas de cuidados, bastarían para volverle la salud. Al pensar en esto, no pude menos de recordar el peligro que corría. Mañana, tal vez hoy mismo, puede suceder lo que tanto temo, y perderse por completo los efectos del narcótico.

María estaba enteramente despierta y tranquila, le di una bebida refrescante, y viendo que guardaba silencio me pareció mejor dejarla sola. Antes de salir de su cuarto cerré la ventana, no fuese que la vista de los copos de nieve que caían todavía trajese á su mente recuerdos que quería yo evitar á todo trance.

Largo y pesado declinaba el día, ya la luz comenzaba á apagarse y empezaba de nuevo la

noche. María permanecía en su lecho tranquila, silenciosa, casi apática. Yo no hice esfuerzo ninguno por arrancarla de ese estado, y me acerqué á ella las menos veces que me fué dado hacerlo; temía que mi presencia trajese á su memoria los acontecimientos de la pasada noche, y evocados una vez esos recuerdos, de seguro destruirían todo el bien producido por las pocas horas de olvido y de tranquilidad. Si hubiera habido otra persona que hiciera mis veces, ni siquiera me hubiera dejado ver de la enferma. Al caer la noche, aguardaba con la mayor ansiedad la vuelta de mi fiel Juan y de las dos enfermeras.

¡Sabe Dios si podían llegar hasta la casa con el tiempo que hacía! Todavía nevaba con gran violencia, hacía veinte y cuatro horas que duraba ese torbellino blanco sin interrupción alguna. En verdad, esa tempestad que estalló sobre el mundo en el momento en que me volvía yo de la casa de María la noche anterior, es hoy histórica. Entonces comenzó la caída de nieve más larga de que hay memoria en los últimos cincuenta años; dos noches y un día cayó la nieve en abundantes masas. Durante todo ese horrible día vi los montones de nieve alzarse más y más contra los muros, y aun en el estado de ánimo en que me hallaba causábame asombro la furia sostenida de la tempestad. A las once de la noche ya desesperé de que me llegara la tan deseada ayuda.

Parecía que, después de todo, Juan no había podido luchar contra la tempestad; preparáme

para otra noche de solitaria vigilia. Estaba casi vencido por la fatiga, y sin embargo no me atrevía á dormir. Si volvía á dormir. Si volvía la locura y no me hallaba yo á mano, para cuidar á María, ¡cuántas cosas podrían resultar! La esperanza que abrigaba de que mi enferma se curase por completo, si la cuidaba debidamente, se afirmaba por momentos; sin embargo, no me atreví á abandonarla sino por breves instantes. ¡Cuánta no sería mi alegría al ver, cuando por la centésima vez tendía la mirada hacia el camino, la luz de dos linternas! Comprendí que Juan, mi fiel Juan había cumplido mis órdenes. A los pocos instantes estuvieron bajo mi techo dos respetables mujeres, enfermeras de una de las mejores instituciones de Londres.

El tren naturalmente llegó tarde, muy tarde. En uno ó dos puntos de la línea casi había sido vencido por la nieve y había parado la máquina, hasta que se le pudo abrir camino cavándolo entre la nieve; pero, vencedores al fin el hierro y el vapor, llegó el tren á Roding. Una vez allí, Juan, que conocía ni angustiada situación, ofreció tan brillante pago, que muy en breve se encontró un cochero emprendedor que acometió la tarea de llevar su coche y sus dos caballos á través de las seis millas que mediaban entre Roding y mi casa. Aunque el esfuerzo fué rudo, por fin llegaron, y Juan introdujo sus compañeras en triunfo en mi casa.

Después de darles el tiempo necesario para descansar y tomar algún alimento, les expliqué

la naturaleza del caso y prescribí el tratamiento que era preciso adoptar, luego las conduje al cuarto de María. Las dejé encargadas de la pobre niña y me retiré á tomar un poco de sueño que tanto necesitaba. Antes de retirarme, llamé á Juan: temía oír de sus labios la descripción del horrible espectáculo que había visto esa mañana, y por otra parte me era indispensable saber si ya el hecho era conocido del público.

—¿No tuvo mucho trabajo en llegar á Roding esta mañana? pregunté con aparente indiferencia.

—No señor, no mucho, contestó Juan alegremente.

—¿Muy hõnda la nieve en el camino?

—No señor, no tanto como yo creía. Toda amontonada y arremolinada de un lado. Nunca he visto cosa semejante, esta mañana los montones medían varios pies, ¡quién sabe cuán profundos estarán ahora! Así serán las regiones árticas, ¿no le parece á usted, señor?

Por la primera vez después de tantas horas de ansiedad atravesó mi espíritu un rayo de esperanza. Juan había recorrido esa mañana ese camino abandonado, y tan sólo había visto la nieve amontonada. Recordé cómo habla colgado yo el cadáver en un pequeño hueco al pie del barranco, tal vez la nieve misericordiosa que yo mismo había visto empezarlo á cubrir lo había escondido y sepultado. Tal vez un montón blanco, informe y mudo, escondía ese negro hecho de los ojos del mundo. Si tan

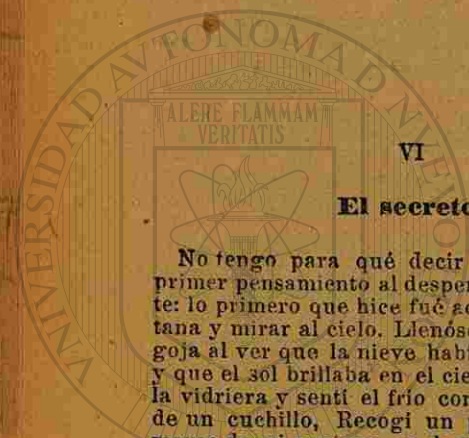
sólo lo hubiera permitido la salud de María, hubiéramos de ese lugar al día siguiente sin dejar de nosotros huella alguna. Así nunca sabría ella lo que había cometido en su locura y yo sería el único depositario de ese pavoroso secreto: carga que, aunque pesada, bien fácilmente hallaría fuerza para soportar. Soportaría si y ser feliz, porque algo me decía que si yo lograba salvar á María del peligro que la amenazaba, nada, nada en este mundo nos habría de separar, hasta que la muerte, único vencedor de amores como el mio, nos alejase al uno del otro.

Una vez más acerquéme á contemplar la noche; seguía el torbellino furioso de blanca nieve. ¡Oh, nieve bendita, nieve misericordiosa, cae, cae en montones, encubre á ese pobre muerto, escóndelo profundamente entre tu seno, sigue cayendo durante semanas, meses, para siempre, salva á mi amor y salvame á mí!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1025 MONTERREY, MEXICO



VI

El secreto.

No tengo para qué decir que María fué mi primer pensamiento al despertar al día siguiente: lo primero que hice fué acercarme á la ventana y mirar al cielo. Llenóse mi pecho de congoja al ver que la nieve había cesado de caer y que el sol brillaba en el cielo invernal. Abrí la vidriera y sentí el frío cortante como el filo de un cuchillo. Recogí un poco de nieve del marco de mi ventana, se desmoronó en mi mano y cayó al suelo como harina. Inmediatamente comprendí que á la tempestad de nieve había seguido un frío intenso. Bajé á mirar el termómetro que estaba fuera en el corredor de la casa: acusaba doce grados bajo cero; cobré esperanza, parecíame que María iba á ser salvada; el viento soplaba del Este, y mientras durase así, continuaría la helada y esa tumba blanca en el camino escondería el terrible secreto de aquella noche.

Además, encontré que la condición de María

era tan buena como se podía esperar, dadas las circunstancias. Desde que había despertado del largo sueño artificial en que la había sumido por medio del opio, no se habían presentado ningunos síntomas alarmantes ni habían vuelto las alucinaciones de la vispera. Estaba débil, muy débil, hablaba poco, y las escasas palabras que decía no hacían la menor referencia á asuntos prohibidos ó peligrosos.

Un día tras otro vi pasar, y el hielo retenía al mundo en un abrazo de hierro y guardaba el secreto de la noche fatal. Todas las mañanas, al despertar, hallé el viento todavía soplando del Este, el cielo claro y despejado, y que todo indicaba la prolongación del frío. Establecióse firmemente en mi espíritu el presentimiento de que íbamos á salvarnos, pues parecía que el cielo mismo trabajaba á nuestro favor y nos escudaba.

No he mencionado el año en que ocurrió todo esto, pero sin duda muchos habrá que recordarán la época en que cayó esa enorme cantidad de nieve y la helada que por tanto tiempo la retuvo sobre la tierra: así podrán fijar la fecha. Desde entonces nunca hemos tenido tiempo que se le parezca.

El estado de María mejoraba de día en día. Cumpliré mi promesa librando al lector de toda descripción innecesaria del tratamiento que di á mi enferma y omitiré la descripción técnica del caso; pero sí diré que antes de muchos días me convencí de que tenía delante de mí una de aquellas raras ocasiones en que sucede que el

equilibrio mental se recupera por el sueño forzado, y el restablecimiento de la salud es tan sólo cuestión de tiempo y cuidado.

Apenas me hubo convencido de que había cesado todo peligro á la razón y á la salud de María, empecé á considerar qué plan era preciso adoptar. Apenas estuviese bastante bien para emprender un viaje, ó en cualquiera tiempo que comenzase el deshielo, aunque su salud no lo permitiese todavía, era necesario huir de la escena de esa tragedia en que la pobre había tenido un papel tan terrible, aunque sin responsabilidad moral alguna. Era preciso interponer tierras y mares entre nosotros y el fatal lugar. Mas, ¿cómo persuadiría de que tal fuga era absolutamente necesaria? Aunque ahora nos llamábamos hermano y hermana, posible es que no consintiera en acompañarme al extranjero; por otra parte, yo tenía mis dudas sobre si mi amor por ella me daba el derecho de ponerla en situación tan equívoca. ¡No, mil veces no! Y sin embargo, en Inglaterra no tenía ella seguridad alguna, y si no se iba de Inglaterra conmigo ¿con quién podía irse?

No me atrevía á darle la verdadera razón que nos impelia á la fuga. Mi mayor esperanza era la de que los acontecimientos de esa noche hubiesen desaparecido de su mente con la locura para no volver jamás. Urgía el tiempo, ya había pasado diez días, y aunque el hielo aun ocultaba nuestro secreto, no podía durar indefinidamente. Bien pronto los blancos montones de nieve habrían de derretirse y desaparecer; de

entre ellos se asomaría el rostro frío de sir Mervyn Ferrand, á narrar la historia de su muerte al primer transeunte.

Casi no había salido de la casa desde aquella noche. Un día, guiado por una especie de fascinación mórbida, emprendí el camino de Roding y me detuve en el mismo punto en que me parecía yacer el cadáver al lado del camino. Casi creí reconocer el barranco bajo el cual yacía aquel objeto horrible. Tuve tentación de hundir en la nieve mi bastón, por ver si estaba allí; la resistí y me alejé del lugar sin llevar á cabo tal intento.

Ya había algún tráfico en el camino; la nieve había sido pisoteada y endurecida por el continuo pasar de carretones y de gentes; de modo que era fácil caminar de un lugar á otro. Al llegar á la casa de donde María había huido para venirse á la mía, me encontré con la señora Wilson: iba á pasar de largo, pero ella me detuvo preguntándome:

—¿No pensaba usted llevarse á su hermana?

—Desgraciadamente la señora Ferrand se enfermó poco después de ida de casa de usted, y hoy todavía no está en estado de viajar.

—¿Ha tenido ella noticias de sir Mervyn? preguntó de repente.

—No que yo sepa.

—Es extraño. Sin duda usted sabe que él debía haber venido á mi casa esta noche.

—Ciertamente lo sé; fué por esa razón que mi hermana salió de casa de usted.

La señora Wilson me miró pensativamente:

— ¿Es decir que nunca lo volverá á ver?

— ¡Nunca! le dije, pensando al hablar que esa palabra tenía un significado que ella no comprendía.

— ¿Es decir que lo odia?

— Ha sido cruelmente ofendida, contestéle evasivamente.

Apoiando su mano en mi brazo, me dijo:

— Diga usted. Si yo tuviese seguridad de que ella lo odia á él, la buscaría antes de su partida, pues tendría algo que decirle. Si supiese que él la odia á ella, se lo diría á él. Esperaré á ver qué trae el tiempo.

Volvióse en dirección opuesta y se alejó de mí dejándome entender sus palabras enigmáticas como mejor pudiese. Sin duda ésta era una mujer extraña que, como yo lo había sospechado, algo había tenido que ver con sir Mervyn Ferrand en tiempos pasados. Sentíme inclinado á seguirla y á pedirle una explicación, pero comprendí que cuanto menos hablase con ella sería mejor. El conocimiento que ella tenía de la relación existente entre María y el hombre muerto era el mayor peligro que nos amenazaba una vez que se descubriese el secreto.

Después de caminar algunos pasos, la señora Wilson se volvió y me dijo:

— Deme una dirección á donde pueda escribirle, acaso tenga que hacerlo.

Vacíle un instante, luego le dije que cualquier carta para mí, enviada á mis banqueros

en Londres, me llegaría tarde ó temprano. Aún era demasiado pronto para que empezásemos á esconder nuestros movimientos, lo que hubiera despertado sospechas. Después de contemplar la tumba blanca á la orilla del camino, adquirió mayor grado de intensidad la impaciencia que tenía de alejar á María de aquel lugar. Además, ya había decidido lo que era preciso hacer con ella: mi resolución era la de llevarla á Londres apenas pudiese soportar el viaje y ponerla bajo la protección de mi madre, una de las mujeres más leales, más nobles y más tiernas que había en el mundo.

Estaba aguardándome en Londres, á donde ya le había escrito yo que la grave enfermedad de un amigo me impedía dejar mi casa por algunos días. Resolví ir á donde ella estaba y contarle toda la triste historia de María, menos ese capítulo obscuro que, según me lo prometía yo, la misma María ignoraba. María iría á donde mi madre, á quien yo iba á decir cuánto era mi amor por esa pobre niña; implorando su amor de madre por mí, le suplicaría que la recibiese á ella como á hija suya, y me alentaba la esperanza de que, por cairío á mí, su hijo, accedería á mi ruego.

María ya estaba convaleciente. Hoy, cuando descanso la pluma un momento para recordar esos días de sobresaltos y temores, me maravillo de cómo me atreví á dejar transcurrir tanto tiempo sin apartar á María de aquellos alrededores. Sólo puedo atribuir mi dilación á un sentimiento de fatalismo que me decía que to-

do habría de salir bien al fin, ó á un instante profesional que me impedía hacer todo aquello que pudiera retardar ó impedir la reposición del enfermo. Mas ya la hora de obrar había sonado.

María era otra vez la misma. María de antes sólo si que su ademán era más tranquilo y como subyugado. Sus palabras y su conducta para conmigo eran tiernas, cariñosas y fraternales. No tengo para qué decir que durante esos días no atravesó mis labios palabra alguna que hubiera preferido no haber dicho. Si no el pesimismo del amor, al menos toda manifestación de él habfan sido separados de mi espíritu hasta que brillase en nuestro horizonte la aurora de más felices días: y ello porque—lo digo intencionalmente y acaso exponiéndome á ser censurado—María era á mis ojos tan pura y tan inocente como el día en que por vez primera nos encontramos. Si sus manos estaban manchadas con la sangre de sir Mervyn Ferrand, ella ignoraba la existencia de tal mancha; los daños que había sufrido habían irritado su espíritu hasta la locura, y la locura, no ella misma, era responsable del acto cometido.

Nunca pronunció el nombre de ese hombre parecía que nunca hubiese existido para ella, o que su recuerdo fuese tan sólo parte de un sueño olvidado. Apenas pudo levantarse de su cama, y cuando ya me era dado gozar de su compañía durante horas enteras, hablamos de muchas cosas, pero nunca de sir Mervyn Ferrand ni del pasado inmediato.

Sin embargo, á veces su mirada me inquietaba; de vez en cuando la encontraba contemplándome con ojos ansiosos é inquietos que parecían querer leer algo que yo les escondía. Una vez me preguntó de dónde había venido á mi casa la noche en que lo hizo.

—De entre el torbellino de nieve, le dije tan alegremente como pude. Era usted presa de una fiebre delirante.

—¿En dónde había estado yo? ¿Qué había estado yo haciendo?

—Supongo que vino usted directamente de casa de la señora Wilson. Es todo lo que sé.

Suspirando volteó la cabeza en otra dirección, mas á poco hallé sus ojos inquietos y asustados clavados en los míos; tan sólo podía sostener su mirada con valor y pedir al cielo que nunca permitiese á María llenar el vacío que esas horas formaban en su existencia.

Quince días después del día fatal salimos de mi casa. Ya era yo, como se dice legalmente, un accesorio después del acto, pues que haciendo esfuerzo para salvar á María de la persecución de la justicia. Para evitar toda sospecha decidí no cerrar mi casa; así fué que la dejé al cuidado de mi fiel Juan, á quien dije que aguardase mis instrucciones. Por lo pronto, le dije que si preguntaba alguno por mí, contestase que había partido para Londres con mi hermana sin fijar el día de nuestra vuelta.

Suponiendo que todo fuese bien, ya me sería dado más tarde deshacerme de mi casa sin mayor dificultad: en cuanto á mí, nunca desearía

volver á ese lugar. María consintió en todos mis arreglos. No se opuso á acompañarme á la ciudad, tenía en mí una confianza infantil. Sólo una vez me preguntó:

— Iremos á la ciudad, Alberto; ¿pero de qué pues?

Aun en medio del peligro que nos amenazaba tuve que hacer un esfuerzo supremo para arrodillarme á sus pies y decirle que mi amor daría la solución del futuro.

— Le tengo preparada una sorpresa en Londres, agregué. Confíe usted en mí y no tendrá que deplorarlo.

Tomó mi mano entre las suyas:

— ¿En quién más que en usted puedo confiar, Alberto; usted ha sido muy bueno para conmigo, y en cambio yo lo he hecho desgraciado para usted. Ya es demasiado tarde para remediarlo, pero yo nunca olvidaré estos días.

Sus ojos se llenaron de lágrimas; yo me incliné y besé su mano con reverencia, y dije que cuando una vez más volviese yo á ver en sus labios la sonrisa de otros días, cuanto yo había hecho por ella estaría pagado mil y mil veces. Y al decir esto hacía estremecer mi voz el pensamiento de la triste suerte que tal vez me aguardaba.

Tomamos un coche para ir á Roding y por fuerza tuvimos que pasar por frente de la casa de la señora Wilson. Al llegar allí, María se levantó á medias y pareció quererme preguntar algo; sin embargo cambió de idea y guardó silencio. Sentí un temor horrible de que los

gestos del camino pudiesen despertar algún recuerdo en su memoria; mi corazón palpitó con violencia cuando nos acercamos á ese barranco, en donde creía yo que la nieve amontonada ocultaba nuestro secreto.

Sentí que una palidez mortal cubría mi rostro, tuve que voltear la cabeza en otra dirección y mirar por la ventana opuesta. Mi estado de ánimo aumentaba en inquietud con la conciencia de que María tenía fijos en mí los ojos inquietos y turbados; ya sentía yo que la tensión era demasiado fuerte para soportarla, y empezaba á preguntarme si en mi vida volvería á tener un momento tranquilo ó feliz.

Después de un largo silencio me preguntó ella:

— Dígame, Alberto, ¿ha sabido usted algo de ese hombre?

Sacudí la cabeza negativamente.

— ¿En dónde está? Iba á venir aquella noche. ¿Sabe usted si vino?

— Supongo que no. ¿Por qué me pregunta usted?

— Alberto, hay un sueño horrible que me perseguiré. Hay algo que soñé yo esa noche terrible, algo que sueño todavía. ¿Dígame qué fué?

Comencé á sudar frío.

— Mi querida María, le dije, nada de extraño tiene lo que usted sueña ahora. Hoy está usted bien, pero esa noche había perdido el sentido; sus sueños de ahora son sólo restos de ese delirio. No sé usted más pensamiento á eso misérable, que sin duda está llevando en París la vi-

da que más le gusta. Piense usted tan sólo en un porvenir tranquilo y feliz.

Estaba resuelto á hacer todo lo posible para impedir que ella tuviese conciencia del hecho fatal. Me hice violencia y hablé en tono alegre y hasta jocoso, burlándome de algunos aldeanos que pasaban por el camino abrigados grotescamente. Le mostré la belleza de los árboles, cuyas ramas parecían estar cubiertas de nuevo follaje de luciente nieve. Hice cuanto pude para cambiar el curso de sus pensamientos, para quitar de sus ojos esa mirada inquisidora. Me sentí aliviado cuando por fin nos hallamos en el tren, y la primera etapa de nuestra fuga era un hecho cumplido.

Al llegar á Londres nos dirigimos inmediatamente al hotel en donde estaba hospedada mi madre. Era uno de esos hoteles privados de la mayor respetabilidad y caros. Tomé cuartos para mi hermana y para mí, conduje á María al suyo para que descansase y fuíme en busca de mi madre.

Un momento después estaba en sus brazos, y antes de media hora le había contado la historia de María, le había pintado el amor que le profesaba é implorado su protección para ella.

Habia hecho yo muy bien en confiar en mi madre; bien conocía yo la nobleza de su carácter y su absoluta independencia de las trabas artificiales de la sociedad, y además sabía el amor que me profesaba. Una vez más le doy las gracias por lo que hizo por mí ese día. Ella escuchó en silencio mis confidencias, todo,

se lo dije, menos dos cosas; el nombre del hombre que había ofendido á María, y la suerte que le había tocado. Como lo he pintado en estas páginas, le dije cuánto era mi amor por María, y además que esperaba que algún día ese amor sería devuelto. Le supliqué que se apiadase de la pobre niña, que la acogiese en su corazón y que tratase de devolverle, si era posible, el sentimiento del respeto propio. Mi madre me escuchaba, su rostro palideció, temblaron sus labios y las lágrimas asomaron á sus ojos. Así comprendí lo que pasaba por su espíritu. Yo sabía cuán orgullosa estaba de mí, y qué grandes cosas se prometía habría yo de hacer en el mundo. Era mujer, y como tal esperaba que su hijo hiciese un matrimonio ventajoso; pero, á pesar de esto, vi que había hecho bien en contar con su ayuda. Recibe mis gracias una vez más, madre querida.

— Mi madre se puso en pié.

— Quiero ver á la mujer á quien ama usted, me dijo. ¿En dónde está? Vamos á verla.

— Está aquí en esta casa, madre mía; bien sabía yo que usted haría esto por mí.

Me besó en la frente, diciéndome:

— Traigala usted aquí.

Sali del cuarto y mandé llamar á María, quien á poco se presentó. Había removido toda señal del tráfico del viaje, y aunque pálida parecía la perfección de la belleza encarnada. La conduje al cuarto de mi madre; se detuvo ruborosa en el umbral de la puerta al ver que estaba ocupado por una señora.

—Mi querida María, le dije, esta señora es mi madre. Le he contado todo, y la aguarda á usted para darle la bienvenida.

Permaneció inmóvil, inclinó la cabeza y su pecho pareció sacudirse. Mi madre vino á su lado y, abrazándola, murmuró en su oído algunas palabras que ni oí, ni traté de oír. María estalló en sollozos y durante algunos momentos, lloró con la cabeza recostada en el hombro de mi madre. Luego alzó sus ojos hacia mí, llenos de una expresión que hizo palpar mi corazón.

—¡Alberto, hermano mío, exclamó, usted es demasiado bueno conmigo!

—Mi madre la llevó al sofá y se sentó junto á ella, teniéndola siempre abrazada. Allí las dejé yo, sabiendo que María había encontrado el corazón más noble y más leal en que descansar, el oído más compasivo y apreciador de la historia de su daño, y la voz más suave y más blanda para consolarla y aliviarla. ¡Cuán feliz me hubiera sentido yo si la obra negra de aquella noche no se hubiera ejecutado, ó si al menos la blanca tumba de nieve hubiese guardado para siempre su fatal secreto!

VII

El deshielo.

Una vez realizado el primer paso de nuestra fuga en busca de seguridad, púseme á estudiar la situación y á determinar lo que sería más conveniente hacer. Traté de imaginarme las consecuencias del inevitable descubrimiento del cadáver de sir Mervyn Ferrand. Púseme á calcular con toda calma de dónde podía venir el peligro del descubrimiento y cómo sería más fácil evitarlo. Sin duda que la señora Wilson era la persona á quien más había de temer; sólo ella sabía que ese hombre pensaba llegar á Roding aquella noche; sólo ella conocía las circunstancias que mediaban entre él y María. La tempestad de nieve fijaría la noche del acontecimiento, y yo comprendí que una vez que el cadáver fuese identificado, la señora Wilson no podría menos que asociar la desaparición repentina y subsiguiente enfermedad de su huésped con el terrible acontecimiento. Apenas revelase lo que sabía ó suponía, la se-

pecha se dirigiera sobre la verdadera persona. Sería que mi corazón se enfermaba al ver que yo no había salido posible de este peligro.

Poco me importaban los detalles secundarios. Considerándolos fríamente, no creí que me estorbara Juan desde con la conclusión justa. En caso de sospechar á alguno de nosotros, sería á mí, no á María; su cariño por mí era tal, que sentiría que si algo había hecho yo, tenía buenas razones para hacerlo. Ninguna palabra contra mí atravesaría sus labios rebeldes.

Varias veces me había censurado á mi mismo amargamente por haber cedido al imprudente impulso que me hizo arrojar lejos de mí la arma fatal. ¿Por qué no la guardé para seguir después, muy, muy hondo en la tierra? Si encontraban esa pistola, por ella podía seguirse la pista, y todo trabajo podía ser deshecho. Tranquilizábame la esperanza de que tal vez hubiese estado en algún lugar en donde no fuese descubierta sino en muchos años después, cuando ya no fuese posible asociarla con el asesinato de aquella noche terrible.

Resumiendo brevemente, tuve que confesar que la evidencia circunstancial que podía ser aducida por la señora Wilson era de tal naturaleza que me era preciso adoptar mi plan original. No había probabilidad alguna de que mi pobre María pudiese escapar á la sospecha y á la acusación del acto ejecutado por su mano sin que ella lo supiese; así pues, sin útiles esperanzas de seguridad, más aún, la única es-

peranza de seguridad que yo mismo tenía, estaba en la fuga, y en la fuga más rápida posible. Nos era preciso llegar á alguna tierra en donde pudiésemos vivir sin el temor de ser apresados. ¿Cuál sería ese país? Eran muchos los que presentaban tal ventaja. Los sucesos que estoy narrando tuvieron lugar antes de 1873, que fué la época en que se celebraron casi todos los tratados de extradición en Inglaterra; entonces había tratado de extradición con sólo dos naciones extranjeras: la Francia y los Estados Unidos. De modo que para nuestra elección de morada, teníamos más en donde escoger que los que hoy huyen al extranjero queriendo escapar de las garras de la justicia. Sin embargo, para tener completa certidumbre respecto de lo que más me convenía hacer, consulté con un amigo mio, abogado residente en Londres, y, citándole un caso supuesto, obtuve de él todos los informes necesarios respecto á las prácticas existentes entre las naciones, cuando se trataba de devolver fugitivos de la justicia.

Hallé que aun cuando solo existían tratados con las dos naciones mencionadas, sin embargo, existía una especie de contrato tácito no escrito, que suplía al tratado de extradición. En virtud de este código de cortesía, no era cosa rara el que un criminal de nota que buscaba refugio en tierra extraña fuese entregado á sus perseguidores, obligándolo á salir del país, cuya frontera lo protegía. Sin embargo, también me informó mi amigo, que esto no podía espe-

tarse, ni aun tratándose de la nación más amiga, sino cuando el fugitivo se presentaba, por decirlo así, con las manos tintas en sangre todavía de modo que fuese imposible revocar el crimen á duda.

Por otra parte, nadie sabía hasta qué punto era posible contar con esta clase de favores internacionales, generalmente se suponía que esto iba á ser decidido por la influencia ó persuasión que el un gobierno pudiese ejercer sobre el otro.

Estos informes trastornaron las ideas que tenía yo de la facilidad en que por medio de la fuga podíamos obtener seguridad completa; reflexionando bien, convencíme á poco de que no había mayor causa de temor, sobre María sólo podían pesar sospechas. Nadie había visto ni yo siquiera la ejecución del hecho. Sin duda que se daría orden de apresarla, mas si lográbamos eludir dicha orden por medio de la fuga no era probable que ningún gobierno se pudiese al servicio de la ley inglesa. Yo era el único en el mundo que podía jurar positivamente que María había matado á sir Mervyn Ferrand.

Supe también que España era entonces como lo es hoy todavía el país del mundo en donde es más fácil protegerse de la ley inglesa. Ello será tal vez porque el español, que ora es grave y frío, ora ardiente en sus pasiones, estima la vida humana en más bajo precio que las naciones del Norte. A España, pues, volví los ojos

y resolví llegar allí sin perder una sola hora de tiempo.

Al día siguiente toqué el punto de viajar en el extranjero en una conversación que tuve con mi madre. Llenábame de gozo el ver al cariño que en tan corto tiempo se había establecido ya entre ella y María; parecía que la pobre niña se acogía á ella como á su protectora natural y que en su corazón mi madre ocupaba ya el puesto de la madre que había perdido. El cariño de su propio sexo es indispensable á la felicidad de las mujeres. ¿Cómo se henchía mi corazón de placer al verlas juntas! María hablaba con mi madre como nunca lo había hecho conmigo, y bien comprendía yo que cuando llegase el día en que pidiese yo la única recompensa suprema que ambicionaba, el recuerdo del cariño y la bondad de mi madre para con ella, abandonada y avergonzada, sería argumento poderoso que abogaría en mi favor.

¿Era esto posible? ¿Era posible que nosotros hallásemos la felicidad después de la negra obra de aquella noche? ¡Ay de mí! Se me hundía el corazón al pensar que el golpe terrible podía caer sobre nosotros en cualquier momento. Que no haya, pues, la menor dilación, que no tengo yo que culparme amargamente mañana por imprudente descuido ó sentimiento de falsa seguridad. Huyamos del peligro.

—Madre, le dije, ¿quiere vd. venir al extranjero con María y conmigo?

—¿Al extranjero, Alberto? ¡Si apenas acabo de llegar!

—No importa, vámonos inmediatamente; vámonos á algún lugar á donde haya aires tibios y sol brillante. Vámonos á España.

—A España, ¿y por qué á España? Además, María no está en estado de resistir ese viaje tan largo.

—Mucho bien que le hará pues todo en este país evoca para ella tristes recuerdos.

—Bueno, dentro de una ó dos semanas decidirá.

—No, no, ha de ser inmediatamente. Partamos mañana ó pasado mañana á más tardar. Lo pido como favor especial.

—Si para ello me dá usted alguna buena razón, lo haré como usted desee, Alberto.

—Míreme bien, madre mía, y no necesitaré usted más razones. ¿No ve usted que estoy enfermo, fatigado, nervioso? Necesito cambiar de aires sin la menor dilación.

—Mi madre me contempló con cariño.

—Ven que usted está enfermo; pero ¿por qué hemos de ir á España?

—Capricho, antojo de enfermo. Tal vez se me ocurrió por ser la patria del padre de María. ¿Qué opinión se ha formado usted de ella?

—Es la mujer á quien usted ama, es muy bella, ha sido cruelmente tratada y es inocente. Sería exageración de mi parte, después de tan corto conocimiento, el decir algo más.

—¿Vendrá usted á España conmigo, con ella, madre mía?

—Me besó en la frente y cedió á mi súplica.

—Busqué á María y le dije con una sonrisa a for-

zada como eran entonces todas mis sonrisas:

—Mi madre nos va á llevar al extranjero, ella se encarga de alistar todo para usted.

—Su madre es muy bondadosa y muy tierna, dijo María con entusiasmo. Alberto, mi cariño por ella es casi una adoración ya. ¿Pero por qué vamos al extranjero?

—Por dos razones: la una, para huir de tristes pensamientos; la otra porque estoy enfermo.

—Miróme con cierto aire de temor que trajo la sangre á mis mejillas.

—Vámonos inmediatamente de esta tierra helada y fría, yo lo cuidaré á usted hasta que vuelva á su salud. ¿Cuándo nos vamos y á qué país?

—A España, mañana ó el día siguiente.

—Volviéme á mirar con aquella expresión asustada que ya había mirado tantas veces:

—Esto lo hace usted por amor á mí, Alberto.

—Y por amor á mí mismo también.

—¿Ay de mí! Yo deseché el amor de usted, arruiné su vida, volví á su casa llena de vergüenza; y usted me salvó y no me despreció y me trajo á los brazos de su madre. Alberto, Dios se lo pagará á usted, porque nunca yo podré hacerlo.

—Estalló en lágrimas y abandonó el cuarto precipitadamente.

—Muy bien hice yo en arreglar el asunto del viaje ese día. Esa tarde misma cambió el viento y entró un deshielo que poco á poco apartó

el velo blanco que cubría la superficie de Inglaterra.

Poco logró dormir aquella noche. En mi desvelo mi imaginación se volvía constantemente hacia aquella tumba blanca, que con segura lentitud desaparecía hasta que el rostro livido se asomaba de entre ella á hacer público el horrible secreto. ¿Quién sería el primero en descubrirlo? Sin duda que sería algún aldeano ó aldeana que cruzase aquel camino solitario antes de rayar el día. ¡Trazábase la escena del horror que sentiría el que primero viese aquel cadáver; oía el grito de pavor que había de escaparse de su pecho! No me atreví á cerrar los ojos, porque presentía que en mis sueños me hallaría de pie, fijo, junto al montón de nieve que se derretía delante de mis ojos. No me era posible dormir en tanto que María no estuviese lejos de toda persecución.

Una vez que empezó el deshielo continuó con gran rapidez; el primer día tuvimos aire caliente y el segundo lluvia abundante, lo que en gran manera, lo precipitó. Esa tremenda caída de nieve era el último esfuerzo del invierno. Me estremecí al leer los diarios de la mañana.

Hacíamos tres días que habíamos convenido en el viaje y todavía estábamos en Londres. Una vez que resolvimos ponernos en marcha, fué preciso hacer mil distintos preparativos: era necesario primero un pasaporte, luego mi madre tenía muchas cosas que comprar tanto para sí misma como para María. Ya se sentía perfectamente contenta con la idea de una lar-

ga permanencia en el continente; pero le gustaba viajar con comodidad y se oponía á que la apurasen. Así fué que, apesar de la necesidad de fuga inmediata, todavía estábamos en Londres.

Esta dilación peligrosa me había vuelto irritable, nervioso y mal humorado. El estado de mi ánimo no dejó de tener algún buen efecto para el logro de mi deseo; puesto que tanto mi ademán general como mi aspecto convencieron á mi madre de que mi salud era el único objeto de nuestro viaje. Así, pues, con su bondad habitual puso manos á la obra de prepararlo todo para la partida.

Al día siguiente debíamos partir. Rogué al cielo que no fuese demasiado tarde, y que no sucediese lo que yo temía en las próximas veinte y cuatro horas. Ya la luz del día debía brillar sobre el rostro pálido y á la orilla del camino.

Haciendo un esfuerzo, abrí un diario de la mañana, cuyas columnas recorrí con la vista precipitadamente. ¡Qué me importaban á mí la política, ó las noticias extranjeras, ó las del mercado monetario! Ahí estaba ese párrafo, al cual se aferró mi atención. La tumba blanca había revelado su secreto. Leed esas palabras, que para mí estaban escritas con letras de fuego:

HORRIBLE DESCUBRIMIENTO CERCA DE RODING.
—El deshielo ha traído á luz lo que sin duda parece ser un crimen horrendo. Ayer por la tarde un labrador que transitaba por un camino cercano á Roding descubrió cerca del ba-

ranco el cuerpo de un caballero. Su muerte fué causada por un pistoletazo. Se cree que el crimen debió ser cometido la noche de la gran tempestad de nieve y que el cuerpo permaneció oculto por la nieve que se había amontonado á varios pies de profundidad. El hecho de que la muerte ha debido ser instantánea y de que no se ha encontrado arma ninguna cerca del lugar, hacen desechar la teoría de que éste fué un suicidio. Por las cartas y papeles que se encontraron sobre el cadáver se colige que es el de sir Mervyn Ferrand. Ya se ha dado parte de lo sucedido á los amigos de este infortunado caballero y la investigación empezará mañana.

Durante algunos minutos permanecí estupefacto: la conciencia que tenía de que el descubrimiento era inevitable no hizo ni menos rudo el choque, ni que el peligro apareciese menos terrible. ¡Si tan sólo nos hubiéramos puesto en marcha ya! ¡si tan sólo pudiésemos emprender marcha hoy! Sólo Dios sabe cuantas cosas pueden acontecer en el corto espacio de un día. Mi primer impulso fué el de ir á mi madre á suplicarle que apresurásemos la partida; mas á poco, reflexionando sobre tal proceder, comprendí que era en sumo grado desavisado, pues daría por resultado inmediato el alarmarla á ella y á María. No me sería posible dar explicación alguna de mis instancias. Mi supremo deseo era el de impedir que mi bien amada se impusiese de la fatal noticia. Si sus ojos caían sobre ese párrafo que la contenía, nadie podría

responder de las consecuencias. Como médico me era fácil ver que en la mente de María había algo relacionado con esa noche, que la inquietaba: un sueño, ó más bien la vaga reminiscencia de un sueño, á que por fortuna no podía dar cuerpo ni coherencia. Si por casualidad, ella llegaba á saber que sir Mervyn Ferrand yacía muerto en el lugar en donde ella lo había encontrado, desde aquella noche memorable, la idea de lo que en realidad había ocurrido penetraría poco á poco en su mente. Á todo trance era preciso evitar la menor sospecha. Mi tarea era, pues, doble: tenía que salvarla, no tan sólo de lo que supongo he de llamar la justicia, sino también de sí misma. Parecíame que esto último era la parte más difícil de mi tarea, y empero juré que la llevaría á cabo. Para lograrlo me era preciso vigilar y estar constantemente alerta, para impedir que llegase hasta ella la menor cosa que pudiera despertar recuerdos de esas horas felizmente ausentes de su memoria.

Rasgué el periódico delator y quemé los pedazos. Creo que de todos mis días oscuros ese es el que más pavor me causó, y el que por ningún motivo quisiera volver á vivir. El menor ruido de pasos me hacía estremecer. Si un hombre cualquiera se detenía por casualidad un instante fuera, enfrente de nuestras ventanas, al punto me sentía bañado en un sudor frío. Y era lo peor que, en medio de tanta miseria, me era preciso aparentar contento y presentar un rostro alegre, y hablar con mi madre y con

María sobre los placeres que se nos esperaban en nuestro proyectado viaje. Si tan sólo lográramos dar fin á ese viaje con felicidad, tal vez esos placeres no serían imaginarios.

Una vez más os digo que si no podéis sentir conmigo, debéis arrojar lejos de vosotros esta narración; ¡que bien sombría es ella por cierto! Yo me ocupaba en quebrantar la ley, en ocultar lo que la ley califica de crimen; mi única ansia era la de salvar al criminal, pero ese criminal no era otra persona que María, el amor de mi vida. Yo mismo no habría tenido inconveniente en encontrarme cara á cara con sir Mervyn Ferrand, en duelo mortal, listo á sacrificar mi vida, con tal de tener la seguridad de que él también había de perecer. ¿Por qué pues, censurar á María porque, en un momento de locura, había llevado á cabo lo que yo hubiera ejecutado á sangre fría? Y, por otra parte, ¿qué necesidad hay de buscar excusas atenuantes? La amo; esas palabras lo explican y lo aclaran todo.

Llegó otra mañana y aun no se había presentado el terrible mensajero. Di una ojeada á los diarios, en los cuales no hallé nada nuevo sobre el suceso que me preocupaba. Poco después de las diez tomamos un coche y nos dirigimos á la estación de Charing Cross. Parecía-me que el ruido de las ruedas en las piedras infundía nueva vida á todo mi ser: por fin emprendíamos camino en busca de la seguridad.

Tentamos bastante tiempo todavía antes de la salida del tren, pues yo había arreglado las

cosas de modo de poderme detener en casa de mis banqueros. Mi plan era el de llevar conmigo una fuerte suma en oro. Los billetes de banco pudieran delatar nuestro paradero ó marcar nuestra huella, mientras que los brillantes soberanos de oro nada revelarían. Al presentar mi cheque pregunté al cajero si tenía algunas cartas para mí, pues varias personas me escribían al banco. A poco, con la talega que contenía el oro, que acababa de pedir, me fue entregada una carta, dirigida en letra de mujer. La guardé sin abrirla, dejándola, para cuando tuviese tiempo de leerla.

Ibamos para París, por la vía de Folkestone y Boulogne. La estación no era la más adecuada para viajar, pero yo hice cuanto pude por la comodidad de mis dos compañeras, envolviéndolas en abrigadas mantas y tratando de disminuir los sinsabores de una peregrinación cuyo ostensible objeto era el de hacer bien á mi salud. Mi madre que—era ya una viajera de experiencia—se preparó á pasarlo lo mejor posible, aunque, ni sospechaba siquiera, cuán poco descanso iba yo á permitirles antes de llegar á nuestro destino. Entre risas protestaba contra mi crueldad en arrancarlas de Inglaterra, á su edad y cuando apenas acababa de volver. Pero en el tono de su voz me era fácil comprender que por amor á mí, ella era capaz de hacer sacrificios mucho mayores todavía.

María también parecía sentirse más alegre á medida que nos alejábamos de Londres. Reía de mis chistas ó esfuerzos de jocosidad, que

ahora, cuando al fin nos hallábamos en camino, en busca de seguridad, eran un poco menos forzados de lo que habían sido durante los últimos días. Escuchaba con interés las descripciones—imaginarias por de contado—que hacía yo de las bellezas del Mediodía; regocijábame con la idea de que el prospecto de visitar la que pudiera llamarse patria suya, despertaba agradables emociones en su pecho. Si tan sólo lograra yo mostrarle que el porvenir podía encerrar promesas de ventura, bien pronto olvidaría ella los sombríos meses que acababan de pasar.

Seguro estoy de que ninguno que nos hubiese visto esa mañana, se hubiera imaginado que de esas tres personas, una matrona inglesa respetable, una joven de sin par belleza y un hombre de aspecto moderado, que partían para el extranjero, dos lo hacían huyendo de la justicia. Nuestra apariencia era bastante para desarmar toda sospecha.

—Pero, ¿a dónde vamos? preguntó mi madre. Yo me opongo a esto de vagar de un lugar á otro sin saber cuál será el fin de nuestra peregrinación.

—Primero iremos á París, luego á España, hasta encontrar en alguna parte el calor y la luz indispensables á mi existencia. Si no los encontramos en España, pasaremos á Africa, y en último caso iremos hasta el Ecuador.

—Allá irán ustedes dos solos, que son jóvenes. Mi buena voluntad se acaba en Europa.

Volví á mirar á María. Sus largas pestañas

encubrían sus ojos, pero en sus mejillas ardía un rubor que delataba su pensamiento. Fácil me era comprender que no estaba lejano el día en que ella escucharía mi ruego. Todo, todo saldría bien, si tan sólo me fuese posible borrar el recuerdo de aquella noche. ¡Ojalá el cielo que ella nunca sepa el secreto que tan sólo yo conozco!

Poco antes de llegar á Falkestone saqué de mi bolsillo la carta que me habían dado en el banco, con intención de leerla, mas desisté de hacerlo al ver que tenía la marca de correos de Roding. Recordé la promesa de la señora Wilson de escribirme, si tenía ocasión de hacerlo; á la par que ansiaba leer esa carta, temía hacerlo y comprendía que era mejor abrirla á solas. Cualquiera que fuese su contenido, él con seguridad se refería á María y á sir Mervyn Ferrand.

A poco nos hallamos á bordo del buque en que debíamos atravesar el canal. Aunque los rigores árticos de las pasadas semanas habían moderado notablemente, el aire era demasiado frío y penetrante y la travesía no era agradable. Convení á mi madre y á María de que debían refugiarse en el salón, y, logrado esto, busqué un lugar retirado en que poder leer mi carta sin temor ni de interrupción, ni de dejar conocer las emociones que produjese su lectura. Mucho me convinieron estas precauciones, pues las primeras palabras que leí me hicieron palidecer. La carta rompía bruscamente así:

"Sé, ó más bien, lo sospecho todo. Sé por qué

motivo sir Mervyn Ferrand no vino á mi casa aquella noche. Sé la causa de la agitación de la hermana de usted. Sé por qué se fué ella de mi casa sin aguardarlo á usted, y sé cómo encontró él la muerte, que tanto merecía.

"Ah! ella es más valiente que yo. Ella ha hecho lo que juré hacer desde hace muchos años, sin atreverme jamás á ejecutarlo. Fui tan vil, que deseché la venganza en cambio de la miserable ayuda que me prestaba: tal vez fué por amor á mis hijos. Tanto me rebajé que consentí en ser su instrumento y me presté á guardar bajo de mi techo á la mujer que creía ser esposa suya.

"Si, ella fué más valiente que yo, aunque ella no fué más cruelmente ofendida que yo: á mí podía él despreciarme y arrojarme lejos de sí como un guante viejo, porque él nunca se casó conmigo.

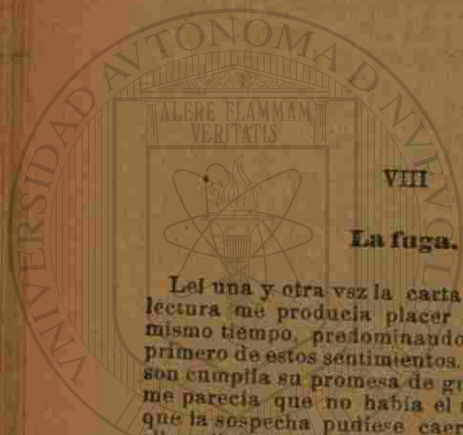
"No tenga usted ningún temor por su hermana, si es que ella es hermana suya. Dígale que mis labios permanecerán sellados, sobre este asunto, hasta la muerte, y por su valiente acción, dígale esto:

"La primera esposa de sir Mervyn Ferrand murió el 18 de Junio de 186—, tres meses antes del día en que él se casó con la hermana de usted. Ella murió en Liverpool en el número 5 de Silver Street. Fué enterrada bajo el nombre de Lucia Ferrand. Tenía amigos que viven todavía, y sería fácil probar que ella fué la mujer con quien él primero se casó. Su nombre de familia era King. El la odiaba y se separaron.

El le dió una suma de dinero con la condición de que no se llamase esposa suya. El la perdió de vista, pero yo siempre la seguí. Durante mucho tiempo confié en que ella muriera y en que él se casara conmigo. Mas cuando ella murió, ya era demasiado tarde para la realización de mis esperanzas. A él le di la noticia de la muerte, pero cambiando la fecha y sin querer revelar el lugar en donde había ocurrido. Su viaje á Roring aquella noche tenía en parte por objeto el tratar de arrancar de mí estos informes. Nunca lo hubiera logrado. Si yo no había de ser su esposa, tampoco lo sería ninguna otra mujer mientras yo pudiese impedirlo.

"Ahora que él ya ha muerto, puede usted decir á su hermana, que si ella lo desea, puede tomar el nombre y el título y reclamar la fortuna que haya. De mí no hay nada que temer. Seré tan muda como la muerte."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



La fuga.

Leí una y otra vez la carta de esa mujer; su lectura me producía placer y disgusto á un mismo tiempo, predominando sin embargo el primero de estos sentimientos. Si la señora Wilson cumplía su promesa de guardar el secreto, me parecía que no había el menor peligro de que la sospecha pudiese caer sobre María. Si ella callaba, nadie podía contar al mundo que una mujer, enloquecida por la ofensa que se le había hecho, había abandonado su casa en la misma noche de la muerte de sir Mervyn Ferrand, y que esa mujer era víctima de la traición de ese hombre y tenía pasiones fuertes que en un momento de delirio pasajero, podían llevarla á tomar con su propia mano una venganza de que—á mis ojos por lo menos—era completamente irresponsable. Si se pudiese confiar en el silencio de la única persona que podía hacernos daño, hasta cabía en lo posible

el que volviésemos inmediatamente á Londres sin el menor temor. Vacilé, porque pensé que, después de todo, hay algo de despreciable en la fuga. ¿Sería prudente confiar en la promesa de la señora Wilson y volvernos por el próximo bote de Boulogne?

No, mil veces no. La felicidad de María es demasiado sagrada y valiosa para exponerla así á los caprichos de una mujer irritable y que, además, también tiene ofensas propias de que quejarse y que piden venganza. Mañana puede cambiar de parecer y, en vez de facilitar nuestra seguridad, puede ser medio de que se nos persiga. Sólo confiaré en mí mismo.

Regocijábame por amor á María, de saber que si las aseveraciones que acababa de leer eran ciertas, ella sí había sido la esposa legítima de sir Mervyn Ferrand. Por otra parte, esto no atenúa á mis ojos el crimen de su intención, ni disminuí mi odio y mi desprecio por él, ni cambiaba tampoco en un ápice la posición que María tenía ante mis ojos. Que hubiese sido casado ó que no lo hubiese sido, para mí era ella cuanto puede ser una mujer. Aunque la vileza de un hombre infame había tratado de rebajarla ante el mundo, y aunque sus manos estaban inconscientemente tintas en la sangre de ese hombre, para mí ella era tan pura como una vestal, tan inocente como un niño.

Si me alegraba, era por ella. Yo bien sabía que si me era dado poner en sus manos pruebas de que ella había sido la esposa legítima de ese hombre—pruebas de que, si tal le parecía,

era libre de llevar su nombre sin valor, sin que el mundo tuviera ningún derecho de censura de deadén—ella sentiría renacer el respeto de sí misma de una manera comprensible sólo para una mujer. Y María, con todo su orgullo y sus pasiones, era una verdadera mujer, llena de ese temor delicado de la vergüenza que caracteriza á las mejores entre su sexo.

Más cuándo podría hablarle sobre este asunto? Para hacerlo era preciso decirle que su marido había muerto, y esto hacía salir á luz toda la historia. La idea de lo que esto podía significar me hizo estremecer. Era seguro que los detalles dramáticos de la muerte de Mervyn sugerirían algo á su espíritu, acaso todos los horrores de aquella noche fatídica, y le harían recordar lo que había hecho en su locura. Más bien que correr este peligro, me era preferible dejarla sufrir bajo el peso de lo que ella consideraba como una vergüenza. Lo que me importaba era hacerle creer que sir Mervyn vivía y no se cuidaba absolutamente de la mujer á quien juró una vez falsamente amar y proteger hasta la muerte. Este pensamiento me hizo maldecir la memoria de ese infame.

Probaba su cinismo empedernido el que había mandado á María á vivir con una de sus queridas desechadas, y el que la señora Wilson aceptase tal cosa, me probaba hasta dónde puede rebajarse una mujer. La mujer que obedece órdenes de tal clase de un antiguo amante, tiene que haber perdido hasta el último átomo

de orgullo. En verdad que esos dos seres eran el uno para el otro en materia de bajaesa.

Después de todo, la carta de la señora Wilson, levantó un peso de mi mente. Sentí que por algún tiempo al menos no se nos perseguiría. Más, á pesar de esto, resolví no correr el menor riesgo, sino apresurar nuestro viaje de modo de llegar cuanto antes á España. Sólo dentro de la frontera de ese país podría yo dormir en paz.

Resolví posponer indefinidamente toda investigación acerca de la muerte de la primera señora Ferrand. Si las cosas salían bien, algún día podría yo volver á Inglaterra á buscar los documentos necesarios para probar la validez del matrimonio de María. En esto no había prisa. En cuanto á cualquier dinero que pudiera tocarle, con mi consentimiento ella nunca recibiría un ochavo de lo que le viniese por ese hombre.

Si mis meditaciones parecen largas sobre el papel, en realidad fueron más largas todavía; el hecho es que me hallaba engolfado en ellas cuando llegamos á Boulogne. Bajé á la cámara en busca de mis compañeras, y hallé que habían soportado muy bien la travesía. Pronto estuvimos en el tren, y sin que hubiese ocurrido nada digno de notarse, á las ocho de la noche nos hallábamos en la estación del Norte de París.

Subimos á un coche, y atravesando calles brillantemente iluminadas, llegamos al Hotel del Louvre. Una vez hechas sus abluciones des-

pués del viaje, mi madre dió un suspiro de satisfacción al sentarse á la mesa de comer. Siendo una mujer sensata, sabía apreciar las buenas cosas de esta vida. Además de nosotros, había varias otras personas en el gran comedor, y más de una cabeza se volvió á mirar á la hermosa joven sentada á mi izquierda. Con cada día que pasaba y que le traía fuerza y salud, recuperaba María su espléndida hermosura. Así que antes de mucho volvería á ser—en apariencia al menos—la María de otros tiempos.

—¿Cuánto tiempo permaneceremos en París? me preguntó mi madre.

—Son las 9 y media y nuestro tren sale mañana á las 8.45, así que usted puede calcular el tiempo, contestéle.

—¡Qué ridiculez! Si hace muchos años que no vengo á París, y deseo visitar los almacenes. Lo mismo le pasa á María.

—Tenga usted presente, mi querida madre, que el hombre—y más aún la mujer—que se detiene en París está perdido. Si usted piensa ir á otro lugar, no hay más que pasar de largo, ó sino, no se llega. Sé esto por experiencia y no quiero correr tal peligro.

—Pero recuerde usted que somos unas pobres mujeres muy débiles, y que esta niña no está fuerte ni en buena salud.

Al hablar así se sonrió mi madre, y María le dió las gracias con los ojos por el cariño que había en sus palabras.

—Vamos, Alberto, continuó, no sea usted cruel, dénos siquiera un día.

—Ni uno solo. Voy al punto á buscar un guía para que viajemos con toda la comodidad posible.

Esto no pareció gustar á mi madre, quien repitió que yo era cruel. ¡Cómo me hubiera callado si hubiera sabido que, á no ser por la carta recibida en el banco, en vez de venir á los cómodos apartamentos que ocupábamos, hubiéramos ido de una estación á la otra, á tomar el tren para el Sur, sin detenernos en París ni siquiera unas horas! ¡Cuán poco sabía ella, cuán poco—al menos así lo deseaba yo—sabía María del motivo de nuestra fuga!

Comprendí que era preciso dar á mi madre alguna explicación de mi prisa; así, antes de ir en busca del guía, le dije aparte:

—No conviene que María permanezca en París, pues una persona, con quien ella no debe encontrarse, fué vista aquí hace poco tiempo.

Me disgustaba este engaño, pero ¿qué podía yo hacer? ¡Ay de mí que veía mi vida, en un tiempo capaz de soportar sin temor la inspección del mundo entero, convertida hoy en una serie de desespejones! ¿Volvería yo alguna vez á mi antiguo ser?

Después de esto mi madre no puso ningún obstáculo. Hallé un guía en la persona de un caballero, de poblada barba, que hablaba todos los idiomas europeos con imparcial imperfección. Dile instrucciones para que tuviese todo listo en la mañana siguiente, diciéndole que recogiese nuestro equipaje, y que con excepción de la pequeña parte que llevaríamos

con nosotros, mandase el resto directamente á Burgos. No tuve especial razón para escoger este lugar, pero no sé por qué se me ocurrió ese punto en donde podíamos descansar en seguridad.

Nuestro viaje del segundo día fué pesado, fastidioso y fatigante. Mis dos compañeras no habían descansado del trágico de la víspera, y ahora que la seguridad de María parecía casi asegurada, se efectuó en mí una reacción. Y esto no tenía nada de extraño. Me estremecí al pensar en la tensión de cuerpo y de espíritu á que había vivido sujeto en la última quincena. Yo me sentía pesado é indolente. En la atmósfera flotaba una densa niebla, y el tal tren expreso se arrastraba perezosamente, según el bien conocido modo de los ferrocarriles franceses.

Oriens, Blois, Tours, Poitiers, Angoulême, Coutras, y otras estaciones, pasaron delante de mí como en un sueño. Hacia el fin del día nos alegramos de ver que nuestra jornada terminaba en Burdeos.

Mi madre, que era muy aficionada á consultar los libros de guía, había pasado una gran parte del tiempo entretenida hojeando una guía de Murray que sacó de su maleta de viaje. Como sabía que íbamos á dormir en Burdeos, ya había trazado el plan de lo que allí habíamos de ver y hacer. Tenía una visita proyectada á la parte de la ciudad en donde se hallan esas interesantes construcciones de madera que datan del siglo XV, luego veríamos

la catedral y sus hermosas torres, así como las antiguas iglesias de Sainte-Croix y Saint-Seurin, y muchos otros interesantes lugares y objetos. Me fué preciso usar de cuanta insistencia estaba á mi alcance y de toda la necesidad de enfermo que pude fingir para lograr que consintiera en emprender viaje de nuevo al día siguiente por la mañana. Empero me mantuve firme y á haberlo podido hacer, habríamos seguido por el tren de media noche. Ya que tan cerca estábamos de la frontera y de la salvación, estaba resuelto á no correr riesgo por demasiada confianza en nuestra buena suerte.

Así, á la mañana siguiente, aun antes de que amaneciese por completo, nos dirigimos á la estación. Creo que mi buena madre ya empezaba á figurarse que yo había perdido la cabeza, y declaró francamente que no veía qué razón podía haber para convertir en penalidad lo que hubiera muy bien podido ser un placer. Bien poco sabía ella acerca de ese viaje, que nada en el mundo podría haber hecho placentero para mí: ni siquiera el encontrar de vez en cuando las miradas de María clavadas sobre mí con tierno interés—según me parecía—ni el rubor que al ver que yo lo notaba subía á su rostro, ni aún eso siquiera, podía indemnizarme de la angustia que sufría.

¡Qué tren tan lento y pesado! A cada instante nos deteníamos. Atravesábamos un país que ni bajo otras circunstancias y en verano hubiera podido despertar en mí el menor interés. Por fin, después de cinco horas, llegamos á Ba-

Yona. Detrás de la ciudad se erguían los Pirineos, cuya vista me fué en extremo bienvenida, pues en menos de dos horas nos halláramos en España.

Apoderóse de mí una extraña sensación, tan fuerte, que desde entonces he perdido toda fe en los presentimientos. Algo me decía que todos mis esfuerzos habían sido vanos: que en la frontera misma se habrían recibido ciertas noticias en virtud de las cuales se nos prendería, y que María, con un pie en la tierra de salvación y de refugio, iba á ser arrastrada á nuestro país á afrontar todos los horrores de un juicio por asesinato. Los hechos demostraron lo absurdo de tal fantasía, que sólo puede explicarse teniendo en cuenta la tensión constante de mis nervios.

Me puse tan pálido y tembloroso que mi madre y María se asustaron muchísimo: me dieron un trago de brandy que en algo me calmó. Después de algún tiempo recuperé mi serenidad de ánimo, y aunque el temor no había desaparecido aguardé con todo el estolicismo de un indio lo que en la frontera pudiera suceder. Había hecho cuanto á mi alcance estaba. Si el desastre sobrevenia en el último momento, al menos me quedaría el consuelo de haber hecho todo lo posible por evitarlo.

Ya hemos dejado atrás á Biarritz, ese hermoso lugar de aguas y de recreo. Luego pasamos por Hendaya, la ciudad fronteriza francesa; á nuestra izquierda se alzan los Pirineos. Poco después nos hallamos en Irún, en donde nues-

tro equipaje es cuidadosamente inspeccionado. Ya estamos en España! Nadie nos causó la menor molestia, ni ningún sospechoso individuo nos siguió. Larga detención la de la aduana, cuyos empleados se empujan en ser estrictos en el cumplimiento de su deber. Afortunadamente nuestro noble correo nos libra de toda molestia personal y nos sirve leal y concienzudamente.

La vía del nuevo tren en que continuamos el viaje es de distinto ancho de la que hemos traído. Hasta las horas del día han cambiado de repente, con lo cual se produce una diferencia—no recuerdo en qué sentido—de veinte minutos, pues ya nos regimos por Madrid. Estamos en suelo español y María está salva, de los demás al menos, pero ahora tengo que salvarla de sí misma.

Nunca, nunca sabrá ella el secreto terrible de aquella noche memorable. Iremos al Sur, á la patria de la luz, de la belleza y de las flores, y todo el pasado será olvidado. Hasta yo mismo desearé de mi mente el negro recuerdo y me diré que fué un sueño. Ganaré el amor de María, que ya casi me atrevo á creer que es mío, y pasaremos nuestra vida en las hermosas tierras bendecidas hijas del sol. ¿Qué me importa la Inglaterra, fría, pesada, nebulosa? ¿Por ventura no tenemos juventud, riqueza, y lo que vale más que todo, amor? Ante nosotros tiende el futuro luengos años de placer. Es preciso vencer toda idea triste porque he vencido á la muerte.

Después de pasar á San Sebastián el tren arrastra lentamente por el valle de Urumea (Qué paisaje tan bello! El ferrocarril está contruido á grande elevación y de vez en cuando alcanzamos á ver en la distancia hermosos valles. Ya me sentía yo capaz de contemplar y admirar el espléndido panorama, que continúa hasta que llegamos á Miranda.

Mi estado de ánimo cambió con el paisaje y me chanceaba. Cada una de las nuevas estaciones á que llegábamos daba aumento á mi alegría. Me burlaba de la gravedad imponente de los empleados españoles del ferrocarril, á quienes quería hacer considerar por mis compañeras de viaje como bien nacidos hidalgos, forzados por la pobreza á ocuparse en el humilde oficio en que los hallábamos. No me quejé de la notable lentitud del tren, aunque en todo tren español el viajero menos exigente suspira por la velocidad, que entonces le parece de relámpago de los tan calumniados trenes franceses. Ya nada me importaba la tardanza—si tenía la vida entera delante de mí. Mi alegría se hizo contagiosa.

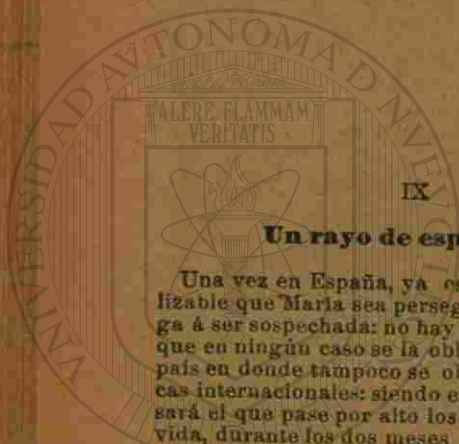
Mi madre reía hasta que las lágrimas le saltaban á los ojos, y en los labios de María vi la sonrisa de mejores días, que no había visto iluminar su faz en todo el tiempo transcurrido desde que en tan tristes circunstancias reanudamos nuestra interrumpida amistad.

Mis lectores que hayan viajado en España, apenas me creerán cuando les diga que conservamos todo el compartimento á nuestra sola

disposición, sin la inevitable visita del español encapotado, que fuma como una chimenea y que no deja abrir las ventanas. Esto lo debíamos á nuestro buen correo á quien comuniqué desde un principio, instrucciones claras y precisas. El se valió, en virtud de ellas, de argumentos mercenarios y que—si por ello me hubiese preocupado—me hubieran parecido demasiado costosos. Pero logramos nuestro objeto y nuestra intimidad y reclusión fueron respetadas.

Mi madre dormía ó pretendía dormir. Yo, sentado cerca de María, murmuraba á su oído mal encubiertas frases de amor. Nada me contestó ella, ni yo esperaba que ella me contestase. Ruborizose, bajó los ojos y suspiró. En sus labios vi una triste sonrisa, una sonrisa que encerraba un mundo perdido y llorado. Su suspiro y su sonrisa me decían que me comprendía, pero que nada podía yo esperar. El pasado nunca perdona. A pesar de esto ella dejó su mano entre las mías y aunque después de lo ocurrido parezca cosa increíble, por una vez después de tanta amargura me sentí feliz.

Para mí el viaje acabó demasiado pronto. Esa noche llegamos á Burgos, la antigua capital de los reyes de Castilla. Al tenderme en mi lecho dormí como no había dormido desde la noche anterior á aquella en que María, cubierta de copos de nieve, se había presentado en frente de mi ventana, y apareciendo otra vez en mi existencia, me había dado algo por qué vivir y algo que esperar.



IX Un rayo de esperanza

Una vez en España, ya es asunto casi irrealizable que María sea perseguida, si es que llega a ser sospechada: no hay el menor temor de que en ningún caso se la obligue a salir de un país en donde tampoco se observan las prácticas internacionales: siendo esto así, se me excusará el que pase por alto los detalles de nuestra vida, durante los dos meses subsiguientes, que serían tan sólo los de un viaje de paseo por España. Después de la terrible ansiedad en que yo había vivido y el temor constante de que a cada momento pudiese sobrevenir alguna gran calamidad, era un cambio muy grande el hallarme de repente, viajando simplemente como el compañero de dos señoras. Y en verdad que —en apariencia al menos— no era yo otra cosa.

De Burgos fuimos a Valladolid y de ahí a Madrid, ciudad colocada en lo alto de una meseta, cuyos alrededores áridos no despiertan el

menor interés y cuyo clima es abominable. Poco tiempo permanecemos en ella; por malo y molesto que sea el invierno de Inglaterra, es mejor que el irse a Madrid a pasar esos meses. Aunque había abandonado casi por completo mi papel de inválido, siempre comprendí que después de arrastrar a mis compañeras a toda prisa, como ellas lo creían, en busca de calor, el permanecer en Madrid hubiera sido la mayor de las inconstancias. Con sumo placer emprendí la marcha hacia el Sur. María parecía estar en perfecta salud; sin embargo temblaba por ella mientras permanecemos en Madrid, como temblaría por la salud de cualquier amigo ó persona querida para mí, que residiese en esa ciudad barrida, de uno á otro extremo por los vientos traicioneros que se desprenden de los montes de Guadarrama, vientos insidiosos que llevan en sus alas los gérmenes de la consunción y de la muerte.

Continuamos nuestro viaje hacia el Sur con entera calma, deteniendonos en cada lugar cuanto tiempo nos parecía; haciendo jornadas cortas y con toda la comodidad que podíamos procurarnos. Semanas enteras se nos pasaron en Málaga, en donde nos encantó la pureza del aire embalsamado que allí se respira, y en Granada tuvieron que transcurrir muchos días antes de que nos resolviésemos a dejar atrás las interesantes y maravillosas reliquias de los moros. Nos hallábamos en un mundo nuevo, que yo siempre había ambicionado conocer. Por fin, hacia los últimos días de Abril, cuando la

tierra estaba cubierta de rosas y lucía la vegetación esa rica exuberancia desconocida en las latitudes más al Norte, volvimos nuestros pasos hacia la ciudad que en mi mente había escogido como fin de nuestra peregrinación: la mediterránea y medio española, sin par Sevilla, brillante, romántica, perdida entre sus jardines y sus huertos de naranjeros, con sus tortuosas y angostas calles, sus muros moriscos, sus numerosas torres, todas insignificantes al lado de la Giralda. Parecíamos que allí estaba cuanto yo pudiera desear.

En Sevilla estaba todo aquello en busca de lo cual pretendí salir de Inglaterra: luz, calor, belleza. Si en alguna parte puede María olvidar el pasado cruel, será aquí sin duda. Acaso aquí empiece nuestra nueva vida.

¡Ciudad gloriosa y llena de maravillas, en la que estábamos! Su mágico encanto y atractivo se apoderaron de mis compañeras, comb de mi se habían apoderado. Por mutuo consentimiento decidimos permanecer indefinidamente en Sevilla. Causados ya de la vida de hotel, todos ansiábamos tener algo que se asemejase a un hogar propio: así pues, y aunque tal cosa no era fácil de hallar, yo alquilé una casa amueblada. ¡Y qué casa!

De la calle—angosta como todas las de Sevilla, construidas así para aprovechar la sombra—se entraba por una puerta de reja, de hierro á un gran patio cubierto de mármol blanco. Ese patio abierto al cielo, salvo la tolda á veces extendida sobre él, respiraba el perfume de los

azahares, brillaba con los variados matices de sus flores y murmuraba con el ruido armonioso de sus fuentes. Todas las paredes estaban cubiertas de pinturas y á cada paso se veían estatuas y obras de arte. Los cuartos de la casa daban sobre ese lugar encantado, centro de la vida de familia durante muchos meses del año. A esto se agrega un jardín hermoso y lleno de flores ricas y variadas: á menos de profesar ciega adoración á nuestras nieblas inglesas, cualquiera se siente enamorado de Sevilla, la hermosa y cortesana ciudad.

Quién puede censurarme, si en medio de estos agrados, dignos de un sibarita, me dejé ir á un sentimiento de seguridad, casi de olvido, y llegué á imaginarme que tal vez habían terminado mis penalidades? ¿Quién puede maravillarse de que forjase castillos en el aire, en las largas horas que en ese patio, cuya atmósfera estaba cargada de perfumes, pasaba contemplando el hermoso rostro de María, sorprendiendo de vez en cuando una mirada en la profundidad de sus ojos, mirada que, una voz secreta me decía, era un rayo de amor?

Cierto es que muchas veces en mi sueño veía la cara blanca y livida y la nieve que sobre ella se amontonaba. Otras ocasiones resonaba en mi oído el grito horrorizado de María. «¡El salario del crimen, adelante, adelante!» y entonces me despertaba tembloroso y convulso; pero á la clara luz del día, en medio de la calma y del reposo, casi me era posible desechas

por completo toda memoria de pesar y de espanto.

Y así pasaban los días, cada uno más feliz que el precedente. Siempre juntos María y yo, ora vagábamos por los espaciosos y bellos jardines del Alcázar, ó recorriamos en coche la Alameda de las Delicias, hacíamos excursiones á Italia y á todos los puntos que según los libros de guía es de ordenanza el visitar, aunque créo que aun más placer que en esto hallábamos en contemplar á la gente que pasaba delante de nuestra propia puerta. Nos encantaba ver las monadas de los chinelos andaluces, de rasgados y negros ojos, que hallábamos jugando á cada esquina. Admirábamos la exquisita gracia y el domine de las sevillanas, y yo notaba que ninguna había entre ellas tan esbelta y elegante como mi María. Otras veces paseábamos por las calles de la Sierpes, cubierta por sus toldos y llena de tiendas aéreas, sin ventanillas; todo era tan brillante, tan extraño, tan ríbosante—por decirlo así—en tradición y olor de antaño, tan atractivo y lleno de interés, que no es extraño que me fuese dado olvidar mis penas, por algún tiempo al menos.

En cuanto á María, aunque á veces su hermoso rostro tomaba una expresión de tristeza, como si la persiguiesen tristes recuerdos, aunque en sus ojos veía yo á veces esa mirada inquisitiva que indicaba un deseo de saber algo, que temblaba yo de solo imaginarlo, á pesar de esto, no creía yo, no podía creer que fuese enteramente infeliz. Con frecuencia sonreía, tran-

quila y pensativa—pero sonreía. Cada día me confirmaba más en la idea de que si nada sucedía que despertase memorias del pasado, es decir, si no se llenaba el vacío que en su mento existía sobre aquella noche fatal, no estaba distante el día en que ella pudiera ser del todo feliz. ¿Quién pudiera ocultarle para siempre esas tristes memorias?

Tal era mi vida. Así en medio de una paz y tranquilidad que casi eran la dicha, vi llegar la hora en que por tercera vez me atreví á declarar mi amor á María, pero entonces ya con la seguridad de que sus palabras serian eco de las mías. Tenía para ello buenas razones. No en balde había observado hacia varios días que sus ojos brillaban y que toda tristeza desaparecía de su rostro al acercarme yo. Por estas señales conocí que estaba cercano el momento supremo de mi vida.

Hago aquí una pausa. No me rebajaré á dar excusas por mi deseo de casarme con una mujer que creía ella misma ser la víctima inocente de un hombre de mundo villano y sin principios. Mi espíritu no tiene ninguna simpatía con los de las gentes que creen que tal excusa es necesaria. Las aseveraciones de la señora Wilson podían ser falsas ó verdaderas. Me habían producido la impresión de ser ciertas, y yo creía sinceramente que María tenía derecho á llevar el maldito nombre de ese fementido. Mas á mi nada me importaba que ella fuese la señora Ferrand ó una mujer inocente y vilmente traicionada. Para mí era María, y esto bastaba.

Respecto de mi deseo de casarme con la mujer que, en un momento de delirio temporal y excusable, había dado muerte á quien tan cruelmente la había ofendido, solo tengo esto que decir. Aunque esta narración pública, mi objeto no es el de forjar ó inventar. Esta es mi historia, que me ha parecido digna de ser narrada—la historia de un hombre poseído de un amor ciego, apasionado, infinito por una mujer.

MI amor por María era tan grande que no me avergüenzo de confesar que si yo la hubiese visto, en plena posesión de su juicio, levantar la pistola y dispararla contra el negro corazón del hombre que la había traicionado, á mí me hubiera parecido que en todo eso sólo había justicia. Hubiera deplorado el hecho, pero también le hubiera pedido su amor con tanto ardor y reverencia como iba á hacerlo.

Una vez más digo, que si me condenáis, debéis arrojar este libro lejos de vosotros.

María, con sus ojos medio cerrados, estaba sentada en el patio, como es la costumbre en esa hora, teniendo en la mano una ramita de esos azahares que á toda hora vierten su perfume delicioso, no necesitándose para ello agitarlos, como que el aire todo estaba lleno de la fragancia desprendida del árbol que se alzaba en el centro del marmóreo patio. Ella estaba ése creía sola, pues un momento antes me la había separado para ir á tomar unos cigarrillos, y mi madre dormía la siesta en su aposento, no habiendo podido acostumbrarse todavía á aquella vida al aire libre. Al ver á María en toda su

deslumbrante hermosura, apoyada sobre un mármol blanco que hacía resaltar el encendido color de sus mejillas—sus largas, curvas y negras cejas—el seno alzándose y bajando suavemente—vióse el pensamiento, como una inspiración, que en un minuto iba mi suerte á decidirse. ¡Cielos! ¿cómo pude esperar tan largo tiempo para oír las palabras que yo sabía que quería ella decirme.

Llegué sin ruido al lado suyo, pasé mi brazo al rededor de su pecho y la atraje hacia mí: le murmuré palabras de amor apasionado en el oído—confidencia que tanto había temido, pero que ahora sabía que podía hacerle, que el amor de tantos años iba á ser recompensado.

Ella no se me esquivó, no luchó para desahormarse, sino tembló como una hojilla á mi contacto, y suspirando profunda y casi desesperadamente, dejó asomar una lágrima en sus ojos. Yo la estreché con más fuerza en mis brazos y le besé una y otra vez la mejilla, queriendo que ese debía ser el último momento de su vida, pudiera decir que no había vivido en vano.

—María, murmuré, mi reina, mi amor, dime que por fin me amas.

Ella no respondió, sino que rompió á llorar, y yo me puse á besar en sus mejillas esas lágrimas, signos de su dolor.

—Amada mía, le dije, ya es respuesta bastante el que así me dejes besar; pero he sufrido de tal modo, ¡he aguardado tanto!... mirame y satisfácame; dajame que te oiga decirme: ¡Te amo!

Volvió ella á mi sus llorosos ojos, pero por un instante no más, pues bajó la vista al suelo y quedó siempre silenciosa. Mas todavía se abandonaba sin resistencia entre mis brazos; y ésta, después de todo, era una respuesta verdadera.

—Pero yo la necesitaba de sus labios:

—Dimelo, querida; dimelo una vez, le supliqué.

Sus labios temblaron; su seno se alzó y cayó; el rubor saltó en su mejilla y le bajó hasta el blanco cuello.

—Sí, murmuró, ahora que es demasiado tarde, yo lo amo á usted.

Yo rei con fuerza y apreté á Maria contra mí. —¡Demasiado tarde! le grité. ¡Si podemos tener cincuenta años de ventura!

—Es demasiado tarde, me contestó. Por complacerlo le he dicho que lo amo, Alberto. Amérfelo, voy á vesarte una vez—y luego déjame luego digámonos adiós.

—Cuando la muerte cierre los ojos de alguno de nosotros, entonces digámonos adiós—no antes.

Dije, y mis labios se unieron á los suyos en un largo y delirante beso.

Luego con un gesto delicado, pero firme, se separó de mis brazos, se levantó, y de pie ambas sobre el mármoleo piso nos pusimos á mirarnos faz á faz.

—Alberto, dijo ella, todo esto debe olvidarse. Dime adiós; mañana nos separaremos.

—Amada mía, nuestras vidas de hoy más, no son más que una.

—No puede ser. ¡Ten lástima de mí, Alberto! Usted ha sido bueno para conmigo. No puede ser.

—¿Por qué? ¿Dime por qué?

—¿Por qué? ¿Necesita usted preguntarlo? Usted lleva un nombre digno y respetado; y yo, usted sabe lo que soy,—una mujer deshonrada.

—Engañada, puede ser; deshonrada, no.

—¡Ah! Alberto, en este mundo, cuando se trata de mujeres, vergüenza ó error es lo mismo. Usted ha sido para mí un hermano; yo acudí á usted en mi desgracia, usted me salvó la vida—la razón. Sea bueno todavía y evíteme la pena de apenarlo.

Con la mirada, con el gesto parecía suplicarme. Oh, cómo pude resistir el decirlo que creía firmemente que ella era esposa legítima del muerto! Mucho me costó retener las palabras que se formaban en mis labios; pero conseguí no hablar. Porque, al decirle que su matrimonio había sido válido, tenía que añadirle que su esposo estaba muerto, y lo peor de todo, cómo había muerto él.

—Maria, le dije, la dicha entera de mi vida, mi solo deseo, estriba únicamente en hacerle esposa mía. Piensa, querida, cuán triste era mi vida cuando no tenía yo derecho de pedirte este favor; y piensa cuán triste no será cuando, sabiendo que me amas, veo que te niegas á ser mía. ¿Te he sido fiel Maria?

—El cielo sabe que usted lo ha sido.

—¿Por qué entonces, ahora que me amas, no me premias?

¡Oh! No me hostigues—no puedo, no podré recompensarte. Alberto, ¿por qué con sus méritos ha de casarse usted con la querida de su Mervyn Ferrand? ¿Por qué haber de ruborizarse al presentar su mujer al mundo?

—¿Ruborizarse! El mundo! ¿Qué es mi mundo si no tú? Tú eres todo para mí, mi dulce amiga. Me amas—¿qué más quiero? Antes de una semana nos casaremos.

—¡Nunca! ¡nunca! No quiero engañar al hombre que amo! Alberto, adios para siempre.

Junó sus manos y huyó bruscamente al través del patio, y solo la alcancé cuando ya había llegado á la puerta y la entreabría.

—Prométeme una cosa, le dije: prométeme que me esperarás aquí hasta que vuelva. No tardaré cinco minutos. No es mucho pedir, María.

Ella movió la cabeza asintiendo, y yo pasé adentro, y volví al patio minutos después con mi madre, que mirándonos á María y á mí, nos dijo sorprendida, pero risueña:

—¿De qué se trata? ¿Se han puesto á disputar los muchachos?

María, sin dar respuesta alguna, permaneció de pie con los dedos entrelazados y fijos en el suelo los ojos.

—Madre, dije, hoy le he pedido á María que sea mi esposa, le he dicho que de su consentimiento depende toda mi felicidad. La he ama-

do durante años, y ella al fin me ama. Me ama, sí!

Mi madre dejó escapar un grito de placer y dió un paso hacia adelante. La detuve.

—La amo y soy amado, Pero ella se niega á casarse conmigo. ¿Por qué? Porque teme atraer vergüenza sobre un nombre honorable, usted es mi madre, conoce la historia de María, y más que toda otra persona en el mundo, debe celar usted por el honor de mi nombre y conocer á la que yo elija por esposa. Dígale...

Callé. Mi madre avanzó, abiertos los brazos, y un instante después, mi pobre niña lloraba entre ellos, en tanto que palabras que no oía, pero cuyo significado podía imaginarme, se le decían en el oído. Verdaderamente tuve razón al confiar en el noble carácter de mi madre.

—Déjanos solas por un momento, Alberto, dijo, mientras María sollozaba aún recclinada en su hombro. Vuelve dentro de un cuarto de hora.

Me volví, y al salir por la puerta de hierro pasó el cerrojo, usado á veces para ponerse á cubierto de indiscreciones, y me paré en la estrecha calle. Vi los hombres graves y las mujeres de ojos negros que pasaban, vagando por ahí; miré los alegres juegos de los muchachos, y después de lo que me pareció un cuarto de hora interminable, volví á saber qué éxito había tenido en mi causa mi gentil abogado.

Mi madre y ella estaban sentadas con los brazos entrelazados. María, al entrar yo en el patio, alzó hasta los míos sus ojos con una mirada

de infinita dicha. Mi madre se levantó y tomó á la niña de la mano.

—Alberto, dijo, al fin he logrado persuadirla de que tú y yo, á lo menos, estamos, por encima de las convenciones de lo que llaman mundo. Le he dicho que, sabiendo lo que sé, no veo en ello nada que le prohíba ser tu esposa, y que únicamente por su bien, vería mejor tu matrimonio con ella que con cualquiera otra mujer. Y me imagino, Alberto, que la he convencido.

Llenos de amor sus dulces ojos, se acercó á mí madre, me besó y abandonó el patio. Abrió los brazos para estrechar en ellos á la mujer más gentil y bella del universo y todo ante mí apareció brillante y glorioso. Mi grande amor había vencido.

Y sin embargo, aun en ese momento de bendición, mis pensamientos involuntariamente se dirigieron á un camino de Inglaterra lleno de montones de nieve, á un punto blanco en donde estubo tendido durante muchos días un objeto espantoso. ¡Sueño! ¡Sueño! debe de haber sido una horrible pesadilla. ¡Olvidalo, Alberto North, goza de la dicha que has alcanzado al fin!

X.

La espada cae.

Una vez conquistada, —una vez convencida de que los obstáculos que su solicitud por mi bienestar levantó contra mi voluntad no eran insuperables, —María no resistió más; mientras que para mí parecía robado, ya que no enteramente perdido, cada día que pudiera contarse antes de que la llamase yo mi esposa. Con los argumentos de mi madre que reforzaban mi propia ardiente persuasión, no tuve dificultad en obtener de María el consentimiento de que nuestro matrimonio se verificara tan pronto como se llenasen las formalidades necesarias. Y ya lo había fijado el día ya, tuve que cambiarlo y posponer por un espacio más la ceremonia.

El motivo para diferir el coronamiento de mi ventura fué el siguiente: Sabiendo lo que yo sabía, se presentó la cuestión de decidir con qué nombre debía María casarse, si con su nombre propio de soltera ó con el falso nombre que le hizo llevar un tiempo sir Mervyn Fe-

rrand, por razones que él sabía, ó con el que lealmente le correspondía, á haber dicho la señora Wilson la verdad. Tan ansioso me hallaba, tan empeñado en no dejar la menor sombra de duda respecto á la validez de su segundo y más dichoso matrimonio, que bien considerado determiné sacrificar mis inclinaciones propias y posponer nuestra boda el tiempo necesario para hacer una rápida visita á Inglaterra, donde haría lo posible por alcanzar la evidencia de que María era la viuda del muerto.

Di el pretexto de que ciertos negocios relacionados con mis propiedades tenían que arreglarse antes de que me casara. Fui á Inglaterra — á Liverpool — tan aprisa como pude. Permaneci allí una semana, y en ese espacio emprendí largas pesquisas acerca de la vida y la muerte de una mujer que, según la señora Wilson, había fallecido en determinada fecha, y había sido sepultada con el nombre de Lucia Ferrand.

Los informes adquiridos no importan á mi narración. Cualquiera que hayan sido sus faltas, su historia era muy triste; como triste me parece la de todas las mujeres que despertaron el maldecido amor de sir Mervyn Ferrand. Sin embargo, el resultado final de mi investigación fue el siguiente: Ferrand se había casado con ella hacía muchos años, y luego se habían separado por mutuo consentimiento. Con su incuria cívica, no volvió él á molestarla más, y lo que es más extraño, tampoco ella quiso ver nada con él. Ella murió en la fecha apuntada por mi informante. Así, pues, la cuestión de la iden-

tidad podía fácilmente establecerse, de modo que si algún día fuera á María necesario reclamar los derechos que correspondían á la viuda de sir Mervyn Ferrand, no pudiera hallar obstáculos en su reclamación. Pero me juraba que pasarían años antes de darle á conocer la muerte de ese hombre.

Hice de manera que no se notase mi presencia en Inglaterra, donde de hecho corría algún peligro. Porque según lo que sabía, podía cualquier incidente volverse contra mí. Si la sospecha de que el autor de la obra de aquella noche recaía sobre María, yo, compañero de su fuga, no podía esperar escapar libre. No obstante, me tranquilicé pensando que si algún peligro nos amenazase, algo habría oído decir, porque después de nuestra primera salida tan precipitada, no había tenido yo empeño en ocultar nuestro paradero. Esto hubiera sido inútil. Mi madre tenía amigos en Inglaterra, con los que se correspondía por cartas. Yo tenía un agente y abogados, con los cuales tenía también que corresponderme por asuntos de intereses. Así mismo me había visto obligado á escribir á mi imbécil Juan para que se deshiciera de la quinta lo mejor que pudiera y buscara para él mismo nueva colocación. Pero á pesar de todo cuidé de que se ignorara mi estancia en Inglaterra.

Aunque ocupado en rebuscar evidencias en favor de María, no desentendí tomar informes de lo sucedido aquella noche cerca de Roding. Y hallé que, para el público á lo menos, el crimen

segula siendo misterioso. Nadie había sido detenido, nadie acusado, ninguna causa del hecho se había descubierto; la sospecha en nadie había recaído aún. Ciertamente y á pesar de las cien libras de recompensa ofrecidas por el Gobierno, parecía que el asesinato de sir Mervyn Ferrand debía engrosar la lista de los crímenes no descubiertos. Por esto vi que la señora Wilson había guardado su promesa de callar y ahora que habían pasado meses ya, ahora que la atención pública se hallaba distraída de este conmovedor asunto, ahora que María parecía hallarse más lejos que nunca de dar señales que indicasen la rememoración de lo que su error ó su frenesí había hecho á su mano ejecutar inconscientemente, me atreví á esperar que cualquier probabilidad de una revelación de la verdad quedaba reducida al minimum. Alivio inmenso me dió el resultado de mis investigaciones, y mi corazón se sintió casi alegre cuando, armado con las pruebas de la muerte de la primera señora Ferrand, me volví apresurado á Sevilla, al encuentro de María y de la felicidad que me prometía.

Nos casamos. ¡María y yo nos casamos! Casados; y pocos meses antes defallecía solo, miserable, desesperado, pensando en que la que amaba se hallaba para mí, perdida sin remedio! ¿Qué era de todo aquello que llenó esos meses y los hizo los más negros de mi vida? Hoy somos marido y mujer, y estaremos unidos hasta que la muerte nos separe.

Ni una palabra dije de mis pesquisas en Li-

verpool. No tuve dificultad en persuadir á María, que en algunas cosas era tan crédula como una niña, que era necesario, ó por lo menos conveniente, que se casase con el nombre que le daba su primera certificación de matrimonio. Firmó, pues, por última, y tengo motivos para creer que por primera vez, con el nombre de María Ferrand, y advertí que tembló al formar las letras.

Aunque mi esposa era medio española de nacimiento y yo en muchos sentidos, me hallaba acomodado al género de vida de los españoles, éramos sin embargo bastante ingleses todavía para considerar como indispensable pasar viajando la luna de miel. El viaje debía ser muy corto, no atreviéndonos á ir muy lejos de mi madre, que quedaba en Sevilla sola con algunos criados. Y como sucedía que, tan cerca de Cádiz, aún no la habíamos visitado, pensamos que la ocasión era buena para hacerlo.

A Cádiz fuimos, pues, y paramos algunos días en el Hotel de Paris. Mucho nos gustó la ciudad con sus paredes blancas, que se alza y resplandece sobre el mar azul obscuro, preciosa, como la he visto descrita no sé donde, á una perla blanca en una corona de zafiros; ó como dicen los gaditanos, á una *tacita de plata*. Nos agradaron las filas de casas con sus azoteas, y el movimiento y ruido de sus muelles en el puerto. Nos encantaron los paseos sobre las grandísimas murallas y las vistas animadas de la poblada bahía y del campo lejano. Pero al mismo tiempo convenimos en que Cádiz no sostenía la

comparación con nuestra hermosa Sevilla, y pensamos que lo mejor sería volver cuanto antes á la ciudad alegre.

Y ya cumplido mi deseo ¿era feliz? Después de todo lo que había sufrido ¿podía sentirme dichoso en esos primeros días de nuestra vida marital? Cuando me acordé de ello, me detengo y medito, procurando en vano responderme satisfactoriamente. María me amaba y era mi esposa; á todo evento, bueno ó malo, era ya mía para siempre; en eso sí era feliz, tres veces feliz, y de haber podido vivir en el presente, mi dicha habría sido perfecta.

¡Pero había el pasado! No podía yo olvidar por cuál camino había llegado á esa felicidad, y sólo podía congratularme de que nadie más que yo conocía los horrores y peligros del camino aquel, de que yo solo sabía el secreto de aquella noche. Pero aunque sabría guardarlo eternamente, ¿habría de ser siempre un secreto?

Sí, ahí estaba el futuro. Detrás de esa dicha del presente, asomaba el temor de lo que el porvenir nos reservaba á ambos. Era un temor que cada día iba creciendo, porque mientras mayor era la dicha, más espantoso parecía el pensamiento de perderla. El sentimiento de que el edificio de mi ventura se alzaba sobre arenas, amargaba mis horas más dulces, y no sin razón en mi concepto.

La misma abstención de María de recordar la vida pasada, justificaba algo á mis ojos mis presagios sombríos. Ni una vez el nombre de sir Mervyn Ferrand se pronunció entre noso-

tros, ni una vez me pidió detalle alguno concerniente á los sucesos de aquella noche en que, en lo más fuerte de su pasajera locura, llegó á mi quinta. Ciertamente es que al verse casada y al principio de una nueva y más dichosa etapa de su vida, era natural que quisiese dar al olvido la falta y la vergüenza y los sufrimientos originados por el más odioso engaño; pero me hallaba tan mezclado yo en la catástrofe, que el silencio me parecía extraño. Su reticencia me alarmaba, figurándome que la causa debía ser cierta inquietud vaga respecto de aquella noche, cierta duda que ella no se atrevía á examinar. Según me consta, no es raro en las mujeres que sanan de esa enfermedad misteriosa que las tiene locas por algún tiempo, que queden incapaces de recordar y describir minuciosamente los fantasmas que las asediaron en esas horas de delirio, hecho no sólo por mi comprobado en dos ocasiones, sino establecido como indispensable por las autoridades que estudié durante la crisis de María. Mi gran temor consistía en la posibilidad de que en un momento dado, acaso cuando nuestra felicidad fuera la más perfecta imaginable, la menor circunstancia, cualquiera alusión, aun la simple mención de un nombre, podría suplir el eslabón perdido, y la espantosa verdad lucir clara á la vista de mi esposa.

Nuestra vuelta á Sevilla se verificó por agua, pues con todo y no ser muy interesante el Guadalquivir, pensamos que era preferible viajar embarcados que no por los lentos y repletos

trenes, tan repletos como hediondos a ajos y tabaco. Así dejamos una mañana a Cádiz y pronto nos vimos navegando por el pesado y turbio río, entre llanuras bajas y pantanosas.

No había muchos pasajeros a bordo, y el vapor mismo era un puro desperdicio, al punto de hacernos, al cabo de una hora, echar de menos el ferrocarril. Las millas se sucedían a las millas, sin que el desierto cruzado por el río ofreciese objeto alguno de interés, salvo alguno que otro rebaño o el vuelo de una ave acuática, y a no ser porque tenía a María al lado, habría sido aquella la jornada más enojosa de mi vida.

Por supuesto que había turistas ingleses en el buque: ¿cómo habrían de faltar? Dos de ellos, jóvenes y al parecer caballeros, se sentaron cerca de nosotros, y después de algunas miradas de admiración para mi hermosa María se pusieron a conversar con volubilidad, conociéndose, por la libertad con que hablaban y por el vigor de sus comentarios desfavorables al país, que nos tomaban por naturales de él, delante de los cuales podían desfogarse sin ser comprendidos. María, por cierto, parecía española, y yo llevaba oculta mi nacionalidad tras el tinte que el sol había dado a mi semblante.

Los dos compañeros charlaban, enteramente ajenos a que dos de sus vecinos no perdían una palabra de su conversación. Durante algún tiempo los escuché divertido, y luego, el acostumbrado movimiento del buque, el perezoso flujo de la fangosa corriente, los monótonos bancos delante de los cuales pasábamos, todo ejercía

sobre mí un efecto soporífico, y principió a cabecear dorado.

Al través de mi sueño oscura y distintamente pronunciar un nombre, un nombre odiado; salté y abrí los ojos. La cabeza de María se inclinaba hacia adelante, como para cojer al vuelo las palabras que otro decía.

—Sir Mervyn Ferrand, repetta uno de los compañeros. Si, me acuerdo de él, alto, buen mozo.... ¿En dónde está ahora? Era una mala cabeza.

—¿Conque ha leído usted u oído algo acerca de él? preguntó el otro sorprendido.

Toqué el brazo de mi mujer.

—Vámonos de aquí, María.

Ella hizo un gesto negativo, y al instarla de nuevo, su movimiento fué de mal humor.

—¡Ah! dijo el segundo turista riendo. Me olvidaba que usted ha estado durante meses fuera del centro de la civilización y los periódicos. Pues bien, Ferrand fué asesinado—muerto de un golpe.

—María, querida María, ven, te lo suplico, murmuré.

Era demasiado tarde. El aspecto de su rostro me demostró que nada, nada podría moverla de allí. Quería oír la espantosa verdad, dicha acaso con detalles equivocados. Yo gemí en mi interior: el instante tan largo tiempo temido acababa de llegar. ¿Ni qué ganaría yo con arrancarla de allí a la fuerza o con interrumpir a los interlocutores? Ella había oído demasiado, y me obligaría a contarle el resto.

Solo podía persuadirla que de ninguna manera se hallaba ella asociada á la muerte de ese hombre.

— ¡Asesinado! ¡Pobre mozo! ¿Quién lo asesinó? dijo el primero de los jóvenes.

— No se sabe. Fué muerto en un camino del campo, precisamente al principiar aquella horrible tempestad de nieve del invierno pasado. Parece increíble; pero la nieve se amontonó sobre él, y hasta que no se deshizo no se descubrió el crimen. Por supuesto que en el intervalo el asesino se escapó.

— ¡Pobre diablo! Nunca supe de él cosa buena; pero ¿qué fin!

Yo no miraba á los interlocutores, sino que observaba todos los cambios del rostro de mi esposa, del cual habia ya el color desaparecido. Vi sus labios y su garganta contraerse convulsivamente, como si procurasen articular un sonido, y sus cejas oscuras arquearse con angustia, mientras enlazaba sus manos, como hacia cuando se encontraba agitada fuertemente. De improviso volvió sus ojos á los míos, y su mirada de horror me dijo que lo peor acababa de suceder, que el temor que me asediara se habia realizado. Luego con un sordo gemido cayó sobre mi hombro, pálida y sin conocimiento.

Aunque en el colmo de la desesperación, creo que adquirí una especie de tranquilidad mecánica, y me parece recordar que los dos viajeros ingleses me ofrecieron sus servicios, porque al llevarnos á María á un lecho improvisado en

la parte más sombría y fresca que pudimos hallar, sonreí y atribuí el desmayo de mi esposa al calor del sol, al calor de la máquina ó á algo parecido. No pudieron esos jóvenes sospechar lo que habian hecho con sus palabras casuales, no pudieron pensar que con el nombre de sir Mervyn Ferrand habian quizá destruido la dicha de dos existencias. Mi corazón estaba lleno de miedo y de dolor, pero creo que meporté valientemente.

A pesar de todos los remedios que pudimos suministrarle, el desmayo de María duró considerablemente, hasta ponerme en cuidado. Ciertamente no me pareció mal que el síncope hubiera sobrevenido, pues por algún rato libraba aquel cerebro de las memorias espantosas que súbitamente lo habian acometido, y á haber sido posible, aun me habria alegrado de que continuase insensible hasta nuestra llegada á Sevilla. Mas no debía ser así, y poco á poco fué moviendo sus ojos hasta abrirlos, y recobró el conocimiento con sus temidas consecuencias.

Le hablé, pero no me respondió; apartó sus ojos de los míos; evitó mi atención, y hasta pareció sustraerse al contacto de mi mano, no saliendo de sus labios una palabra en el resto de aquel odioso día. Ella yacía con el rostro vuelto del costado del buque, ajena á las miradas curiosas de los pasajeros, ajena á las palabras de amor que yo le murmuraba, ajena á todo, menos á su propio pensamiento, pensamiento que tiemblo de figurarme á dónde la llevaba.

Al través de aquellas fargas y pesadas horas

en que el ruinoso buque ascendía por la ancha y fangosa corriente, permaneci sentado al lado de María, tratando de hallar el modo de distraer nuestro dolor. ¡Ay! todo se estrellaba contra el obstáculo de la conciencia que ya tenía ella de lo que había hecho, porque yo estaba cierto de que ya ella lo sabía: claro me lo decía la mirada de sus ojos. La duración de su locura había sido tan corta, que no podía consolarme con la idea de que le sucediese como á otros maníacos, que al recobrar la razón se preocupan poco de lo que hicieron en estado de locura; y sentía que en el caso de mi esposa mi sola esperanza estaba en atraerla por medio del raciocinio al orden nio de ideas, esto es, á que se considerase irresponsable ante toda ley, divina ó humana, de sus actos de aquella época; pero era grande mi temor de que con su natural sensible é impetuoso pudiese mirar su conducta desde este punto de vista. Y á no haber sido ella la mujer que con tal pasión amaba, dudaba yo de que pudiera absolverla enteramente de su crimen, al recordar aquellas palabras suyas: «Alberto, ¿ha odiado usted alguna vez á un hombre?»

Porque por extraña anomalía, yo hubiera querido, en lucha franca por supuesto, matar á aquel hombre hiriéndola el corazón, y aun me habría gloriado del hecho. Pero María era mujer, y, á no haber sido la que yo amaba, me habría retirado de aquella que, aun en su locura, se hubiera visto lanzada á ejecutar venganza tan terrible.

Sonrei amargamente al pensar enán débil sopio de viento había bastado para echar por tierra mi castillo de naipes. Pero sonrei triunfante luego, cuando me dije á mi mismo que aconteciera lo que aconteciese—miseria, vergüenza, muerte,—yo había cumplido y gozado por una semana el único deseo de mi vida. Nada podía privarme de ese recuerdo.

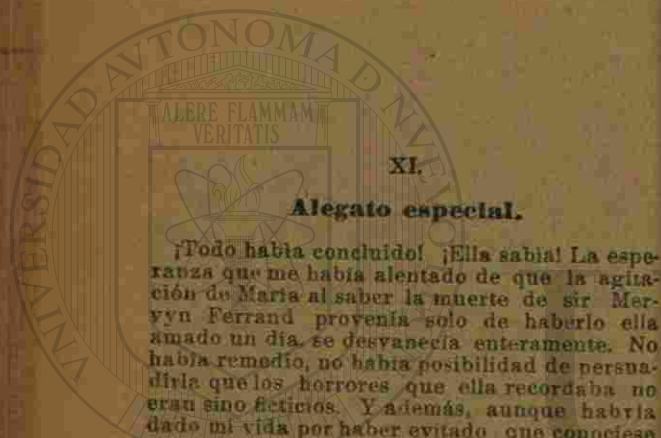
¡Legamos al fin! Silenciosa todavía ó respondiendo á mis preguntas con monosílabos, condujo á María á nuestro hogar, feliz un tiempo, de Sevilla. Mi madre, con sonrisas de bienvenida en su gracioso semblante, se hallaba á la puerta del patio para recibirnos. Al verla María, senti estremecerse el edificio de mi amor. Dejó que mi madre la besara y acariciara, sin dar muestras de afección recíproca.

—María está enferma, dije como explicación; voy á llevarla á su aposento.

Condujela á las habitaciones que en nuestra ausencia había preparado mi madre para nosotros. Eran alegres y hermosas, llenas de flores y otras delicadas menudencias que daban pruebas del cariñoso interés con que se nos estaba esperando. María no se dió cuenta de nada. Cerré la puerta y volvi hacia mi esposa.

Ella me miraba con esos extraños ojos oscuros que parecían querer llegar á mi alma misma.

—Alberto, me dijo con voz baja y solemne, dime la verdad. ¿Qué hice yo aquella noche?



XI.

Alegato especial.

¡Todo había concluido! ¡Ella sabía! La esperanza que me había alentado de que la agitación de María al saber la muerte de sir Merwyn Ferrand provenía solo de haberlo ella amado un día, se desvanecía enteramente. No había remedio, no había posibilidad de persuadirle que los horrores que ella recordaba no eran sino ficticios. Y además, aunque habría dado mi vida por haber evitado que conociese el hecho, al encontrarse mis ojos con los suyos tan queridos, no me atrevía a formular una mentira.

Traté ciertamente, y solo por ganar tiempo, de buscar una respuesta evasiva; pero a las pocas palabras ella me interrumpió.

—¿Y por qué pregunté? murmuró. ¡Si yo lo sabía todo—todo—todo! Yo he visto en mis sueños eso—la blanquecina ruta—el sombrío rostro muerto—la arremolinada nieve. En sueños me he visto al lado suyo, y me he dicho a mí misma; ¡Está muerto! Pero, Alberto, mi

amor, esposo mío, yo pensaba que no era sino un sueño; como lo odiaba, he soñado que yo le daba muerte.

—¡Alberto, mi querido Alberto, dime si puedes, que he soñado!

Su voz tomó el acento de la súplica y me miró lastimeramente.

—Amada mía, debe haber sido un sueño, le dije.

Ella separó sus brazos bruscamente:

—¡No, no! No fué un sueño. Aun ahora mismo me veo de pie en la noche al lado de aquella forma inmóvil. Puedo sentir el aire frío en mi mejilla y me contemplo huyendo al través de la nieve. ¡Alberto, yo odiaba a aquel hombre y lo maté!

Las lágrimas corrían de mis ojos por mi semblante. Le tomé las manos y luché por atraerla hacia mí; pero ella se arrancó de mi lado, y arrojándose con violencia en su lecho, cayó en paroxismo de sollozos, y me volvió la cabeza al acercarme angustiado.

—¡Yo lo maté, lo maté! murmuró en doliente tono. ¡Oh, espantosa noche! Desde entonces me persigue su imagen. No sabía por qué, pero ahora sí lo sé: El me ofendió y yo le di muerte, le di muerte.

Le rodeé el cuello con mi brazo, y sobre su mejilla puse la mía; mas al sentir mi contacto saltó con brusquedad.

—¡No, no! gritó. ¡No me toques! ¡Húyeme! ¡Aléjate de mí! Alberto, ¿Lo oyes? ¿Lo comprendes? ¡He asesinado a un hombre!

Una vez más se lanzó á su lecho, y su ser se quebrantó de angustia.

— ¡Una mujer deshonrada, perdida! — murmuró. ¡Abandonado juguete de un malvado, y ahora una asesina! ¡Bien has escogido tu esposa, Alberto!

— Mi tierna amiga, ¡yo te amo!

— ¡Amarme! ¿Cómo puedes amarme? Ese amor no es santo. Pero si me amas, ¡ayúdame á morir, Alberto! ¡Dame algo que me mate! ¿Por qué me salvaste la vida?

— Porque te amaba entonces como te amo ahora.

Quedó silenciosa y esperó que se calmase, que pasase el primer choque producido por su reciente descubrimiento, para razonar con ella, para mostrarle que por ninguna ley moral debía considerarse ella culpable del espantoso crimen. De repente se volvió á mí:

— ¿Cómo lo maté? preguntó temblando.

— ¡Cálmate amada mía! Ya hablaremos de eso.

— ¿Cómo lo maté? repitió con vehemencia.

— Se le encontró herido en el corazón, respondí vacilante.

— Herido en el corazón — en el malvado corazón! Herido por mí! ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Con qué? Alberto, dímelo todo ó me vuelvo loca; no quiero que se me oculte nada. — Quiero saberlo todo.

— Fue herido con una pistola.

— ¡Una pistola! ¡una pistola! ¿Cómo la tenía yo? ¿En dónde está?

— La ha perdido.

— ¿Tú? Luego tú sabías? ...

Hice un gesto afirmativo, porque comprendí que era inútil ocultarle nada. Ella tenía que saberlo todo, y todo se lo dije, de consiguiente. Díjale cómo había ella prometido venir á encontrarme; cómo, no habiendo cumplido su promesa, fui yo en busca suya; cómo nos cruzamos entre la tempestad de nieve, y cómo logré al fin encontrarla; le repetí sus bruscas palabras, y le dije de qué manera el arma había caído á mis pies, y cómo, en el primer impulso, le arrojé lejos en medio de la noche. Le conté de qué modo se me escapó ella y huyó por el camino solitario, y cómo, excitado y aterrorizado por sus palabras, corrí desolado para saber su significación; de qué manera había encontrado el cuerpo de sir Mervyn Ferrand, y sin preocuparme de esconder el hecho, lo dejé en el camino, y cómo volví á mi casa, y la encontré á ella, María, que esperaba en el paroxismo de su locura temporal. Todo se lo dije, y le juré que desde el instante en que descubrí que ella tenía perdida la razón, la tuve, á pesar de lo que me había pasado, por tan inocente de ese crimen como cuando, de niña, dormía ella en el regazo maternal.

Ella me escuchó fijando en mí sus dilatados ojos pero sin interrumpirme con palabras ó con gestos, y apenas concluí, se cubrió el rostro con las manos, y lágrimas abundantes comenzaron á saltar entre sus dedos.

— ¡Ninguna esperanza; ninguna! exclamaba. ¡Oh! Alberto, ¡yo esperaba algo que me dije.

ras me mostraría que no fué mi mano la que hizo aquello! ¡Mi amor, mi solo amor, hemos sido tan dichosos mientras he podido persuadirme de que aquello no era sino un sueño! ¡Ya no seremos dichosos nunca más, Alberto!

Aunque todavía se alejaba de mí, por la fuerza la atraje y puse su pobre cabeza sobre mi hombro. Acaricié su blanda y sedosa cabellera negra, besé su blanca frente, hice uso de todas las expresiones suaves y alentadoras que pudo sugerirme amor tan grande como el mío, pero todo en vano! Apenas dejaba de apretarla contra mi seno, se esquivaba y huía de mi lado.

—¡Alberto, gritaba, tú lo sabías! Tú sabías que la sangre de un hombre manchaba mis manos! Te repito que ese amor no es santo!

—Querida mía, yo también te repito que á mis ojos—y si se supiera la verdad, á los ojos de todo el mundo—eres tan inocente como una niña.

Ella movió la cabeza como desesperada, y comprendí que nada al presente podía conmovierla. Acaso era más de lo que yo debía esperar, por lo cual aplacé mi argumentación, y le supliqué que se entregara al descanso, haciéndola tomar en seguida un calmante. Sentéme á su lado durante horas, con su mano en las mías hasta que al fin cayeron sus párpados, y rendida por sus penas se durmió.

¡Oh! ¡cuánta razón tuve en haber huído! Aunque una circunstancia casual había revelado lo que con tanto anhelo esperaba que quedase sepultado en el olvido, ¡qué acertada fué mi deci-

sión! Si la justicia hubiera puesto sus manos en mi dulce esposa, la habría sin duda descargado de toda culpa; pero el juicio y la exposición la hubiera muerte. Gracias al cielo, se hallaba en salvo, y solo tenía que comparecer ante el tribunal de su propia delicada conciencia.

Cuando sentí que su aliento se había hecho regular y conocí que dormía profundamente, puse suavemente mis labios en su hermosa mejilla, y la dejé, yendo al punto en busca de mi madre, á quien le dije lo mejor que se me ocurrió respecto de la indisposición de María. Simulé como pude un semblante risueño, y escuché con muestras de interés lo que á su vez me contó mi madre respecto de ciertas dificultades con algunos de los criados del país, sobrevenidas durante nuestra ausencia, bien que en realidad nada podía interesarme, al pensar que mi pobre amada yacía allí durmiendo, para despertar ¡ay! llena de dolores y remordimientos. Nada de extraño, pues, que así que estuve con mi madre, la menor cantidad de tiempo que el deber filial y la gratitud exigían, volase al pie del lecho de María.

Velé á su lado hasta que despertó—hasta que sus espléndidos ojos negros se abrieron por sí mismos. Me incliné sobre ella y la besé apasionadamente, y mientras estuve entre el sueño y la vigilia, en esos momentos de inconsciencia, me devolvió mis caricias; pero vino al punto la memoria con todos sus terrores.

—Déjame, dijo, soy una asesina.

Una vez más se lo negué, y le repetí que era

inocente, como que mi sola esperanza estribaba en que a fuerza de decirselo podría hacerse lo creer, y a pesar de que me escuchaba con indiferencia, seguí hablándole con elocuencia y pasión crecientes. ¿No estaba acaso abogando en favor mío al abogar en su favor? Si lo graba persuadirlo de que no era responsable de lo que había hecho, algo podía salvarse de aquella felicidad que días antes me había prometido.

— Alberto, murmuró, he estado soñando cosas horribles. ¿Me encausarán? ¿Me ahorcarán?

— Estamos en España, querida mía. Aunque fueras culpable, la ley inglesa no te alcanzaría aquí.

Ella dió un salto.

— ¿Y por eso te apresuraste en venir á España? ¿Para salvarme de una muerte deshonrosa?

— Para salvarte de lo que, dado tu estado de salud, no podías soportar. Te digo otra vez que eres inocente; pero no quería correr el riesgo de un proceso.

Permaneció en silencio algunos minutos, y luego dijo:

Soy orgullosa, apasionada, agresiva; pero jamás habría imaginado hacer eso. Estaba loca, he debido estar loca. . . Alberto, puedes decirles que yo estaba loca. Ellos te creerán y me olvidarán.

Y me miró como implorándome.

— Puedo probar, le dije, puedo establecer bajo juramento que en aquella época eras presa de un delirio furioso. Puedo garantizar con

mi reputación profesional que tus actos fueron resultado de la locura. En tal concepto no temas nada, esposa mía.

Hablé con ardor; pero al hablar, un pesamiento me asaltó—un pensamiento que hizo palidecer mis mejillas y bañó en sudor mi frente: el de que, según la ley, un marido no puede en causa criminal alegar nada en pro ni en contra de su esposa. Mi matrimonio con María la privaba del beneficio de mi testimonio para establecer su locura, y temblé como una hoja á la idea de lo que podía acortecerle en el caso de ser juzgada por el asesinato de sir Mervyn Ferrand. Sus mismas enfermeras no la vieron sino sana ya: nadie sino yo, y acaso mi criado, la hemos visto en su locura.

Fué mi espanto tal que tuve que dejar la habitación para recobrar mi presencia de espíritu. Una y otra vez di gracias al cielo de habernos en país extranjero, bien que el solo pensamiento de que mi loco amor había podido destruir á la que amaba, era más de lo que podía yo soportar.

Creo que he languidecido bastante desde el terrible día en que mi esposa supo que el sueño aquel, que de tal modo la había asediado, no era sino realidad—que su mano había vengado inconscientemente su supuesta y premeditada afrenta. Réstame decir que la angustia mental en que se vió sumida no dejó de acompañarse de males físicos. En efecto, mi pobre muchacha estuvo enferma, muy enferma durante días; pero mi madre y yo la cuidamos con tanto esmo-

ro, que poco á poco, ayudados de su juventud y de su constitución espléndida, fué recobrándose, y aunque sombra de sí misma, pudo dejar al fin el lecho. Mi madre fué la ternura misma para su hijo, aunque nada sabía de la verdadera causa de su mal; y aún me reprendió por cierto y categóricamente, por no haber cuidado lo bastante de mi hermosa desposada, y juró que en adelante nada podría induciría á perder á María de vista un solo instante.

Ahora que María sabía todo lo que había hecho, pensé que sería mejor decirle que, aunque sir Meryyn Ferrand tuvo realmente la intención de contraer con ella un matrimonio de burlas, por una extraña casualidad resultó que la había hecho su verdadera esposa. Mas esto no bastó á consolarla.

—Mi crimen es entonces mayor, dijo amargamente. He muerto á mi marido en vez de matar á mi seductor. Yo no debo vivir.

Pasaron semanas, al cabo de las cuales vi que María se fortalecía gradualmente, y lo que me regocijaba más, que en cierto modo parecía más tranquila y razonable. Con todo el poder que podía yo disponer, nunca cesé de repetirle que moralmente era ella inocente, y mis palabras al parecer empezaban á producir sus resultados: sus accesos de mental angustia y de recriminaciones á sí misma eran cada vez menos frecuentes; ya, aunque estuviéramos solos, no tenía tan á menudo el asunto de su crimen. La calma había renacido para nosotros, y yo me atrevía á esperar que el gran mé-

dico, el tiempo, podía otorgar un día al corazón de mi esposa algo que pudiera llamarse melancólica felicidad; bien que no se me ocultaba que para esto tendría que esperar años y años.

Ella estaba cambiada, muy cambiada, como que rara vez sus labios sonreían, como que sus ojos no fulguraban ya, sino cuando yo me le acercaba. Parecía de más edad y más grave; pero, á pesar de todo, conocía yo que me amaba siempre con amor imperecedero.

Aunque por último habíamos cesado de discutir acerca del pesar de nuestra vida, yo sospechaba que muy raras veces su recuerdo se ausentaba de su mente, oyéndola á menudo, mientras me hallaba al lado suyo, murmurar palabras en medio de sus agitados sueños, cuyo significado no se me escapaba. Al rodearla entonces con mi brazo y asegurarle la grandeza de mi amor, maldecía de corazón al hombre muerto, origen de aquel dolor que así turbaba esa hermosa cabeza reclinada en mi regazo. ¡Ay de mí! ¡Qué vida hubiéramos podido llevar, ahora que el amor reinaba entre los dos!

Una vez—poco después que María empezó como inválida á arrastrarse por el fragante patio—me dijo con voz evidentemente trémula:

—Alberto, ¿lee los periódicos de Londres?

—Algunas veces, no siempre. Tengo enteramente olvidada á Inglaterra.

—Prométeme que los leerás todos los días, desde ahora.

—Lo haré, si lo pides: pero ¿para qué?

Su voz se hizo más débil:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE MONTEPERI, MEXICO

—¿No puedes adivinarlo? Oye, Alberto. He consentido en que seas mi gula, y no anhele sino que llegue el día en que yo pueda pensar como tú piensas. Pero ¿y si algún inocente se ve acusado del crimen que yo he cometido? No habría entonces más que un camino, y no podrías evitarlo. Prométame que verás los periódicos todos los días apenas lleguen. No que seré tranquila de lo contrario.

Lo prometí de mala gana. Suele la justicia padecer equivocaciones, pero no semejantes á la prevista por María. No; la muerte de sir Mervyn Ferrand era un misterio que no debía aclararse nunca, y así, para calmar á mi pobre esposa respecto á eso, escribí que me enviarán diariamente el *Times* por correo.

XII

Tentación deshonrosa.

Me repugna mirar retrospectivamente y volver á leer las palabras escritas á influjo de impresiones ya pasadas; pero me parece haber dicho no sé dónde, que este cuento es una confesión, y si no lo he dicho, he debido hacerlo. No tiene pretensión alguna de ser obra de arte, como tampoco de imaginación: ¿cómo podría serlo? Solo contiene dos caracteres: un hombre y una mujer y trata sólo del amor que se tuvieron y de algunos meses de su vida, aunque en esta relación he procurado que nada quede oculto, que mis pensamientos y mis esperanzas, mis temores, mis penas y alegrías aparezcan como fueron. Creo que nada he suprimido de lo que pudiera hacerme condenar con más celeridad de la con que se me condena acaso, porque mi deseo ha sido mostrarme tal cual era—y sin

dada tal cual soy,—un hombre débil y egoísta; pero que por amor á una mujer, quiso arriesgar fortuna, vida y hasta honor. Si no he logrado presentarme de esa manera, no se culpe á mi intención sino á mi corta habilidad.

Pero si no puedo decir hasta qué punto he realizado mi propósito, si conozco que en este capítulo debo sucumbir por fuerza; el lenguaje rico y poderoso que necesitaría para expresarme, no ha sido inventado aún; el escritor que pudiera reproducir con fidelidad mis pensamientos, no ha nacido todavía.

Y el capítulo todavía ha de ser corto, ha de ser la historia de unas pocas horas; pero ¡qué horas! Horas durante las cuales luché contra la tentación de cometer no sólo un crimen, sino un crimen bajo y miserable, tentación más fuerte, me atreví á decirlo, que ninguna de las que hasta ahora han acometido al pobre ser humano. Mis palabras son pretensiosas pero escuchéme.

¡Oh, aquella mañana! ¡Qué bien puedo recordarla! Acabábamos de almorzar, y aún se veía en el entoldado patio la pulida mesita con su mantel blanco, que hacía resaltar los densos colores de las lucientes frutas en él esparcidas. Yo estaba solo, pues mi madre y María se habían retirado á sus quehaceres domésticos, y descansando y perezoso compuse un cigarrillo y lo encendí, culpándome á mi mismo de profanar barbaramente con el humo del tabaco aquel ambiente tan embalsamado. Luego saqué de mi bolsillo el *Times* de Londres acabado de lle-

gar por el correo, y sin ahinco me di á recorrer sus largas columnas.

No me inquietaba nada de lo que pudiese hallar en los periódicos, pues no era de ellos de donde temía yo que me viniese el peligro. Había, sin embargo, observado que siempre que María me veía con un diario en la mano, me miraba con ansiedad y como interrogándome, por lo cual decidí examinar todo periódico antes de que ella lo viese, no dejándoselo leer sino cuando ya lo había leído yo, todo por temor de que la más remota alusión al crimen misterioso y desconocido pudiera causarle grave daño. Y respecto á su peregrina ocurrencia de que otro podía ser acusado de él, no me daba la inquietud menor.

Así, pues, volvía y repasaba las anchas hojas, dejando á un lado las noticias del día, desflorando los artículos editoriales, echando una ojeada á las noticias extranjeras, parando poco la atención en los casos jurídicos y menos aún en las fluctaciones del mercado. Por último me fijé en la sección de provincias, y un nombre hirió mis ojos. Corrió un estremecimiento por todo mi cuerpo, mi cigarrillo cayó en el pavimento marmóreo, y con una agitación de que ninguna palabra puede dar idea, leí este corto párrafo bajo el nombre de la ciudad principal del condado en que se hallaba situado Roding. Leí:

«Guillermo Evans, el hombre acusado del asesinato de sir Mervyn Ferraud, barón, en Enero último, será juzgado en este tribunal.

que se abrirá el día 20. El caso, que tanto interés ha despertado, será examinado el primer día. Se dice que, aunque se presentarán contra el prisionero nuevas pruebas, estas serán puramente accidentales.»

Cada palabra del maldito párrafo pareció caer sobre mi cabeza como un golpe. Quedé aturdimiento durante unos minutos y sentí que mis dientes daban unos contra otros, mientras que la sangre se retiraba de mis mejillas: ¡el temor imaginario de María acababa de realizarse! Otro — un hombre inocente — cargaba ya con la culpa de su propio acto de locura. Confuso, estúpido, capaz apenas de comprender todo el efecto de lo que había leído, permanecí inmóvil, con la mirada fija en la hoja fatal.

La voz apacible de mi madre llamando a María me despertó de mi éxtasis. Ya venían hasta donde estaba yo, pero no pudiendo soportar su presencia, doblé el periódico, lo hundi en mi bolsillo y me lancé a la calle. Todavía no me atrevía a imaginar lo que semejante noticia podría significar para nosotros, y necesitaba largas horas de soledad para decidir qué actitud debía adoptar ante este, que era el último y peor de los peligros.

Atravesé rápidamente la verja de hierro, y subí por la estrecha calle con un paso que debió hacer pensar a los que me vieron que estaba loco. ¿A dónde fui? Apenas lo recuerdo; pero me parece que debió ser a uno de los jardines públicos, bien que en aquella hora toda noción de lugar había desaparecido de mi mente.

Fui instintivamente en busca de la soledad, y encontré, no sé dónde ni cómo, un espacio desierto y sombrío. Allí, en la angustia de mi corazón, entre las ruinas de mi felicidad construida sobre arenas, me revolqué en el suelo y clavé mis dedos en la tierra endurecida.

Al principio creí que iba a volverme ó que me había vuelto loco, porque los pensamientos que cruzaron mi cerebro eran extravagantes y sin ilación. ¡Un inocente acusado de ese crimen! ¡El 20! ¡Y estábamos a 16! ¡Necios — más que necios, con su vana ciencia jurídica! ¡Prender por sospechas, juzgar a un hombre que forzosamente ha de ignorar todo lo relativo al crimen! ¿Qué hay que hacer? ¿Qué puede hacerse? ¡Oh, mi esposa, mi pobre y querida esposa!

Después, según creo, lloré como un niño, y me pareció que todo estaba perdido: porque no había más que un camino que tomar: mi adorada debía entregarse a la justicia y con su confesión liberrar a ese desdichado que se hallaba ahora en peligro de muerte. Ella debía asumir la vergüenza del juicio y farse de la justicia humana para obtener la gracia a que tenía derecho. ¡Oh! ¡esto era lamentable, lamentable! Por largo rato ninguna otra alternativa se me ocurrió.

¡Justicia humana! ¿Qué es justicia? ¡Miren cómo puede errar! Puede prender, juzgar, y — ¡oh pensamiento horrible! — ¡caso condenar a muerte a un inocente! ¡Y cómo harían para salvar a María? ¿Quién, ahora que el matrimonio ha se-

llado mis labios, quién se presentará á probar que estaba loca cuando hirió á ese hombre? Á esta idea enloquecía yo de rabia. Yo podría, es verdad, llamar á Juan, mi criado, para que jurase que sus modales eran raros y bruscos en la noche aquella, y á las enfermeras para que declarasen que cuando la vieron por primera vez, acababa de salir de un ataque de locura. ¿Pero serían creídos? Y un abogado perspicaz no convencería pronto á esos doce hombres vulgares que el crimen no fué efecto de la locura, sino la locura del crimen? Estábamos ciertamente cogidos en el lazo y atados; cercados por donde quiera; sin auxilio, y al parecer sin esperanza.

¡Y es preciso que María sepa esto! ¡Yo debo decirselo! Mas ¿cómo podrá violentarme á mí mismo y hacerle conocer la verdad—ahora que como nunca se halla en vías de restablecimiento; ahora que una especie de triste, pero placida aquiescencia de lo que el destino ha hecho parece nacer en ella gradualmente; ahora que me dedicaba yo á levantar una vez más el edificio de nuestra felicidad! Porque yo sabía—¡ah! piensen en esto y compadézcanme—que antes de medio año se nos concedería á mi esposa y á mí un don que bastaría para ahuyentar lejos de nosotros las memorias horribles que ennegrecían nuestra vida, habiéndonos atrevido á esperar, á sentirme seguro, de que tan pronto como ella se mirase en las pupilas de un niño, tan pronto como atrajese á su pecho la delicada

cabecita, algo, mucho de la dulzura y gloria perdidas volvería á nuestro amor.

Piensen en esto, ¡y contémplenme tendido en el suelo el día aquel, con la maldita revelación en mi cerebro! ¡Piensen en que á las pocas horas debía volver á casa y decirle á mi mujer que el rayo había caldo! ¡No había alternativa!

¿Ninguna alternativa? ¡Despacio, hay una alternativa! La sangre corría arrebatadamente por mis venas, mi corazón latía con violencia, mis labios se sacaban, y algo como un golpe me pareció sentir cuando vislumbré en un instante el medio sencillo y seguro de cortar el nudo de todas las dificultades. Tan fácil me pareció al principio, que rei de mi estupidez en no haberlo visto antes.

¡Rompe en mil fragmentos el periódico, Alberto North! Espárcelos en el viento, olvida lo que has leído, y vuelve á tu rico y florido hogar, con una sonrisa en los labios para la que amas. ¡Bien has fingido sonreír antes de ahora! Acaríciala como de costumbre y nada le digas de los periódicos de esta mañana. Sigue tus propios consejos, entierra lo que sabes en el secreto de tu corazón, y sé feliz en lo de adelante.

¿Pero el hombre—el hombre que en breves días será juzgado por el crimen de otro? Bien, ¿y qué? El necio sin duda será absuelto. ¡Necio! Sí, es el nombre que merece quien se hace sospechoso á la justicia. ¿Pero, ¿y si la justicia sigue la senda equivocada hasta el fin, y ese hombre muere?

¿Qué entonces? ¿Qué es esta miserable vida,

qué son cien vidas para poner en peligro la felicidad de María? ¿Qué es la conciencia? ¿Qué la verdad y la mentira? ¿Qué el fantasma que llaman honor los hombres? Y después de todo, ¿qué es crimen? Cállate y olvida. Nadie te pide que hagas más. Eres rico, joven, sano y decidido, la más bella mujer del mundo te idolatra. ¿Por qué vacilar? ¿Qué pesa en la balanza esa vida miserable?

Estudia el asunto bajo otro aspecto. ¿No hay millares de hombres que mueren anualmente por el capricho de un rey ó de un estadista? Y el pensamiento de su muerte no va á turbar á los que les mandaron á morir. Los hombres se matan unos á otros por venganza, por dinero, por el puntillo de honor, y el matador vive como los demás hombres. Deja á ese hombre ante el ostentoso círculo de los jurados. Es inocente, y saldrá libre de sus manos; y si lo encuentran culpable, ¿qué muera. No será el primer inocente, ni será el último que muera. ¡No hay más que una vida! El es nada para tí; no pienses en él más. Suceda lo que suceda, tú tendrás siempre tu hogar querido y la mujer que amas. Sus hijos crecerán á tu alrededor. ¿Por qué vacilar? La felicidad de una existencia puede ganarse simplemente con sellar los labios. Su precio es, suponiendo que la justicia se equivoque, sobre llevar el peso de la muerte de un hombre. ¡Mezquino precio!

Tal era la tentación con que tuve que luchar durante aquellas largas horas. Una y otra vez estuve á punto de ceder, una y otra púsemelo de

pié, determinado á romper el periódico y dejar las cosas seguir su propio curso, y hasta una vez y otra dirigí mis pasos hacia el hogar; pero otras tantas me detuve, volví á mi rincón, me arrojé al suelo y combati de nuevo.

No, yo no podía hacer eso: era un caballero, un hombre de honor. Mezquino como era el precio comparado con lo que debía comprar, yo no podía pagarlo. Aunque toda mi alma estaba pendiente del bienestar de María, no podía, ni en bien suyo, sufrir que un inocente fuese llevado á la muerte injustamente. El crimen era demasiado negro, demasiado vil, demasiado despreciable. Estaba seguro que, manchada moralmente con la sangre de aquel hombre, ni las dichas supremas de la vida podrían suministrar el reposo á mi conciencia; y que muy pronto la vergüenza y el remordimiento me empujarían al suicidio.

Digan si quieren los predicadores que el pecado es fácil: aserción más halagadora que verdadera.

Habrá pecados fáciles de cometer; pero me atrevo á decir que hay otros que la generalidad de los hombres educados en el honor y temerosos de la cobardía y la vergüenza, encuentran mucho más fáciles de evitar que de cometer. No, todos los pecados no son fáciles.

Pero de todas maneras mi lucha era mortal. A veces me imagino—acaso no sea sino imaginación—que aun hoy quedan en mi cerebro huellas de aquel conflicto, conflicto en que mi victoria significaba la ruina de lo que más de

cerea me tocaba y que quería yo más. ¿Tenía razón en decir que mi tentación no tenía semejante? Y aún al asegurar esto, séame lícito declinar humildemente toda alabanza por no haber sucumbido: yo quise sucumbir pero no pude.

Fué sólo cuando vencí, cuando arrojé lejos de mí la tentación, que pude darme cuenta de cuán infructuoso habría sido ese crimen para mí, porque tarde ó temprano, María sin duda hubiera sabido que el supuesto asesino de sir Mervyn había pagado la pena de ese asesinato, y que habría sido de nosotros entonces, cuando toda reparación hubiera sido imposible? Porque conociendo como conocía los menores pensamientos, los más hondos sentimientos de su impetuosa naturaleza, no podía ocultárseme que semejante noticia hubiera sido un golpe de muerte para ella.

Peró ¿qué había que hacer? Viendo que no podría llevar á cabo la infamia que me atreví á considerar púseme á buscar otra escapatoria. ¿Si yo volviese á Inglaterra y me acusara á mí mismo ese crimen? Por la salvación de María, era capaz de correr ansiosamente á dar mi vida. Miré el estado mental en que me hallaba, cuando me puse á estudiar este medio en todos sus aspectos, y por un momento creí que había hallado la solución de mis dificultades. Me maravillo de que mi cerebro pudiera desviarse así. Reí luego amargamente ante lo absurdo de mi nuevo plan, en el cual olvidaba á María, y no pensaba en el efecto que le produciría sa-

crificio semejante. Olvidaba que ella me amaba tanto como la amaba yo, y que mi muerte por su causa — por salvarla de las consecuencias de aquella horrible noche — sería una expiación, si algo necesitaba ella expiar, la más espantosa que podría imaginar mente alguna, diabólica ó humana.

¡No! Ni pecando contra mi prójimo ni con el sacrificio voluntario de mi propia vida, podía yo salvarla. Después de mis penosas luchas mentales, de mis solitarias horas de angustia y salvajes lucubraciones, veíame forzado á volver á mi punto de partida. María debe entregarse á sí misma y libertar á ese inocente. No habla ciertamente alternativa.

¡Y un día perdido, enteramente perdido! ¡El juicio es el día 20! Para llegar á Inglaterra, para llegar á Tewinham á tiempo para detener el juicio, tenemos que viajar día y noche, al través de la ardiente España, al través de la agradable Francia, y correr hasta alcanzar la tierra en que nacimos, envuelta hoy en la calma rica de su temprano otoño. ¡Debo llevar de la mano á mi esposa, á mi amor, hasta su ruina!

Me levanté del suelo, sentime fatigado como si me hubieran abrumado de golpes todo el cuerpo, teniendo que arrastrarme lentamente hacia mi casa. "¡Ella debe saberlo, debo saberlo! Pero cómo decirsele!" murmuraba yo mientras marchaba. Mi aspecto debía ser desastroso porque me pareció que varios sevillanos serios me miraban con extrañeza al pasar, y como un cobarde que retiene el paso al dirigirse al ca-

dalso, así anduve hacia la puerta de nuestro risueño hogar, y con vacilante pie crucé el embalsamado espacio en que habían corrido las horas más dichosas de mi vida.

Al entrar, asaltóme el recuerdo de no sé qué historia que una vez leí—fabula feroz de una edad muerta. Era un prisionero á quien sus verdugos obligaron á encajar un puñal en el corazón de la que amaba. No sé dónde leí esto, pero tal era mi caso. ¡Compadézcanme!

XIII.

La última esperanza.

Mi madre y mi esposa estaban sentadas en el patio, y parecían la encarnación de la felicidad serena. Sus anchos abanicos—el manejo del abanico lo adivinó María, mientras que mi madre tuvo que adquirirlo con la práctica—lánguidamente se mecían de aquí para allí. El redondo brazo izquierdo de María caía extendido, y su linda mano se hundía en el agua clara que surgía de una fuente y llenaba una taza de blanco mármol, en la cual serpeaban dorados pececillos. Movía ella con gentileza sus afilados dedos para asustar á los tímidos nadadores, de cuyo terror sonreía, y me parece que mi madre la reñía por la consternación que producía ella en la república de los brillantes peces.

Aun dura en mi mente el cuadro aquel. ¡Que cuadro! Puedo sentarme en mi silla, dejar la pluma, y evocar los menores recuerdos de

dalso, así anduve hacia la puerta de nuestro risueño hogar, y con vacilante pie crucé el embalsamado espacio en que habían corrido las horas más dichosas de mi vida.

Al entrar, asaltóme el recuerdo de no sé qué historia que una vez leí—fabula feroz de una edad muerta. Era un prisionero á quien sus verdugos obligaron á encajar un puñal en el corazón de la que amaba. No sé dónde leí esto, pero tal era mi caso. ¡Compadézcanme!

XIII.

La última esperanza.

Mi madre y mi esposa estaban sentadas en el patio, y parecían la encarnación de la felicidad serena. Sus anchos abanicos—el manejo del abanico lo adivinó María, mientras que mi madre tuvo que adquirirlo con la práctica—lánguidamente se mecían de aquí para allí. El redondo brazo izquierdo de María caía extendido, y su linda mano se hundía en el agua clara que surgía de una fuente y llenaba una taza de blanco mármol, en la cual serpeaban dorados pececillos. Movía ella con gentileza sus afilados dedos para asustar á los tímidos nadadores, de cuyo terror sonreía, y me parece que mi madre la reñía por la consternación que producía ella en la república de los brillantes peces.

Aun dura en mi mente el cuadro aquel. ¡Que cuadro! Puedo sentarme en mi silla, dejar la pluma, y evocar los menores recuerdos de

aquel tiempo. Nada excepto el dolor, se ha borrado nunca ó dejará de borrarse en mi memoria.

Fué una fortuna para ambos que sólo yo hubiera tenido que sostener la lucha en la sociedad, donde nadie podía verme ni yo ver á nadie. Y aun así, sabiendo el cambio que mi revelación debía operar, me detuve, y una sombra de la tentación de la mañana se alzó ante mí. Pero se alzó tarde. Mi turbación me delataba. María me había visto, y la mirada de mi madre siguió la suya. Hice un esfuerzo y fui hacia ellas del modo más airoso que pude, mientras mi madre me lanzaba un reproche burlón por mi deserción vergonzosa del lado suyo y de María; bien que sus palabras caían sin significación en mis oídos. Mis ojos se encontraron con los de mi esposa. No traté de ocultarle nada: ¿para qué? Lo peor había acontecido, y la expresión de mi semblante debió haberle dicho la verdad. Yo vi demudarse el suyo como por súbito recelo; sus labios temblaron, miradas de angustia partieron de sus ojos, y entonces conocí que no había remedio alguno para mí.

Se levantó, apenas vió que con un pretexto cualquiera me había dirigido á mi habitación: un momento despues se hallaba al lado mío.

—Alberto, esposo mío, mi amor, murmuró, sucedió lo previsto.

Dejó caer mi frente sobre la mesa y sollozé alto, mientras el brazo de María me rodeaba el cuello.

—Amado mío, yo sabía que había de suceder, hace tiempo que lo sabía. No llores, Alberto, una vez más te digo que no soy digna de tu amor.

Cubrí de besos su rostro amado, y le estreché contra mi pecho, en tanto que le suspiraba palabras amorosas. Ella sonrió lánguidamente y me miró con desesperación, con una mirada que me destruyó el pecho enteramente.

—Dime lo todo, amor mío, me dijo con calma; déjame saber lo peor.

No pude hablar, no había modo de que me vinieran las palabras. Con mano temblorosa, pues, saqué el periódico y le señalé los renglones fatales. Ella los leyó con una tranquilidad que me alarmó.

—Sabía que así debía acontecer, fué todo lo que dijo.

Me arrodillé á sus plantas, la abrace; me hallaba medio loco, y exceptuando las demostraciones mudas de mi inmortal amor, nada nos dijimos durante largos minutos.

Y luego, con gran fuerza, me tomó la cabeza, la levantó y me miró con sus dulces y melancólicos ojos.

—Alberto, querido mío, ¿cuánto te equivocaste! La razón es la razón, y el error es el error... ¡Mira lo que has hecho! Si no te hubieras empeñado en salvarme, yo solamente habría tenido que responder por esto. Mientras que ahora tú y yo, y acaso un tercero—un inocente—nos hundiremos juntos.

—¡Piedad de mí, piedad de mí, le dije; si me amas, ten piedad de mí!

Ella me besó.

—Amado mío, olvidame. Yo no debería culparte; la sola culpable soy yo.

Y cambiando repentinamente de tono, me dijo:

—¿Cuándo salimos para Inglaterra, Alberto?

Aunque esperaba esta pregunta, temblé y salté cuando la oí, porque demasiado sabía lo que significaba ir a Inglaterra. Significaba ver a María de pie ante el tribunal abierto, junto al banquillo de los acusados, atrayendo las miradas de la multitud, delatándose a sí misma en el asesinato de su esposo. Al imaginarme este cuadro, una vez más, la última, me asaltó la tentación aquella.

Hablé pero desviando mis ojos de los suyos, érame imposible mirarlos; y mi voz, bronca y extraña, sonaba como la de otro hombre. Una especie de resolución me dominó, la de que, si María no se oponía, yo podría soportar toda la deshonra.

—Escucha, le dije rápidamente. Estamos lejos, en seguridad. Nos amamos mutuamente. Podemos ser dichosos. Deja a ese hombre que corra su suerte. ¿Qué puede importarnos, mientras nos amemos y vivamos juntos?

Sentí que sus ojos buscaban los míos, y me pareció que se operaba un cambio en la presión de su mano. Conoci por esto que ella era más noble y mejor que yo.

—Alberto, me dijo blandamente y hablando

como en un sueño, no es mi esposo, no es el hombre que amo, quien ha dicho eso. Te lo perdono en nombre de tu gran amor, en nombre de todo lo que has hecho é intentado hacer por mí. Dime ahora, ¿cuándo partimos para Inglaterra?

Sus palabras me trastornaron y confundieron, y nunca en lo más álgido de mi pasión la había amado como sentí que la amaba en ese instante. Le pedí un perdón que ella volvió á concederme, y repitió su pregunta una vez más.

Con la tranquilidad que suele dar la desesperación, consulté la guía de ferrocarriles, y encontré que dejando á Sevilla al día siguiente por la mañana en el tren primero, podíamos, viajando noche y día, llegar temprano en la mañana del 20 á la ciudad donde se verificaba el proceso. Hicé saber á mi mujer el resultado de mi investigación, y después de asegurarle que acaso podríamos aun ahorrar tiempo, dejó á mi cargo el arreglo del viaje.

Tras esto se presentó una cuestión penosa ¿debia mi madre saberlo todo? María, que quizás en lo secreto de su corazón suspiraba por el apoyo de una mujer en su terrible trance, insistió al principio en que le hiciéramos la confidencia—¿y! esa confidencia que en breve sería la murmuración de todo el mundo. Yo le supe que lo meditara bien, y que por lo menos no oprimiéramos así el corazón de mi madre hasta el último momento. No podíamos llevarla en nuestra precipitada marcha; nosotros éramos jóvenes; pero ella no. La fatiga unida al

dolor era más de lo que podría ella soportar. Y no me hacía á la idea de que quedase sola en Sevilla esperando las malas nuevas que entonces sabría que debían venirle de Inglaterra á los pocos días. Así, me parecía que lo mejor era no decir nada respecto del trance en que nos encontrábamos, sino partir en secreto dejándole cualquier explicación más ó menos plausible de la conducta nuestra.

Para alivio mío María consintió al fin en esto. Entonces, después de un largo y doloroso abrazo, fuimos á unirnos con mi madre para comer y comportarnos de modo que no pudiese sospechar la tempestad que rugía en nuestros corazones. No sometimos nuestros nervios por mucho tiempo á tal tensión, me parecía que cada momento de aquellos pasado de otro modo que no fuese á solas con mi esposa, era un tesoro precioso mal gastado, una pérdida que habría de echar de menos por siempre. Muy temprano, pues, fingimos cansancio y nos retiramos á descansar. ¡Qué descanso!

María dió las buenas noches á mi madre con un abrazo tan largo y apasionado que temí la alarmase sobre todo, cuando yo la dije mi adiós velado, pero no menos expresivo. Porque ¿quién podría asegurar que nos volveríamos á ver? Yo no creo que María sospechase que al acompañarla corría yo algún riesgo; de haberlo pensado habría insistido en ir sola; pero yo sabía que la parte que yo había desempeñado en la obra de aquella noche traería severo castigo

sobre mi cabeza. ¡Qué iba yo á cuidarme de eso!

Triste y silenciosamente hicimos en el retiro de nuestro aposento los preparativos del viaje que íbamos á emprender á la aurora. No era necesario cargarnos de maletas; no íbamos á dormir en cama hasta que no se decidiera el juicio, y en cuanto al lugar de descanso de mi esposa, sólo el cielo sabía cuál podía ser. Pronto quedó terminado el empaque.

Escribí entonces una carta para que se la diesen en la mañana á mi madre, si ella misma no la recogía. Le dije que un asunto importante me llamaba á Inglaterra en el término de la distancia y que María había resuelto acompañarme; que tan pronto como llegásemos á Londres le escribiría. No di otra explicación y pensé que ella atribuiría aquella súbita fuga, á la naturaleza errática que ya muchas veces me había echado en cara.

Después de todo, el engaño significaba poco; y dentro de una semana no significaría nada. Pena profunda pena sería mi porción, y ella por el afecto que nos profesaba á María y á mí se vería forzada á compartirla.

Ya todo listo para la partida tratamos de conciliar algunas horas de sueño; ¡ah! nuestros esfuerzos quedaron tristemente burlados: ¡la última noche que podíamos pasar solos y unidos, no cerramos un momento los ojos mi esposa ni yo! Pero permitáseme velar mi cruel angustia y la tranquila conformidad de María con su

suerte; hay dolores muy sagrados para ser descritos.

¡La mañana, la alborada radiante, amplia, pura, fresca y llena de aromas! Nuestro insomnio al menos nos ha librado de la angustia del despertar y nos ha dado momentánea tregua para admirar la belleza del universo, para recordar lo que esta mañana nos trae.

Dándonos tiempo suficiente para llegar á la estación del ferrocarril, salimos de nuestro aposento, y llenos los ojos de cegadoras lágrimas atravesamos el agradable patio. Me detuve en el centro, arranqué un ramo de azahares del gran naranjo, lo besé y se lo presenté á mi esposa. Sin decir una palabra se lo colocó en el pecho, y al separar el abrigo para hacerlo, noté que tenía el mismo traje que llevaba la noche fatal. Aunque era de más inconveniente, dado el calor casi tropical que íbamos á sentir durante el viaje, no me atreví á observárselo. Entonces, más que en otro cualquier tiempo, sus menores deseos debían ser leyes para mí.

Abrí sin hacer ruido la maciza puerta de madera que cierra de noche la entrada del patio, y salimos sin ser vistos á la calle oscura y estrecha. Nuestro equipaje era ligero y pude llevarlo fácilmente hasta la estación, que no estaba á gran distancia, y á la que llegamos demasiado temprano.

Habíamos de esperar algún tiempo antes de que el tren, que como verdadero español no consentía por nada de este mundo en que lo apuraran, se dignase aparecer. Nos sentamos

en silencio. Al cabo el dignísimo tren condescendió en moverse hacia adelante. Sentados lado á lado velamos con firmeza la hermosa ciudad de donde huíamos, la vimos hasta que ya nada más se percibía de ella, hasta que la alta cúspide de la Giralda se perdió de vista. Creo que entonces fué cuando pudimos darnos cuenta del fin al cual corríamos.

Los tres días siguientes con sus noches me parecen ahora un confuso sueño. Por minutos íbamos acercándonos á la verdad de nuestra suerte, y por el mismo terreno que habla atravesado algunos meses antes con sentimientos no menos agitado. Me indignaba la idea de cuán inútiles habían sido mis esfuerzos extremados y al parecer felices. Y no por falta alguna de precaución, ni compelidos por la ley, ni obligados por una fuerza; sino simplemente en acatamiento al gran dictado de lo bueno y lo malo era que, de propio acuerdo, volvíamos sobre nuestros pasos á hacer frente al peligro de que habíamos huido. ¡Oh amarga ironía del destino!

¿De que servía el dinero? ¿Qué era sino un montón de escoria! Sólo un servicio pudo rendirme en esa travesía, uno sólo, ese oro que tan libremente dejé correr, y fué el de permitirnos á María y á mí la soledad, el derecho de estar solos mientras durase el viaje, y nada más.

Sin embargo, aunque solos, hablamos poco; nuestros pensamientos no eran tales que pudiesen expresarse con la palabra. Su mano en la mía, su cabeza reclinada en mi hombro, dur-

miendo cuando podíamos, despertando y mirándonos mutuamente á la cara—tal viajamos, sabiendo que cada milla de terreno que atravesábamos, calentado por el sol ó alumbrado por las estrellas, nos acercaba al fin. ¡Ah! ¡bien comprendí por qué dos amantes amenazados por alguna gran desgracia pueden darse la muerte, y morir sonriendo en brazos el uno del otro! Así lo habríamos podido hacer, pero nuestra muerte habría hecho perecer á ese extranjero al que íbamos á salvar.

Así, como en un sueño, pasaron las horas, los días y las noches; apenas echaba á veces una mirada á través de la ventanilla del carruaje, lo mismo me era cruzar por el más bello de los paisajes, que por el más árido de los desiertos, el mundo para mí estaba adentro.

Sólo al dejar atrás á París, que parece hoy estar á tiro de piedra distante de Londres, fué que desperté y reuní todas mis fuerzas para discutir con María nuestro plan de acción. La manera propia de obrar, me parecía, era la de dirigirme á un abogado, exponerle el caso y dejarlo en sus manos; pero no podía resolverme á hacerlo. Nuestro secreto había sido hasta ahora sólo de los dos; además, en medio de la miseria de esas horas, me iluminaba un rayo de esperanza. Si era posible conseguir de María que se dejase guiar por mí, y siguiese mis instrucciones, aún estaba dentro del círculo de lo posible nuestra salvación, pura y honradamente lograda.

—Amada mía, murmuré, esta noche estaremos en Londres.

Sus dedos apretaron los míos y dijo:

—¿Y estaremos á tiempo en Tewnham?

—A buen tiempo. Pero óyeme María.

—Alberto, si me amas, no pronuncies una sola palabra que tienda á disuadirme.

—Está bien; pero escucha. Si permites, amada mía, que te dirija, todavía ahora podemos contar con buen éxito. Ese hombre...

—¿El infeliz que está en mi lugar?

—Sí, óyeme. No quiera el cielo que sean de tentación mis palabras para ti. Ese hombre, sin duda, es de alguna esfera muy baja de la vida; y yo, María, soy rico, muy rico.

—No te entiendo, dijo, oprimiéndose la frente con su blanca mano.

—El dinero todo lo compensa. Deja que se presente á juicio; él es inocente, y si hay justicia en el país, debe declararlo libre de culpa.

—¿Pero la agonía de ánimo por la que habría de pasar?

—Esa, se la pagaré con creces. Quizás sea algún aldeano para quien mil libras significan inextinguible riqueza. Pero sea cual fuere su estado, es seguro que al recibir una compensación de mano desconocida, bendecirá el día en que cayó bajo la injusta acusación. Reflexiona, mira el asunto por todas sus facetas. Yo te juro que en mi opinión podemos con tranquila conciencia aguardar al fin del juicio.

Me vió, pero no dió respuesta alguna. Su silencio me llenó de alegría, pues comprendí que

mis espaciosos argumentos tenían peso para ella. Tomé sus manos, las besé, y seguí repitiéndole que la amaba, que nuestras dos vidas dependían de su docilidad.

Tardó mucho en ceder. La idea de que un semejante suyo estaba encerrado, quizá durante meses en una prisión, iba á ser expuesto mañana á la vergüenza delante de sus jueces, y todo por un hecho cometido por ella, angustiaba su noble corazón. Entonces, desesperado ya al ver que la última tabla que podía salvarnos del naufragio la rechazaba ella por lo que, á mi juicio, no era sino un escrúpulo exageradísimo, usé mi último y más poderoso argumento. Le dije que no sólo iba á sufrir ella por ese acto inconsciente, sino que yo, su esposo, pagaría la pena debida como cómplice después del crimen.

Perdóneme el cielo la pena que causaron mis palabras en su amante corazón. María á quien la inteligencia de mi riesgo hirió como un rayo, cayó de espaldas en su asiento, pálida y trémula. A haber dudado alguna vez de que el amor de María hacia mí, era como el mío hacia ella, esa escena habría disipado toda duda de mi ánimo.

Rogó y suplicó que la dejase sola en la próxima estación para terminar ella el viaje y hacer su confesión. Mi respuesta fué breve, pero suficientemente larga para quitarle la idea de que yo pudiese consentir en tal cosa. Entonces, por mi bien, cedió.

—Con una condición, una sola, dijo.

—Déjate guiar por mí en esto; en todo lo demás procede como gustes.

—Yo debo asistir al tribunal, Alberto; debo ver y oír todo; si condenan al hombre, no debe haber ni un minuto de tardanza, sino que entonces y allí debo proclamar la verdad.

—Tú debes de estar cerca, muy cerca; y yo estaré presente.

—No. Yo debo presenciario todo, y si sucede lo peor, debo, antes de que se pronuncie la sentencia, levantarme y proclamar su inocencia.

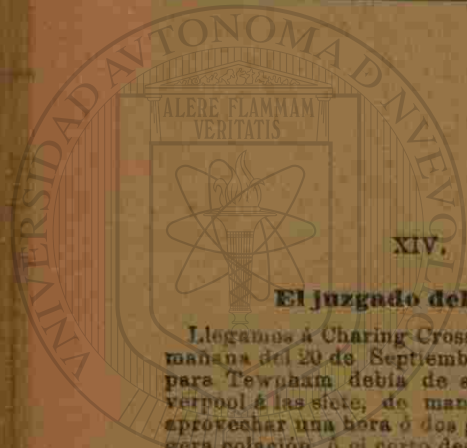
—Todo eso podría hacerse después.

—No, hay que hacerlo inmediatamente. Piensa, Alberto; ponte en su caso. Nada puede compensar la angustia de sentirse condenado á muerte por un crimen del que nada se sabe. Debo estar allí; prométeme que estaré, y por tu bien, haré lo que deseas.

Fué la mejor concesión que pudo obtener, y prometí lo que quiso. Oculté el hecho de que si al pronunciar la sentencia, se levantaba en el tribunal una mujer á asegurar la inocencia del reo y su propia culpa, la lanzarían sumariamente del salón según todas las probabilidades. Eso no importaba. Qué María calle, que la inocencia del hombre quede probada, y con el tren próximo podríamos volvernos á Sevilla.

Si, ¡todavía entonces había esperanza!

DE BIBLIOTECAS



El juzgado del crimen.

Llegamos á Charing-Cross á las cuatro de la mañana del 20 de Septiembre. El primer tren para Tewnham debía de salir de la calle Liverpool á las siete, de manera que podíamos aprovechar una hora ó dos para tomar una ligera colación, ó el corto descanso que nos atreviésemos á permitirnos. A la verdad, más dispuestos estábamos para irnos á la cama y dormir por una semana, que para proseguir hasta la última estación de nuestro triste viaje.

No había medio, empero, y si queríamos llegar á tiempo era necesario que tomásemos el tren de la mañana. Supliqué á mi esposa que se inclinase á hiciera por conciliar, siquiera por una hora, el sueño, pero ella rehusó con firmeza mi proposición. La calma que le había caracterizado desde el momento en que le descubrí las nuevas fatales, se desvanecía en ella casi por completo, y la iba reemplazando una ex-

citación disimulada, pero claramente manifiesta, sin embargo, á mis ojos. El temor de que no llegásemos á Tewnham á tiempo para el juicio, parecía acosarla sin cesar, y fué por esto que se negó tan perentoriamente á dormir unos instantes: temiendo acaso que una vez cerrados nuestros ojos, nos quedásemos dormidos, de puro cansancio, durante horas y perdiésemos el tren de la mañana. Constantemente se presentaba á sus ojos el cuadro horrible de aquel hombre inocente arrancado del tribunal con la sentencia de muerte resonando en sus oídos.

El tiempo que transcurrió, pues, antes de que partiésemos para Tewnham, lo pasamos en el hotel, en el cual ya yo había pedido cuartos por el telégrafo desde que llegamos á Folkstone. Con mil excusas pedimos una comida, aunque en realidad cualquier cosa que consiguiésemos á esa hora de la noche era por sí misma una excusa. Silenciosos nos sentamos, atentos á las manecillas del reloj que nos indicaban cuán presto pasaban aquellos preciosos momentos: vimos la obscura luz de la mañana con la amarillenta luz del gas y cómo acabó por vencerla: escuchamos el ruido sordo del tráfico mas y más creciente en las calles cercanas y fué entonces que pensamos en darnos lo que en justicia pudiera llamarse nuestros últimos adioses. ¿Quién podría decir si en ese día yo nos separábamos para siempre mi esposa y yo?

En el hotel traté de obtener los últimos números del Times. Quería ver si encontraba en-

tre los atrasados la relación de los procedimientos jurídicos contra el desgraciado Guillermo Evans. De seguro que había aparecido ante el tribunal inferior, y si lograba ver los pormenores de su presentación me era fácil juzgar de la fuerza de la acusación. Pero no se halló la colección, ó no la había, ó acaso el soñoliento criado tentón no entendió lo que yo quería; así es que, á obscuras todavía en cuanto á la causa que hiciese recaer la sospecha en ese hombre inocente, dejamos el hotel y bajamos al paradero de la calle Liverpool.

A las nueve había terminado nuestro viaje; estábamos en la estación del ferrocarril de Tewnham. Mi pobre esposa llevaba un espeso velo negro que le ocultaba el rostro, pero yo sabía que estaba pálida como la muerte. A intervalos, su mano apoyada en mi brazo lo oprimía convulsivamente. ¡Creo que éramos el par más infeliz de la tierra.

Ni siquiera tuvimos tiempo para expresarnos nuestros dolorosos pensamientos ni para decirnos un adiós más; ya sonaba la hora en la vieja torre de la Catedral. Yo sabía que los tribunales se abren á las diez, y considerando la multitud que seguramente atraería una causa tan interesante como la de este juicio, por un asesinato cometido tantos meses hacia, pensé que si no íbamos en seguida á Shirehall, se nos haría muy difícil la entrada. Llamé uno de los coches cerrados que paraban fuera de la estación, y al hacerlo sentí sobre la espalda una

mano pesada y una voz sonora, agradable y no del todo desconocida, que exclamaba:

—Alberto North, tan cierto como que yo soy un pecador!

Eso de que alguien se dirigiese en aquellos momentos á Alberto North de un modo alegre, me pareció la mayor incongruencia; volvíme, pues, casi enfadado, y me encontré faz á faz con un antiguo amigo. Era un abogado de nombre Grant, cuatro ó cinco años mayor que yo, y con el que, antes de retirarme de mis amistades, tenía yo contraída cierta intimidad. Largo tiempo hacia que no lo había visto, aunque sí supe, casualmente, que estaba alcanzando grandes triunfos en la carrera forense.

A pesar de mi estado le devolví su mano. En medio de todo sentí alivio al encontrar que aun tenía amigos en el mundo.

—¿Qué le trae á usted aquí? pregunté.

—Lo único que pudiera traerme á este lugar, un asunto judicial de este círculo. Tengo hoy un caso importante aquí. Este es el peor lugar de las cercanías de Londres, se siente uno tentado á pasar la noche en la ciudad, lo que significa levantarse á una hora no muy santa de la mañana.—¿Y usted? ¿por qué aquí? Supe que estaba rico y viviendo lujosamente en el extranjero.

—He estado fuera por algún tiempo y pienso volverme pronto.

—¡Hombre feliz! exclamó.

Apenas si pude reprimir una amarga son-

risa al pensar cuán mal aplicadas estaban sus palabras.

Al hablar miró á María, cuya gracia y belleza de formas desafiaban el velo espeso y los obscuros vestidos que pretendían ocultarlas.

—Pero ¿qué le trae á usted á esta vieja ciudad dormida? continuó Grant.

Dudé por un momento, mas pensando luego que la verdad, al menos á medias, era lo mejor que podía decir, le confesé que venía á presenciar el juicio por asesinato.

—Dudo que le sea á usted fácil entrar al tribunal; dicen que es muy grande el interés malo despertado por esa causa en los alrededores. El alcaide está cercado de pedidos para entradas.

—¿No podría usted ayudarme? Yo deseo estar presente en ese juicio, no por mera curiosidad, sino por razones particulares.

—No sé si pueda. ¿Desea su... la señorita ir con usted?

—Mi prima, sí, le contesté viendo que solicitaba una presentación.

El se descubrió pronunciando alguna frase agradable y cortés á la que María, con gran sorpresa de mi parte, contestó precisa y tranquilamente.

Grant sabía que yo no tenía hermana, y la llamé prima porque abrigaba una última esperanza de que, si acontecía lo peor, podría ocultar nuestras verdaderas relaciones, para poder así servir de testigo en su favor. Conté tam-

bién en que mi esposa comprendería que tenía buenas razones para esa simulación.

—Trate de arreglarme eso, Grant dijo tan seriamente que mi amigo no presentó más objeciones.

—Deme un asiento en su carruaje y veré lo que pueda hacer.

Mientras nos dirigíamos á Shirehall pregunté á Grant qué sabía del juicio pendiente.

—Nada, dijo con franqueza, odio esas causas por asesinato y me repugna hasta leerlas. Sé, por supuesto, que sir Mervyn Ferrand fué muerto y escondido por muchos días bajo la nieve; pero no sé más.

—¿Quién es el acusado?

—No sé. Creí por la ansiedad de usted que le era conocido.

—Lo condenarán.

—Lo ignoro. Aguarde; ayer oí decir á uno que debe estar bien informado que la acusación es de lo más endeble, y me pareció que dudaba de si el gran jurado encontraría culpable al acusado.

Al oír esto oprimí en secreto la mano de María. La sentí trémula.

En pocos minutos llegamos á Shirehall, no por la entrada pública, frente á la que pude ver una multitud que bloqueaba casi la calle. Nos detuvimos en otra puerta, y Grant, después de mirar á su alrededor, se fijó en uno que parecía ser inspector de policía. Conversó un momento con él y en seguida nos encomendó á su cuidado.

—Esta es una infracción de la ley, murmuró á mi oído mi amigo al despedirse. Usted la compensará con una bonita gratificación.

Seguimos á nuestro guía. María, aunque caminaba con paso seguro, se apoyaba con firmeza en mi brazo. Apenas sé por qué puerta entramos á ese palacio de justicia. El robusto agente de policía nos condujo por corredores y pasadizos de piedra, cuyos ecos repetían el ruido de nuestros pasos, hasta que por último nos encontramos delante de una sencilla puerta de encina de doble batiente, sobre la que estaba escrito en caracteres ingleses antiguos: "Juzgado del Crimen."

Sentí temblar á María y comprendí que la vista de aquellas palabras hacía aparecer ante ella todo el horror de la situación. Automáticamente prese un soberano en manos del venal inspector, ó lo que fuese; y tomando de la mano á mi esposa, pasó por la puerta de silenciosos batientes y entró al tribunal vacío.

Paseaban allí algunos agentes y otros oficiales de policía. Dos ó tres personas que de seguro habían obtenido admisión del mismo modo que nosotros, estaban sentadas en algunos asientos ventajosos. Conduje á María por las anchas gradas y le señalé uno de los bancos de madera sólida provistos para el acomodo del público, y que se levantan escalonados uno sobre otro. Escogimos un puesto como á la mitad de la altura y á la derecha del salón. María, desconocida bajo el tupido velo que le caía hasta la barba, cayó fatigada en su asiento. Me

senté al lado y tomé entre la mía su mano cubierta bajo la manta que llevaba.

Pero no, aquello fué sólo un sueño horrible y realista. Al despertar habria de encontrarme bajo el gran naranjo de aquel patio de la alegre Sevilla, tirados á mis piés mi cigarro á medias gastado y el libro que perezosamente leía; mi madre enfrente, reiria de mi somnolencia, y la mirada grave de los negros ojos de María, llena de tranquilo é imperecedero amor, estaria fija en los míos. Luego saldríamos á pasear por las alegres calles, á vagar en la Alameda, á discurrir por los espléndidos jardines del Alcázar, ó á recorrer en carruaje millas y millas á través de fértiles y risueñas llanuras. O iba á despertar para encontrarme dormitando en mi solitaria quinta, sin más criatura humana á mi alrededor que el estólido Juan... ¡La vuelta de María, la tempestad de nieve, el horrible descubrimiento, la fuga, Sevilla, el matrimonio... todo, todo sueño!

Con cierto estupor, reacción consiguiente, creo, de tanta fatiga y turbación, miré en torno mio y me maravillé de hallarme allí.

¿Qué significa este gran edificio vacío iluminado por un lado con grandes ventanadas semejantes á las de las iglesias? ¿Qué son estos muros grises, pesados y vacíos, ese altísimo techo raso cruzado y cortado en pequeños cuadrados por oscuras vigas, y este suelo de plomo sobre el cual los piés no producen ruido alguno? ¿Qué los palcos alzados á uno y otro lado del edificio, esas pequeñas plataformas adjun

tas á ellos y esa construcción enchapada de encina que se le sigue y queda á mi frente? ¿Qué es aquella construcción rectangular en forma de caja con su cornisa tallada? ¡Oh! ¡dejemos este lugar descolorido y triste! Despierte yo al fin en medio de las flores, los naranjos, las graciosas vistas y los alrededores de nuestra casa española.

¡No! Bástame volver la azorada vista hacia el centro del espacio en donde estamos para convencernos de que no sueño; de que hemos de esperar y saber nuestros destinos. Ese cerco oblongo de madera, de lados altos, coronada con una ligera reja de hierro, me trae á la realidad. Es el lugar del acusado. Dentro de una hora estará ahí de pie un hombre, que subirá á él por esa escalera de piedra que viene de abajo y de la que alcanzo á ver la grada superior. Estará ahí durante algunas horas, y al salir él, declarado inocente ó culpable, quedará decidido si ha de ser nuestra vida feliz ó miserable.

¡Mas que nunca oprime mi mano á la de mi esposa, porque los últimos minutos que acaso nos queden de estar el uno al lado de la otra se están deslizando rápida, rapidísimamente!

Ved, el reloj que está debajo de la galería señala las nueve y media; el desierto salón principia á dar muestras de vida; los agentes de policía y otros oficiales comienzan á ir y volver, ponen unos en orden los papeles, llenan otros los linteros y colocan portaplumas listos para los abogados y procuradores que van á ocupar esos asientos del frente. Alguno, y esto me pe-

rece una amarga ironía, dispone dos magníficos ramos de flores á derecha é izquierda de la silla vacía del juez. ¿Qué vienen á hacer las flores en semejante escena! Flores, ¡ah! que me recuerdan mi bonita mansión española que acaso no veré más; flores en este antro de penas, cuando más bien debieran cada asiento y cada columna estar revestidos de negro!

Todas las puertas del salón se abren y permanecen así. Oigo ruido como de muchas pisadas, y veo en seguida una corriente continua de gentes que atraviesan la entrada y se hacen camino á la porción de la sala destinada al público. Tan presto se entra y tan apiñada está esa multitud, que en diez minutos ha quedado literalmente lleno todo ese espacio. María y yo nos juntamos hasta apretarnos, porque en el banco en donde estamos sentados no ha quedado ni una pulgada que no esté ocupada. El juzgado está lleno.

Y la multitud compacta que ocupa el local está compuesta de personas de apariencia respetable, bien vestidas y que han logrado entrar, lo que oigo, gracias al favor del alcaide. Sin embargo, así respetables como parecen, cada uno de esos hombres y mujeres se lanza con avidéz sobre el mejor puesto aprovechable y lo disputa. ¿Para qué? Para ver y oír juzgar á un pobre desgraciado. En mi amarga situación veo con mirada de odio á esos buscadores de impresiones; más aún los odio al pensar que acaso su ansia mórbida de excitación sea satisfecha con un pasto que ellos no aguardan, y

aprieto los dientes al figurarme la escena en el instante en que María, obedeciendo á su inmutable resolución, se levante y se esfuerce en proclamar su propia culpa y la inocencia del convicto. Y por más que luche y trate de lanzar de mi ánimo ese cuadro diciéndome que la justicia no puede errar, que el acusado quedará en libertad, me sobrecoje de nuevo el terror, y odio todos y cada uno de los rostros de esa turba que, dentro de pecto, verán quizás, con las bocas entreabiertas, maravillados y curiosos la mujer que amo.

Como á través de una bruma, miro algunas caras que me son familiares. Entran varios caballeros y toman asiento en los bancos que generalmente ocupan los abogados. Conozco de vista á algunos de entre ellos. Son personas vecinas de Roding llamadas á servir en el gran jurado. Miro también allí esa mujer de rostro flaco y aguileno que se llama señora Wilson, y me complace el que no nos vea, aunque está sentada enfrente de nosotros. Ella debe saber, como María y yo, que hoy va á ser juzgado un inocente.

Durante media hora permanezco así sentado, viendo, ahora la multitud, ahora el lugar vacío del reo y el banco desocupado que está delante de mí; oyendo el rumor de la conversación que sale del salón repleto; deseando que llegue el momento próximo en que ha de terminar esta terrible ansiedad, temiéndolo y queriendo alegrarlo. María, mientras tanto, á mi lado con su

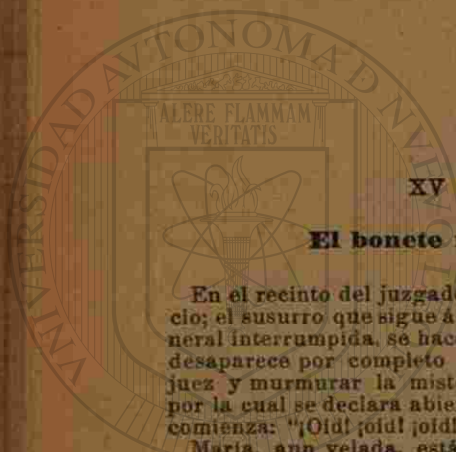
traje negro, tenía mi mano en la suya sin ser vista de sus vecinos.

¡Silencio! Se abre la puerta que está detrás del banco y alsonar las diez aparece el manto rojo del juez. Saluda, toma asiento, é indica por su actitud que está listo á abrir los trabajos del día. Jamás escudriñó un prisionero trémulo desde su banquillo el rostro de su juez, con mayor ansiedad de la que se apoderó de mí en ese instante al ver á su señoría.

Anciano, demasiado viejo, me pareció para puesto de tanta responsabilidad; amable, de buena presencia, y no de esos, llegué á pensar, que puedan soportar la reputación de "juez ahorcador." Murmuré una plegaria que le hiciese hábil para dirigir rectamente el curso de la justicia.

¡Ea, Ea! ¡Silencio en el tribunal! ¡Oh, pobre y dulce esposa, déjame apretar con más fuerza tu mano; el momento que por tantas noches y tantos días no ha abandonado ni un instante nuestros ánimos, ha llegado! ¿Qué habrá de traernos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



El bonete negro.

En el recinto del juzgado hay el mayor silencio; el susurro que sigue á la conversaci3n general interrumpida, se hace ya imperceptible, y desaparece por completo al ponerse en pie el juez y murmurar la misteriosa proclamaci3n por la cual se declara abierto el tribunal y que comienza: "Oid! oid! oid!

María, aun velada, está inm3vil como una estatua, su mano que permaneci3 en la mía apenas si responde á las repetidas presiones con que trato de animarla á esperar un buen resultado. ¡Cuánto no daría yo porque ella consintiese siquiera ahora en que la sacara de aquí pero no se lo propongo, porque bien sé que será gastar razones en balde.

Está abierta la sesi3n. El juez, vestido de rojo, hojea las cartas y papeles que tiene delante con tanta calma é indiferencia como si no dependiese grandemente de la vista que él tome

del caso en cuesti3n la felicidad, por lo menos, de un hombre y una mujer. Toma uno de los ramilletes y aspira el aroma de las flores. ¿Cómo podrá conducirse un hombre en su posici3n lo mismo que otro mortal? A no estar aquí nosotros, quizás condenaría á un inocente á muerte vergozosa. No comprendo que con tal responsabilidad como la que pesa sobre un juez, pueda ser realmente feliz.

Estos pensamientos parecerán triviales, pero tan extraño es el estado de mi ánimo en estos momentos y tan sensible, que cualquier incidente ligero, cualquier ceremonia insignificante de las que se verifiquen hoy, se graba, de seguro, para siempre en él.

Un personaje atareado, secretario del jurado según dice mi vecino al que está á su lado, se levanta y nombra sucesivamente los veintitres caballeros que forman el gran jurado. Estos se ponen de pie en sus puestos y se adelantan á juramentarse en grupos de á cuatro. ¡En seguida se lee la absurda prevenci3n contra el vicio y la inmoralidad! ¡que sea para bien de todos los presentes!

El secretario toma asiento y luego el juez deja sus papeles y asume sus funciones.

Pone en regla primero y á su satisfacci3n la toca, se inclina hacia adelante, junta las falanges de sus largos dedos blancos y se dirige—se confía, me dicen que es la expresi3n propia—al gran jurado en tono agradable y de colofón. E-fuerzo mis nervios auditivos para coger el sentido de las palabras que se deslizan

de sus labios, porque de seguro está diciendo algo relativo á esta causa importante, y quizás pueda saber cómo se sospechó de ese hombre.

¡Ah! el juez es hombre que á fuerza de años de práctica ha adquirido la facultad de usar su voz justamente lo necesario. El gran jurado que está allí junto á él lo oye, sin duda; pero los que, como yo, están lejos, en el fondo del salón, no pueden oír sus observaciones. Todo lo que puedo escuchar es la caución final al gran jurado de que tenga en mientes que no le incumba determinar la inocencia ó culpabilidad de los acusados, sino simplemente decidir si hay ó no evidencia suficiente para proseguir la la causa.

El gran jurado desfila y se dirige al lugar señalado para sus solemnes deliberaciones. El juez dirige sonriendo algunas palabras al alcalde y á otros personajes que, de derecho ó por favor, ocupan asiento en el banco; luego vuelve á registrar sus papeles.

Por primera vez desde que entramos me dirige María la palabras:

—¿Están ya juzgando? pregunta con un tímido murmullo, y en voz tan cambiada que bien comprendo cuánto le cuesta esta ansiedad. Brevemente le explico lo que sé del procedimiento legal, me contesta con una mirada inteligente y vuelve á callar.

Vuelve la monótona enumeración de nombres á la que esta vez responde otra clase de personas. Se están llamando los jurados comunes, y quizás para ahorrar tiempo envían doce

hombres al palco del jurado, en donde se sientan, unos como gozando de la dignidad de puesto, otros con estólida indiferencia y algunos manifestando claramente su disgusto. Me fijo en estos hombres con escasamente menos interés del que me inspira el juez, porque en ellos ó en algunos de entre ellos está nuestra suerte más quizás que en el mismo juez. Esos hombres nos están juzgando al mismo tiempo que al que dentro de poco estará en ese encierro coronado de rejas que se vé allá abajo.

Pasan pesadamente veinte minutos. Todas las miradas se vuelven á una galería de madera situada en el ángulo derecho del salón, se abre una puerta por la que salen los miembros del gran jurado y llenan la galería. El presidente se arma de una gigante caña de pescar, á la cual ata un papel que pasa por este método grotesco á manos de ese señor tan ocupado el secretario del jurado.

¡Cuán necio me parece todo esto!

El empleado desprende el documento, le da una rápida mirada y se dirige así á la galería:

—Caballeros del gran jurado, ¿creéis con lugar la causa contra Guillermo Evans por asesinato?

—Sí, contesta el presidente con solemnidad.

Necios, me dije cerrando con fuerza los dientes, si hombres de buena posición y de cultura yerran así, qué puede esperarse de un jurado vulgar? Por fortuna ó la caución del juez ahora poco, y me consuela pensar que no han juz-

gado el hombre sino la evidencia. ¿Y cuál puede ser? Pronto lo sabremos.

El empleado se vuelve y sin dirigirse á ninguno en particular, dice:

—Que suba el prisionero.

Una vez más me inmuto: siento que tiembla el brazo de María y que se enfrían sus manos; oigo cómo corre por la sala apiñada un murmullo de ansiedad, y veo que todos los ojos convergen á un punto, el palquete vacío. Por un instante me sobrecoje una especie de deslumbramiento y veo girar ante mí todo: pero esa sensación pasa pronto, me recobro y ya el lugar aquel no está vacío: en el centro, con sendos robustos policías á los lados, está el acusado ¡el hombre que, llegado el caso, debe salvarse por tal sacrificio!

Desde mi asiento, situado en el fondo de la galería pública, no puedo ver sino la espalda del prisionero, y la veo sin embargo con intensa curiosidad, tratando de determinar el aspecto del hombre cuya vida está en la tela de juicio. Sólo puedo saber que es alto y delgado, viste con alguna decencia, pero con un traje que denuncia largo uso. Podía tomarse por un dependiente en desgracia, ó por un criado de buena casa fuera de servicio. Me regocijé su apariencia pobre, pues pensé que recibiría gustoso cualquier suma de dinero. Que el jurado ponga en claro su inocencia, y entonces estoy seguro de que la liberal, pecuniaria recompensa que intento presentarle, le pagará cien veces la ordalia por que está pasando.

¡Ordalia! Si, esta es la palabra apropiada; fácil es ver que todo eso es una terrible ordalia para ese pobre hombre; no es necesario verle el rostro para saberlo; aun al salir de las seldas de allá abajo parecía temblar de miedo. Ahí está inclinado hacia adelante, tanto que casi parece que va á caer, y agarrando para sostenerse la barandilla de hierro; cada movimiento de espaldas y de hombros que hace, denuncia miedo y angustia. Su estado es lastimoso, tanto que uno de sus dos custodios pone la mano debajo del desgraciado y le da así el apoyo físico de que tan necesitado está. Dobra la cabeza como avergonzado, y bien sé que si pudiera verle la cara la hallaría pálida como la de mi esposa ó la mía.

A pesar de la compasión que me inspiraba, me admiró la apariencia desesperada del prisionero. Aunque, en el caso de que condenasen á aquel hombre, estaba dispuesto á arrancarme el corazón del pecho por su seguridad, y aun cuando no me arrepentía de haber tomado esa resolución, debo confesar que su cobarde conducta quitó mucho de la simpatía que de otro modo me habría inspirado su inmerecido predicamento. Me sentía seguro de que, á estar en su situación, la conciencia de mi inculpabilidad me habría dado fuerzas suficientes para alzar la frente, mirar serenamente y cara á cara á todos los jueces, jurados y acusadores del mundo. Quise perdonarle todo lo que en semejante estado es obra de los nervios y no de uno, pero al fin tuve que suspirar con disgusto ante

aquella forma miserable, encorvada, medio de pie y medio tendida.

¿Por qué no se mantiene sobre sus piés siquiera? Harto comprendo que otra persona mira acaso con más vivo interés que yo á aquel abyecto miserable, y sé que cada actitud de vergüenza ó de miedo es comprendida por Maria y aumenta los escrúpulos que ella siente al seguir mi consejo de aguardar el resultado del juicio. ¡Ah! cada movimiento de agonía del prisionero allá abajo parece reproducirse débilmente en la mano que aprisiono con la mía; cada angustia que él sufre recorre el cuerpo de la mujer que sabe que el otro está sufriendo por la acción de ella.

El secretario lee la acusación: "Que el llamado Guillermo Evans, de acto deliberado, voluntariamente y con felonía, mató y asesinó á sir Mervyn Ferrand, barón."

Maria, en medio de la lectura, me atrajo á sí y murmuró muy bajo en mi oído:

—Alberto, esto es más espantoso de lo que yo me había imaginado, no puedo soportarlo más. Piensa en la angustia de ese pobre hombre; Alberto, acaso tenga también una esposa que lo ama y que está quizá en el tribunal. ¡Piensa en ella! ¿Qué hacer? ¿Qué puedo yo hacer?

—Nada, nada, sino confiar y esperar.

—¿No podrías tú bajar á hablarle, ó escribirle, ó mandarle decir algo? Dile que tenga ánimo, que aun en el último momento puede salirse,

varse, que el verdadero asesino va á presentarse y á librarlo. Hazlo, Alberto.

—No puedo. No me atrevo. Eso nos perdería. Tranquilízate y oye, querida mía.

La lectura de la acusación concluyó y el secretario preguntó entonces con voz clara al acusado:

—¿Es usted culpable ó inocente?

Aunque todos en el tribunal saben de antemano la respuesta, hay un silencio tan profundo que pudiera escucharse la caída de un alfiler. Cada uno de los presentes parece deseoso de oír la voz del prisionero. Yo mismo me inclino hacia adelante y hago todo esfuerzo por escuchar su respuesta.

Hay una larga y terrible pausa. Posible es que el prisionero no sepa que se aguarda su contestación, ó acaso su miserable estado le priva del poder de la palabra. Noto que uno de los policías le toca el hombro y le dice algo al oído, pero, sin embargo, todo permanece en silencio. Al fin queda roto, pero no por el prisionero. Maria suspira tan suavemente que sólo yo, creo la he oído.

No puedo resistir más, murmura.

Separa su mano de la mía, echa hacia atrás el obscuro velo que la cubre y se pone de pie en medio del tribunal. Por un instante miro su rostro pálido en donde está pintada la determinación y luego esconde en las manos la cara, descando que en ese instante mismo nos salvase á entrambos la muerte. ¡Todo está consumado! ¡Estoy vencido!

Al ocultar el rostro vi cómo todas las miradas en la apiñada corte se volvían a la figura vestida de negro, alta, majestuosa, que se levantaba por sobre la abigarrada multitud. Luego oí su voz amada decir en alto y claro tono.

—¡Milord!

Al oírlo me incorporé: las miradas del banco, de los estrados, del jurado y del público estaban fijas en ella; el prisionero mismo se volvió en su puesto y la observó fijamente.

Sólo estas dos palabras pudo pronunciar, porque inmediatamente las voces de: «¡Orden en el tribunal! ¡orden en el tribunal!» lanzadas con seriedad y firmeza, la hicieron perder su presencia de ánimo. Toda cortada, vacilante, miró dolorosamente en derredor suyo. Aproveché el momento y á pura fuerza la atraje á su asiento, le rogué por nuestro amor que aguardase en silencio, y le cubrí el rostro con su propio velo para ocultarlo de los centenares de curiosos vueltos hacia él. Mientras hacia esto, oí el mandato rudo:

—Saquen á esa persona fuera del tribunal.

Si hubiese habido seria intención de ejecutar la orden, creo que María la habría resistido y tratado una vez más de asegurar la inocencia del inculpa-do y su propio delito—si lo era. Afortunadamente el policía que se abría camino hacia nosotros para dar cumplimiento al mandato, era el amigo que había aceptado mi oro esa mañana, y acaso en memoria de este favor, ó porque cuando ocurre un momentáneo disturbio y el causante no parece determinado á rein-

cidir no se insiste en la expulsión, nada hizo. Yo supuse que escenas como esa ocurren con frecuencia y, aunque se castigue al reincidente, un juez humanitario no niega al ofensor el triste alivio de asistir hasta el fin al juicio de su amigo. Quizás el juez que presidía en esta ocasión era demasiado bondadoso y fácil para perdonar. De todos modos nuestro buen guardián no llevó á cabo las instrucciones y el tribunal reasumió el interrumpido asunto.

Pero noto muchas miradas curiosas fijas en la mujer velada que está á mi lado: hasta la cara de halcón de la señora Wilson, que acaba de removerse en su asiento, nos mira siempre y, extraño parece, el prisionero aun mira fijamente en nuestra dirección. El guarda lo toma por los brazos y le vuelve el rostro hacia los jueces. Una vez más vuelve á oírse la pregunta solemne:

—¿Es usted culpable ó inocente?

Sigue una breve pausa tras la cual el prisionero contesta. Bien, ya me imagino su respuesta, aun cuando habla tan débilmente que no puedo oír su voz. Pero, ¿qué extraño? su respuesta parece haber creado considerable agitación; las personas cercanas á él miran hacia atrás y hablan á sus vecinos de la espalda. Un abogado vuelve la cara y mira con dura fijeza á un individuo que está junto á él; este en seguida se levanta y se acerca apresuradamente al prisionero, con quien durante un minuto parece conversar con mucho interés. El inculpa-do dobla la cabeza tristemente y como sin es-

peranza alguna. El caballero entonces, á quien yo justamente creo el abogado defensor, se dirige á su puesto muy excitado en apariencia, habla en voz baja al que pocos momentos antes lo había interpelado con la mirada, y por sus gestos da á entender que se desentiende de alguna responsabilidad.

¿Qué significa esto? ¿Por qué no prosigue el juicio? Esta suspensión dura más de lo que yo puedo sospechar. Por fin habla el juez.

La excitación crece y se hace mas intensa en el auditorio; á despecho de las miradas celosas de las autoridades, la gente se secretea. El juez está hablando seriamente al prisionero, parece explicarle, aconsejarle algo. ¿Qué significa todo esto?

¿Qué? La acción solemne que sigue, las últimas palabras del juez, vestido con la toga roja, responden á mi pregunta y me dicen que ha sucedido algo que jamás entró en los límites de la probabilidad. ¿He soñado acaso? ¿Ha terminado el juicio precisamente del peor modo, de la manera más temida?

Cinco minutos hace que obligué á María á sentarse y la forcé á retener sus palabras condenatorias, y todavía mi puño la aprieta para prevenirla que se levante.

¡Ah! Ved. El juez coloca sobre su cabeza un birrete cuadrado de seda negra, el prisionero se inclina, casi cae si no lo sostuviesen de los brazos por ambos lados; un sentimiento de tumescencia impresionada á través de los espectadores. Los buscadores de sensación están al fin satis-

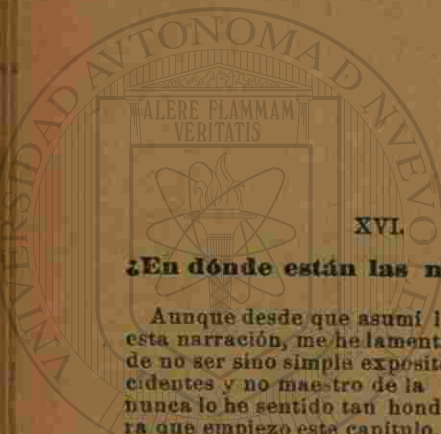
fechos. Contienen los hombres el aliento, y se ensanchan las pupilas de las mujeres. ¡Ahora! El Juez habla. Puedo oírlo claramente, á pesar de la profunda emoción que hay en su voz.

—¡Prisionero! sois culpable según vuestra propia confesión de un asesinato atroz y friamente premeditado, cuyos motivos conocéis sólo vos mismo y vuestro Dios. Sólo me resta el penoso deber.....

—¡Culpable! ¡culpable el reo por su propia confesión! ¡El hombre por cuya salvación hemos viajado día y noche, es el criminal! María, mi sin ¡ar María, mi esposa, mi amor, ¡inocente!... ¡inocente! Esto—esta revolución de sentimientos es más de lo que le es dable soportar á la naturaleza humana.

—¡Orden en el tribunal! ¡orden en el tribunal!

¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Sólo una mujer en mortal desmayo á quien conduce altiva, amorosa y tiernamente un hombre que oprime la preciosa carga contra su corazón, con un frenesí tal como pocos de sus semejantes hayan sentido jamás. Pero piénsese también que pocos habrían sufrido tanta pena y angustia.



XVI.

¿En dónde están las nieves últimas?

Aunque desde que asumí la tarea de escribir esta narración, me he lamentado muchas veces de no ser sino simple expositor de hechos e incidentes y no maestro de la novela, creo que nunca lo he sentido tan hondamente como ahora que empiezo este capítulo. Los actos sombríos del drama de la vida real en que María y yo hemos tomado tan penosa parte, tan llena de amargura, y que si iluminada por un rayo de alegría ha sido falaz e incierta; esos actos los he descrito con poca dificultad; he vuelto simplemente con el pensamiento á los cuadros del pasado, y los he reproducido en palabras. La labor bien ó mal desempeñada, no ha sido dura.

Pero ahora que en un instante y como por encanto todo cambia, que la angustia parece como si la hubiesen barrido de nuestras vidas, que la confesión de ese pobre, abyecto misera-

ble, arrancada de su boca no sé de qué misterioso modo, deja no sólo nuestro porvenir brillante y sin nubes, sino que consigna al olvido todos los fantasma del pasado, cuyas formas espantosas espiaban hasta hoy nuestros pasos y nos denegaban la dicha que de derecho corresponde á los que aman como nosotros; ahora siento intensamente mi cordedad y desearía fuese más poderosa mi pluma.

Y sin embargo, una palabra sería bastante para describir el estado de mi ánimo, cuando en el instante en que el juez pronunció las últimas solemnes palabras, dichas con voz que demostraba la emoción y el desamparo de verse obligado á condenar á un semejante suyo, saqué á mi desmayada esposa del tribunal repleto y sombrío. El momentáneo raptó de goce pasó, y la palabra que pudiera expresar lo que después sentí es: extravió, completa locura. No podía pensar, todas las facultades de mi razón me abandonaron, y creo que si María no hubiera perdido el conocimiento, y no hubiese necesitado tanto de mis cuidados materiales, yo habría caído sin sentido en el tribunal que cruzamos una hora antes, pensando que nos dirigíamos á infinita miseria.

Recuerdo esto. Al colocar á María en uno de los duros bancos de madera del corredor de piedra, me quedé repitiéndome: «Inocente mi amor es inocente, ese hombre es culpable.» Supongo que esta continua reiteración era una manera de impresionar la tremenda verdad en

mi cerebro, que durante algún tiempo se negó incrédulo á admitirla.

Levanté el velo que cubría el rostro de mi esposa y bañé su cara con agua que me fué traída por un bondadoso guarda. Se abrieron sus ojos, volvió el conocimiento y trató de hablar.

Mi presencia de ánimo volvía ya y pude decirle al oído:

—Querida, por nuestro amor, ni una palabra en este lugar. Dentro de un momento nos vamos.

Obedeció: pero por la alegría que vi brillar en sus ojos, conocí que aquella obediencia era un colmo de esfuerzo. Pronto pudo levantarse y salimos del edificio, nos abrimos camino por entre la multitud que aguardaba en la calle ocupada en discutir la rápida terminación del juicio, tomamos un coche, y un minuto después llorábamos y reíamos alternativamente en estrecho abrazo.

Peró esto duró sólo unos instantes, pues la posada donde estábamos alojados quedaba cerca. Al llegar fuimos conducidos á nuestro aposento y al fin nos encontramos libres de dar amplia salida á nuestros sentimientos.

Fuera absurdo tratar de reproducir nuestras palabras, nuestras locas exclamaciones. Sería sacrilegio el describir nuestras lágrimas, nuestros abrazos y amorosas caricias. ¡Considérenos una hora antes, una hora apenas y véanenos ahora! ¡La maldición que pesaba sobre nosotros desde aquella noche terrible, ida para

siempre! Nuestro secreto ó discreción, aunque prudente aún, no era ya absolutamente necesario.

María, á despecho de cuanto yo había visto y de lo que ella me había dicho en aquella noche en que la encontré extraviada y loca en medio de la más horrorosa tempestad, no tenía culpa de la muerte de su esposo. Era inocente no sólo como lo había sido siempre á mis ojos, sino lo que es más, ante ella misma.

No es extraño, pues, que por espacio de una hora casi estuviésemos con los brazos enlazados y usásemos pocas palabras que no fuesen exclamaciones de amor y de alegría.

¡Allí! No puedo, no quiero describir más circunstanciadamente la escena. Nada más diré, excepto que cuando nos tranquilizamos, María volvió con miedo aún y me dijo:

—Es cierto, Alberto, debe ser cierto.

—Por supuesto que lo es.

—Ese hombre, el preso, ¿no se habría confesado culpable si fuera inocente?

—¿Por qué iba á hacerlo? Era cuestión de vida ó muerte para él, el infeliz.

—¿Y por qué confesó?

—¿Quién puede decirlo? Acaso el remordimiento lo obligó.

María se levantó y dijo aprisa y excitada:

—No, no lo hice. El pensamiento, el sueño me perseguían, pero no llegé á creerlo sino cuando oí á aquellos hombres hablar del modo como murió. Entonces lo recordé todo, la tempestad rabiosa, el hombre muerto cerca del cual

estuve; y ni aun entonces me parece que lo creí. Sólo cuando me dijiste cómo me encontraste perdí toda esperanza.

—Perdóname, querida mía. Yo debería haber creído en la imposibilidad del acto aun en tu delirio, y aun cuando te lo hubiera visto cometer. Dí que me perdonas, María.

Me estreché en sus brazos, murmurando:

—Alberto, esposo mío, has hecho mucho por mí, haz todavía una cosa más. Busca la verdad íntegra, indaga por qué ese hombre lo mató, cómo; satisfácame de que su confesión es verdadera, y entonces, Alberto, estaré en posesión de una dicha nunca soñada.

—¡Y yo! salió involuntariamente de mis labios.

Le prometí hacer lo que deseaba, y á la verdad, desde que hube recobrado la calma resolví saber cuanto fuese posible. Una vez por todas quería disipar toda sombra de duda, aunque fuese esa sombra del tamaño de la mano de un hombre.

Pero María no debía quedarse en Tewnham: su extraña conducta durante el juicio, su desvanecimiento después, de seguro atraieron la atención de los presentes, y sin duda la tenían por una amiga del preso sobrecogida por la súbita y horrible terminación de la causa. De todos modos no debía permanecer allí.

Nos fuimos á Londres por el tren de la tarde y á la mañana siguiente volví á Tewnham, obtuve el nombre del defensor del acusado y solicité de él una entrevista.

Me pareció un hombre digno y respetable, de

naturaleza propensa á encolerizarse. Le dije que me dirigía á él porque estaba muy interesado en el caso del convicto Guillermo Evans.

Mr. Crisp, que éste es el nombre del abogado, se entretenía hojeando algunos papeles que tenía enfrente.

—Mejor quisiera no hablar del asunto, dijo bruscamente. Nada me ha molestado tanto en muchos años.

—¿Por qué? Su cliente ha recibido lo que merecía.

—Cierto, señor, cierto; pero yo soy abogado y nuestra función no es la de buscar los méritos del cliente, sino los medios de salvarlo. Es difícil servir á un necio.

—Sin duda; pero apenas entiendo lo que usted me dice.

—¿Qué! Que yo habría podido salvar á ese hombre, no había evidencia alguna contra él. O mejor ¿cuál era? Una pistola de mecanismo especial encontrada en el campo á media milla distante de la escena del crimen; un hombre que podía jurar que la pistola era propiedad de mi cliente, un usurero á quien quiso venderse la. Esto era, señor en realidad, todo el fundamento para la acusación fiscal. Nunca me he disgustado más en mi vida, nunca.

Y el hombrecito excitable daba á entender que no era asumido su disgusto.

De modo que la pistola que impensadamente arrojé, fué, después de todo, la huella que trajo al criminal ante la justicia. Aunque estaba completamente satisfecho de que el verdadero

criminal era el que iba á penar el sombrío crimen, traté de obtener todos los informes posibles.

—¿Y por qué se confesó culpable? pregunté.

—Porque es un necio. ¿No ve usted, que era lo mismo que suicidarse? A mí no me importa un bledo el hombre; pero confieso que me anonadó el ver la causa perdida y despedazada por su obstinación. Fui á donde él estaba, como vería usted sise encontraba en el tribunal, le rogué que retirase su confesión, y le dije que podía salvarlo y el necio insistió.

—¿Y fué por motivos de penitencia ó de remordimiento que confesó?

—No sé. Más tiempo para el arrepentimiento habría tenido si me hubiera dejado salvarle de la horca. Pero nada; me dijo: "Eso es inútil, completamente inútil. Usted no sabe lo que yo sé. Hay alguien en el tribunal que lo sabe todo, que vió hacerlo. Ella ha venido á ahorcarme." Yo no tengo idea de lo que quiso decir.

Tembté; yo sabia lo que el hombre pensaba. El, como los demás, vió á María levantarse é interpelar al juez, y la vista de María fué lo que arrancó al desgraciado la última esperanza de salvación.

—Por supuesto, yo me lavo las manos en lo referente al reo, continuó el señor Crisp, pero si me tomé el trabajo de inquirir si se había admitido en el recinto del tribunal á algún testigo acusador; pero me aseguraron que todos estaban retenidos fuera.

Por unos instantes permanecí pensativo. El

abogado me vió como significándome que ya había usado yo del tiempo que el tenía disponible para oírme.

—¿Hay modo de obtener una entrevista con el condeado? pregunté. ¡Podría usted conseguir una orden para verlo?

—Indudablemente que sí, pero yo no tengo para qué visitarlo.

—Yo voy á darle á usted un motivo. Yo quiero que usted lo vea, y si es posible, logre una confesión escrita ó al menos dictada por el hombre, no sólo del simple hecho de su culpabilidad, sino de todos los particulares relativos al asesinato.

El señor Crisp me miró sorprendido y opinó que era imposible lograr lo que deseaba.

Yo había simpatizado con aquel hombrecito astuto y de hablar brusco; me parecía honrado y, después de considerarlo bien, me resolví á confiarle las razones que tenía para esta petición. Bajo la seguridad del secreto profesional le comuniqué brevemente lo que me pareció conveniente de mi relación y la de María con los sucesos de aquella noche. Oyó mi relato con un interés que auguraba bien para la recepción que aguarda ahora á esta sombría relación que doy al mundo. Su curiosidad pareció excitarse y me prometió ver al convicto é indagar, si le era posible, todo lo que yo deseaba saber. Le dejé mi dirección y me despedí.

Como nada más me detenía en Tewnham, me dirigí hacia la estación del ferrocarril con la idea de volver á la ciudad en el próximo tren.

Estando en la plataforma llegó un tren de Londres y de pronto me ocurrió cruzar el puente, entrar á uno de los vagones, y un cuarto de hora despues estaba en Roding. No estaba muy avanzado el día y tenia yo algún tiempo de que disponer. Fui á Roding impelido por el deseo de visitar por última vez la escena que dió principio á todas estas angustias.

Anduve por el camino que sir Mervyn Ferrand atravesaba aquella noche sombría. ¡Ah! ¡pero cuán cambiado está todo! aunque no más que nuestras propias vidas. Hacía un magnífico día de Septiembre: la lluvia del día anterior había dejado la tierra húmeda y fresca. Los campos, á ambos lados de la vía, brillaban con ese puro color de esmeralda que ostentan luego que la tormenta ha barrido sin piedad las yerbas secas, las margaritas y otras flores que crecen en ellos; más allá, de extremo á extremo, semejaban dorado mar de ondulantes espigas que aguardaban la siega; porque la cosecha se retardó ese año. Las rosas silvestres habían pasado ya, pero quedaban fragantes lirios y otras flores de los campos que sonreían desde los linderos y de lo alto de las ondulaciones del terreno.

Las aves rompían su silencio de Agosto y cantaban de nuevo, las grandes vacas soñolientas descansaban echadas á la sombra de los árboles, elevados montones de heno se veían al lado de sus hermanos mayores de menos apariencia pero más valiosos, y el paisaje entero aparecía envuelto en dulce reposo otoñal. La escena era

tranquila, pacífica y verdaderamente típica de Inglaterra, y tan bella, tanto me llenó de amor por mi nativa tierra, que á haber sido entonces escritas estas páginas, habría borrado á mi vuelta á casa toda mi brillante descripción de Sevilla. Un aliento de brisa suave pero fresca llegó de lejos, lo aspiré con delicia, levanté los hombros y quedé recto sobre mis pies.

En medio de mi felicidad reí á carcajadas al recordar un cuadro cómico familiar para mi de niño: de Cristino soltando su carga, porque me pareció precisamente el cuadro de mi propio caso. Si, la carga que llevaban mis hombros había caído de ellos para siempre.

¡Ah! este es el sitio, este mismo, en que cayó sir Mervyn. Fué aquí, precisamente, debajo de ese montón de yerbas destrozadas, que puse el cadáver, sin pensar que la blanca compasiva nieve le ocultase y salvara así á mi amor y á mí mismo. ¡Oh! cómo rogué en esos días porque el tiempo crudo durase, porque su férrea garrá retuviese el mundo hasta que volviesen á Madrid la salud y las fuerzas! Así lo hizo y nos salvó.

"¿Dónde están las nieves del pasado invierno?" Pero no sería mejor que cantase: «¿Dónde está el pesar de ayer?» ¡Ido como la nieve! Otra nevada puede haber, otra pena puede venirme, pero la nieve del año último y mi angustia de ayer han desaparecido para siempre!

Sin embargo, muy horribles reminiscencias me traía aquel paraje para que yo permaneciese en él; me volví, y mi dicha pudo decirme que

yo perdonaba al muerto todo el mal que hizo. ¡Descansen en paz sus huesos! Seguí á lo largo del camino hasta llegar á la casa en que, como un cobarde que no se atreve á enfrentarse con sus desgracias, pasé aquellos meses miserables, sin objeto. Estaba desocupada, en las puertas y ventanas había anuncios de remate medio borrados, el mobiliario había sido vendido algunos meses antes. Me detuve, miré por la ventana por la que entró María, y sentí que desde aquella noche había pasado yo por más pena, pasión, miedo, esperanza y alegría de lo que bastaría para llenar toda una existencia. Entonces sacudí el polvo que cubría mis botas. ¡Jamás volveré á acercarme á veinte millas de este lugar!

Por de gracia, encontré á mi vuelta á la señora Wilson; traté de pasar sin dar señas de haberla conocido, pero no me dió tiempo, se paró delante de mí y me sentí obligado á detenerme. Estaba más huraña, más fea y más parecida á un halcón que nunca: sólo sus ojos parecían jóvenes, por lo menos tenían animación y vitalidad propias, y á la verdad me lanzaban relámpagos.

—¡Después de todo no fué ella quien lo hizo! dijo con fiereza.

Primero intenté afectar sorpresa y preguntarle qué quería decir; pero conocí que toda ficción habría sido inútil.

—No, contesté secamente.

—Necia, muy necia fui, dejándome llevar de un impulso. ¿Por qué se lo dije? Le juro á us-

ted, doctor North, que á no haber estado segura de que era acto ejecutado por ella, jamás lo habría sabido. Hubiera muerto deshonrada como moriré yo.

Su mirada era puro veneno.

—Recuerde usted, dije con seriedad, que la señora Ferrand es hoy mi esposa. No permito que el nombre de ella sea comparado con el de usted.

Sonrió desdeñosamente:

—¡Su esposa! Pronto olvidó el primer amor. ¡Ah! por qué hablé! ¡Por qué no se secó mi mano antes de escribir esa cartal! ¿Sabe usted por qué la escribí?

—No, ni quiero saberlo.

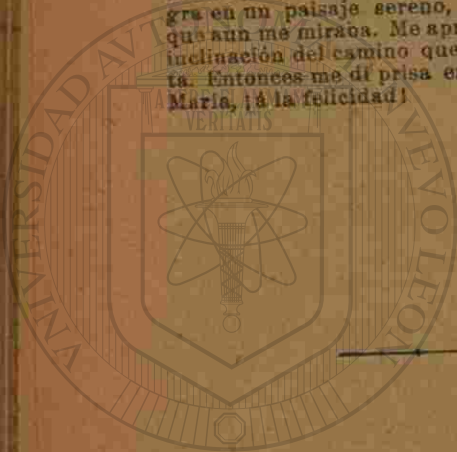
—Por venganza. Yo pensaba que ella había obrado con ese hombre como debí yo haberlo hecho: pero la odiaba por eso, porque lo amaba aún á él. Así creí que sería muy dulce para ella saber que había asesinado á su esposo, y para usted, su amante, —yo sabía que usted era el amante de ella, —saber que yo podía entregarlos en cualquier momento á la justicia. ¿Por qué confesó aquel hombre? Cuando yo vi á su esposa levantarse en el tribunal, me rei, sabía lo que iba á suceder. ¡Ah! ¡y ahora veo que en lugar de dañarla, le he hecho bien!

—Usted lo ha hecho, dije bruscamente y giré sobre mis talones.

La malignidad de esa mujer es tanta, que me satisface la convicción de que nada puede hacer contra María.

A cosa de un cuarto de milla más allá en el

camino, volví la mirada y advertí, mancha negra en un paisaje sereno, á la señora Wilson que aun me miraba. Me apresuré á llegar á una inclinación del camino que me libró de su vista. Entonces me di prisa en volver al lado de María, ¡á la felicidad!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1917 - 1918 - 1919 - 1920 - 1921 - 1922 - 1923 - 1924 - 1925 - 1926 - 1927 - 1928 - 1929 - 1930 - 1931 - 1932 - 1933 - 1934 - 1935 - 1936 - 1937 - 1938 - 1939 - 1940 - 1941 - 1942 - 1943 - 1944 - 1945 - 1946 - 1947 - 1948 - 1949 - 1950 - 1951 - 1952 - 1953 - 1954 - 1955 - 1956 - 1957 - 1958 - 1959 - 1960 - 1961 - 1962 - 1963 - 1964 - 1965 - 1966 - 1967 - 1968 - 1969 - 1970 - 1971 - 1972 - 1973 - 1974 - 1975 - 1976 - 1977 - 1978 - 1979 - 1980 - 1981 - 1982 - 1983 - 1984 - 1985 - 1986 - 1987 - 1988 - 1989 - 1990 - 1991 - 1992 - 1993 - 1994 - 1995 - 1996 - 1997 - 1998 - 1999 - 2000 - 2001 - 2002 - 2003 - 2004 - 2005 - 2006 - 2007 - 2008 - 2009 - 2010 - 2011 - 2012 - 2013 - 2014 - 2015 - 2016 - 2017 - 2018 - 2019 - 2020 - 2021 - 2022 - 2023 - 2024 - 2025 - 2026 - 2027 - 2028 - 2029 - 2030 - 2031 - 2032 - 2033 - 2034 - 2035 - 2036 - 2037 - 2038 - 2039 - 2040 - 2041 - 2042 - 2043 - 2044 - 2045 - 2046 - 2047 - 2048 - 2049 - 2050 - 2051 - 2052 - 2053 - 2054 - 2055 - 2056 - 2057 - 2058 - 2059 - 2060 - 2061 - 2062 - 2063 - 2064 - 2065 - 2066 - 2067 - 2068 - 2069 - 2070 - 2071 - 2072 - 2073 - 2074 - 2075 - 2076 - 2077 - 2078 - 2079 - 2080 - 2081 - 2082 - 2083 - 2084 - 2085 - 2086 - 2087 - 2088 - 2089 - 2090 - 2091 - 2092 - 2093 - 2094 - 2095 - 2096 - 2097 - 2098 - 2099 - 2100

XVII.

Horizontes serenos.

Aunque Inglaterra era ya para mi esposa y para mi un país muy distinto del que abandonamos hace cosa de ocho meses, estábamos, sin embargo, ansiosos de volvernos á Sevilla para sosegar siquiera los temores de mi madre. Ella, la pobre, como lo decía su carta, no podía explicarse qué asunto de importancia nos hizo separarnos de ella de un modo tan poco ceremonioso. Desde el momento en que supe la tranquilizadora verdad, telegrafané diciéndola que estábamos bien y pronto iríamos á unirnos con ella. Sólo dos cosas nos detenían.

Lo primero, la confesión del convicto: pues, aunque María se ocupaba poco en eso, yo sabía que no estaría tranquila hasta que no la viese. Aun le asaltaba el temor de que, en la esperanza de mitigar el rigor de la sentencia, el hombre se había acusado de un crimen del que era inocente, y ni la relación sucinta que la dí de mi entrevista con el defensor la satisfac-

zo por completo: de modo que aguardábamos impacientes esa explicación que podía llegar ó no.

La segunda causa que nos detenía en Londres era ésta. Me propuse saber de fijo, antes de partir, si cuando me casé con María estaba ella plenamente reconocida como viuda de Ferrand; me dirigí á las personas encargadas de arreglar los asuntos de sir Mervyn y expuse mi caso á su visible incredulidad. Al principio juzgaron aquello un engaño; pero no por mucho tiempo.

Verdad es que la mitad de mi tarea estaba ya hecha, pues ya ellos, sin la asistencia de la señora Wilson, habían asegurado la fecha y particulares de la muerte de la primera señora Ferrand, y sólo tuvieron que asegurarse de que el certificado de matrimonio que yo les presenté era auténtico, para rendirse á discreción.

La herencia era corta, según me dijeron los administradores. Sir Mervyn murió *ab intestato*, y durante su vida había dispuesto de casi todas sus propiedades. Quedaba todavía algún dinero del que mi esposa podía reclamar una parte y fincas sobre las cuales tenía derechos; pero todo, en suma, era poca cosa.

Yo los interrumpí, diciéndoles que fuese grande ó pequeña la fortuna del difunto, ni un centavo proveniente de ella debía manchar la mano de mi esposa. Si el heredero de sir Mervyn Ferrand necesitaba ese dinero, que se le diese como gratuita donación, con tal que no fuese hombre de la ralea de su predecesor; si no,

que se beneficiase con esa suma algún hospital. En fin, les dije que todo cuanto yo quería era dejar puesto bien en claro que sir Mervyn Ferrand había dejado una viuda.

Los administradores, de los cuales uno, entre paréntesis, era el heredero, me consideraron como al hombre más excéntrico. Quizás por esto, ó para no acusar injustamente—acaso porque la herencia era casi nada en realidad, es lo cierto, que hasta hoy no he recibido comunicación, y mucho menos remesa de los administradores: ni á decir verdad, los he vuelto á molestar. Una vez admitido el matrimonio de María, me lavé las manos de todo el embrollo Ferrand.

La confesión no llegó, pero yo persuadí á María de que debíamos de partir. El señor Crisp podía mandar lo que quiera que fuese lo mismo á Sevilla que á Londres. Una vez más, pues, y ésta perfectamente dichosos, recorrimos esa larga jornada con la que estábamos ya familiarizados.

El gozo, la deshecha alegría con que María se arrojó en brazos de mi madre, acabó con todos los reproches y reconvenciones que aparentemente merecíamos. Fue nuestra vuelta como la de dos hijos prodigiosos, risas, lágrimas y dicha.

Aunque nada le dije á mi madre del objeto de nuestro misterioso viaje, ni ella la preguntó, ni una palabra que evidenciase conocimiento de lo pasado ha salido de sus labios, yo sé que todo le ha sido revelado, que María ha sollozado

toda la extraña historia en su regazo. Lo sé porque desde el día en que volvimos, el hondo interés de mi madre por ella se ha mostrado más tierno, más solícito y más profundo. Si me fué dispensada la triste narración. Los ojos de mi madre me dijeron al día siguiente que María le había dicho todo, como lo he hecho yo aquí, desde el principio hasta el fin.

Dije mal, no hemos terminado aún. Sentaos una vez más junto á mí, como al principiar mi narración: pero, esta vez, no al lado de un fuego casi apagado, sino afuera, en el patio alegre y bello de nuestra casa de Andalucía. María y yo estamos el uno al lado del otro, acaba de llegar el correo y me ha traído un paquete abultado sobre el cual, con mano ejercitada, están escritos mi nombre y mi dirección. Rompo apresuradamente la cubierta: sé lo que contiene y María también lo sabe. Deseo leerlo solo primero, pero la mirada suplicante que veo en sus ojos me hace desistir. Además, nada hay que temer, ni hay nada aquí que no deba saberlo ella. Así, en contacto nuestras mejillas leímos juntos. Sentaos con nosotros, reclinados en mis hombros y leed.

CONFESIÓN DE GUILLERMO EVANS PRESO HOY EN TEWNHAM Y CONDENADO A MUERTE.

"El día 5 de Enero de este año volví de Nueva-Zelandia. Trabajé á bordo por mi pasaje y cuando llegué á Londres tenía apenas unos cuantos chelines en el bolsillo. No tenía cosa alguna de valor que vender, y cuando posé,

además de mis vestidos y de esas monedas, era una pistola que me dió un hombre á bordo del buque. Era un instrumento de su invención, tenía varias, y me dijo que quería hacerlas conocer. Por qué me la dió, sábelo Dios: pero de él la obtuve con un par de cápsulas.

«Gasté el dinero menos uno ó dos chelines; traté en vano de conseguir trabajo y recordé entonces á un amigo antiguo que vivía cerca de Roding. Me quedaba precisamente lo bastante para pagar el pasaje en ferrocarril hasta Roding, lo tomé, y al llegar supe que el hombre á quien buscaba hacía dos años que había abandonado el lugar. Me volví á pté á la ciudad sin un centavo y desesperado.

«Lo primero que hice, fué irme á una casa de empeños y tratar de vender la pistola; pero el hombre me dijo que su tienda estaba llena de pistolas y no quiso comprarla á ningún precio. Salí y me dirigí al paradero del ferrocarril por ver si ganaba algo de cualquier modo. Estaba desesperado y hambriento.

«A eso de las siete llegó el tren de Londres. Un caballero alto salió de la estación, y le pregunté si tenía algún equipaje que pudiera yo llevarle. Me contestó que no. Le pedí entonces por piedad un chelin para comprar algún alimento. Me maldijo, y empecé á odiarlo.

«Se detuvo bajo el farol, sacó un gran reloj de oro y vió la hora: pregunté luego á un hombre que estaba cerca, qué camino debía tomar para ir á un pueblo llamado Cherwell. Una vez informado, lo vi alejarse y sabía á donde iba.

«No hay esperanza para mí, la semana entrante me ahorcarán, pero la verdad es que pecador y todo como soy, nunca había cometido un crimen semejante al que se me ocurrió en ese momento. Aquel hombre tenía dinero, joyas, buenos vestidos, y yo no tenía nada y estaba pereciendo de hambre. Corrí, me le adelanté, anduve algunas millas y me senté en medio del frío penetrante, sobre un montón de piedras, aguardando á que llegase y pensando en matarlo y robarlo. Sabía que debía matarlo, porque era mucho más fuerte y corpulento que yo. Mi pistoletola estaba cargada.

«Llegó. Lo vi á la luz de la luna, me puse de pié al acercarse y, Dios me perdone, tiró el gatillo y le herí en el corazón. Cayó como una piedra y me reconocí asesino.

«¡Oh, á haber podido, hubiera deshecho el daño! Largo tiempo estuve sin atreverme á acercarme al cuerpo y robar los objetos que me habían hecho cometer el crimen. Por último, me animé y fui á tomar el precio por el cual, á no ser Dios misericordioso, he vendido mi alma.

«Nada tomé. Precisamente cuando iba á empezar, oí unas pisadas, me volví y miré venírseme una mujer ó un espíritu, y voté aterrado la pistola. Estaba seguro de que me había visto, á la luz de la luna, noté su rostro blanco, el movimiento de sus labios y su cabellera flotante. Se dirigió al lugar en donde yacía el cadáver y se detuvo retorciéndose las manos. Lleno de terror mortal, hui, atravesé corriendo varios

campos sin osar detenerme y pensando que el espíritu ó duende venía persiguiéndome.

«Corrí hasta que comenzó la nevada. Habría muerto en esa tempestad de nieve á no haber encontrado un pajar medio techado, en donde me asilé y dormí esa noche y parte del otro día. Era el sér más degradado del mundo.

«El hambre al fin me lanzó de allí, atravesé como pude la nieve, hasta llegar á una casa en donde me salvaron de morir de hambre. Nada pudo hacerme volver al lugar en donde cometi el asesinato; mi vida es desde entonces una agonía, y aún ahora que voy á ser ahorcado, me siento mejor que en estos últimos meses. Plegue á Dios perdonar mi crimen.

«Me confesé culpable en el juicio, porque, al volverme en el lugar en donde estaba, vi á una mujer que yo creí un espíritu, de pié y lista á denunciarme ante el juez. Sabía que me había visto aquella noche y que estaba condenado á ser descubierto.

«Todo lo he confesado. Cuanto aquí digo es verdad, cierto, como que espero misericordia.

«WILLIAM EVANS.»

«P. S.—La confesión que precede la escribí al dictado del prisionero. Créo que será todo lo que usted desea. El hombre parece completamente arrepentido, pero no quiero yo molestarlo con sus expresiones de pena y de remordimiento.

«Quedo, estimado señor muy á sus órdenes

«STEPHEN CRISP.»

Leimos las últimas líneas, cayó el papel de nuestras manos y nos volvimos á mirar. En los dulces ojos de María había lágrimas de profunda gratitud. La confesión del desgraciado lo había aclarado todo hasta en sus últimos pormenores. Nada quedaba por explicar, excepto, acaso, el motivo que indujo á María á ir esa noche al encuentro del que una vez más quería engañarla; jamás lo sabremos, pero su pasajera locura puede explicarlo perfectamente. ¿A qué indagar más? La más ligera duda acerca de su perfecta inocencia ha desaparecido de la mente de mi esposa. Enlazadas las manos, juntos los corazones y los labios, así podemos estar y sentir que al fin pasaron nuestros días de prueba.

¡Pasadas nuestras penas! ¿Serán éstas las últimas palabras que escriba? No, una escena—ésta que tengo ahora á mis ojos.

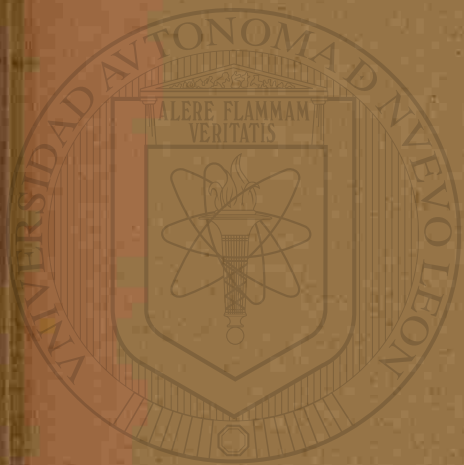
Un hogar inglés. Afuera, praderas de yerba verde recortada, senderos entretajidos y buenos árboles viejos. En el interior la comodidad y la paz que hacen el hogar de Inglaterra el más agradable del mundo. Porque cuando pasó la necesidad, cuando ya luminosa España no fué más nuestra tierra de refugio, disminuyeron sus encantos, y resolvimos ver de nuevo los campos de Inglaterra y sus rostros rubicundos y honrados. Volvimos y alzamos nuestro hogar lejos, bien lejos de aquellos lugares cuya vista pudiese despertar en nosotros tristes recuerdos. Y aquí vivimos y estaremos hasta que la hora llegue en que uno de los dos haya

de besar el párpado frío del otro, y sepa que la muerte ha roto lo que nada sino ella puede separar.

Ved, mirad á través de esta ventana. Allí está sentada mi esposa, con su hijo ya crecido al lado, ó hijas bellas á su alrededor. Años han pasado, muchos años, pero no han dejado huella en su rostro, no han traído hilos blancos que deslustren el brillo de su negra cabellera. ¡La rica, espléndida belleza de la joven dura aún en ella, que es para mí hoy, como entonces, la mujer más dulce y bella del mundo!

Los niños me ven cuando me fijo con mirada pensativa y dichosa en el grupo debajo de los árboles. Me llaman y me señalan. Alza mi esposa la cabeza, se encuentran sus ojos con los míos que acaban de levantarse de estas tristes páginas. ¡Ah! ¡amor, dulce amor, que me cupo en suerte leer una vez en esos ojos queridos! Vergüenza, pena, temor, desesperación y amor. ¡Todo eso, excepto el amor, ha tiempo desapareció, y cuando vuelvo á escribir estas líneas, las últimas, guardo conmigo esa mirada de gozo tranquilo, seguro, sereno, que me dice que de su vida ha pasado hasta el recuerdo de esos tristes días sombríos!

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL D

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PEREGRINO.

Muy lejanos, muy lejanos están ya los tiempos de la fe sencilla, y sólo nos lo recuerdan las piedras doradas por el líquen y los retablos pintados con figuras místicas de las iglesias viejas. Con todo, suelo encontrar en las romerías, ferias y caminos hondos de mi tierra, un tipo que me hace retroceder con la imaginación a los siglos en que, por ásperas sendas y veredas riscosas, se oía resonar el himno *Uirrejal*, cántico de las muchedumbres venidas de tierras apartadísimas a visitar el sepulcro de Santiago, el de la barca de piedra y la estrella milagrosa, el capitán de los ejércitos cristianos y jinete del blanco bridón, espanto de la morisma.

Siempre que á orillas de la árida carretera, sentado sobre la estela de granito que marca la distancia por kilómetros, veo á uno de esos mendigos de escayvina y sombrero de hule que adornan concha rosadas, otros días y otros

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

hombrea se me aparecen, surgiendo de una niebla melancólica; y así como lo distingo en el cielo, trazado con polvo de estrellas, veo en el suelo el rastro de los innumerables ensangrentados pies que se dirigían hace siglos á la hoy solitaria catedral.

Me figuró que los peregrinos de entonces no se diferenciaban mucho de estos que vemos ahora. Tendrían el mismo rostro demacrado, la misma barba descuidada y revuelta, los mismos párpados hinchados de sueño, las mismas espaldas encorvadas por el cansancio, los mismos labios secos de fatiga; en la planta de los pies la misma dureza, á las espaldas el mismo zurrón, repleto de humildes ofrendas de la caridad aldeana. . . . Hoy hemos perfeccionado mucho el sistema de las peregrinaciones, y nos vamos á Santiago en diligencia y á Roma en tren, parando en hoteles y fondas, durmiendo en cama blanda, y comiendo en mesas que adornan ramos de flores artificiales y candelabros de gas. . . .

En la choza del campesino acoger cordialmente al peregrino pordiosero. Por una casa donde le despidan con palabras aceras, tratándole de haragán y de vicioso, hay diez ó doce que abren la cancilla sin miedo, y le reciben con hospitalaria compasión, dándole por una noche el rincón del *lar* en el invierno y el *mollo* de fresca paja en el verano. . . .

De verano era la noche, —16 de Agosto, fiesta de San Roque milagroso, — cuando un peregrino

no pidió albergue al labrador más rico de la parroquia de Rivadas.

El labriego, que era de estos que llaman de *lan y puercu*, había celebrado aquel día una *omilona*, con motivo de ser San Roque patrón de la aldea, y haber llevado él, Remualdo Morgás, el *ramo* en la procesión. Allí estaba todavía el ramo, respetuosamente apoyado en la pared, salpicado de flores artificiales, de hojas de talco y de rosquillas atadas con cintas de colores. Y la *familia*, es decir, la parentela y los convidados, bien bebidos, bien comidos, regalados á cuerpo de rey, con esa abundancia que despliegan en día de hartazgo los que todo el año se alimentan mal y poco, se disponían á formar tertulia en la puerta, tomando *el lunar*.

Los viejos se sentaron en bancos de madera, taburetes ó *tallos*: una muchachacha alegre requirió la pandereta; otra no menos gaitera de condición, sacó las postizas; los mozos se colocaron ya en postura de convidar al baile; los chiquillos, con el dedo en la boquita, el vientre lleno y stirado como un tambor, digrieron el dulce aroz con leche, muertos de sueño y sin querer acostarse, esperaban á ver el regodeo. La reunión estaba muy alegre, animada por la buena comida y el vinillo, y dispuesta á solazarse hasta la media noche, — hora bastante escandalosa en Rivadas.

Apareció entonces el peregrino. Le reconocieron de verle por la mañana en la iglesia, donde había pasado el tiempo que duraran la misa y la función, arrodillado en la esquina del

presbiterio con los brazos abiertos, los ojos fijos en el Sagrario, y rezando sin cesar. Las plantas de los pies, que se le veían por razón de la postura, habían arrancado á las mujeres—tal las tenía—frases de asombro y lástima. Las guedejas largas, negras, empolvadas y en desorden, colgaban sobre la esclavina agrietada y vieja, donde ya faltaban algunas conchas, y otras se zarandeaban medio descosidas. La calabaza del bordón estaba hecha pedazos; el sayo, de paño burdo, mostraba infinidad de girones y remiendos.

No debía de llevar ropa blanca interior, porque al subir los brazos para ponerlos en cruz, aparecían desnudos, flacos, con las cuerdas de los tendones señaladas de relieve, y los huesos marcándose lo mismo que en una momia.

Con todo, al presentarse de noche el peregrino, no le miraron los labriegos sin alguna prevención. Estaban contentos, hartos, en ánimo de divertirse, y aquel hombre ni venta ni bailar ni á reír: advertíase que no era de esos bufones de la mendicidad, encanto de las tertulas campesinas, que pagan su escote diciendo agudezas y vaciando el saco sin fondo de los cantares y los cuentos.—Hicieron sitio al peregrino, y hasta le ofrecieron un rincón del banco; pero se comprendía que hubiesen preferido no tener aquella noche semejante huésped.

Sentóse, ó, mejor dicho, se dejó caer, rendido sin duda por el calor y la fatiga ya crónica. Descendióse el zurrón, flojo y vacío por arriba.

pero que en el fondo abultaba, y se quitó el sombrero adornado de conchas pequeñas.

Era un hombre como de treinta á treinta y cinco años, de cara larga, cóncavos ojos y barba muy crecida. Sentado y todo, en vez de saludar al concurso rezaba entre dientes.

—Déjese ahora de oraciones y coma, que falta le hará.—advirtió compadecido el tío Remualdo.—Rapazas, á traerle *bolla* de la fiesta y un vaso de vino viejo.

—No bebo vino,—contestó el penitente: y todos callaron sin atreverse á insistir, porque comprendieron que estaba *ofrecido*. La moza de las castañuelas presentó el zoquete de *bolla*, y el peregrino lo tomó con ansia: pero antes de llegarlo á la boca, se bajó, cogió con los dedos un puñado de polvo, y lo esparció sobre el pan, hincándole al punto los dientes.

Mascó con avidez, atragantándose, y pidió agua, por señas, apuntando á la calabaza rota. Un mozo ágil y vivo salió por agua á la fuente... pues en días como aquél del patrón San Roque, el agua estaba proscrita en casa de Morgás.—Presto volvió con una *cunca* ó escudilla de barro llena de agua fresquita, y el peregrino, arrojándose á la escudilla, la asió con las dos manos y la apuró de una vez, sin respiro. Limpióse la boca con el reverso de la mano, y pronunció en tono de compunción profunda:

—¡Gracias á Dios!

—Pudo venir antes, hombre—indicó en son de censura el tío Remualdo.—Pudo venir por

la tarde... y comía y bebía á gusto, carne y bacalao á Dios dar.

—Por la tarde no podía, no señor—objetó el peregrino.—Tenía que ayunar desde puesto el sol de ayer hasta ponerse el de hoy. Y tenía que pasar las horas del día este rezando con los brazos abiertos...

—¡Jesús, Ave María; San Roque bendito!—murmuraron las mujeres con acento entre lastimero y respetuoso.

Ninguna pensaba ya en canticios ni en danzas: el peregrino, que momentos antes les había parecido un estorbo, ahora absorbía su atención: asediábanle á preguntas.

—¿Va á las Ermitas?—indicaba una.

—No, irá á la Esclavitud—advertía otra.—No, al Corpiño... A Santa Minia de Briones...

—Voy á Santiago—respondió el peregrino.—

Con esta son siete las veces que tengo ido, siempre por caminos diferentes, cuanto más largos y más malos mejor.

—¿Por oferta?

—Por oferta de toda la vida.

—¿De toda la vida! repitieron atónitos los aldeanos, que, sin embargo, son gente que hace lo posible por no admirarse de nada.

—¡Ay!—silabearon viejas y muchachas agrupándose en torno de él.—¡Ay, nuestra alma como la suyal ¡E-te sí que gana el cielo! ¡Es un santo!

—Soy un pecador malvado,—infame—contestó sombríamente el peregrino, que sin duda traía aprendido de memoria y preparado el mo-

do de acusarse y confesarse en público.—Soy un pecador malvado: no soy *dino* de que la tierra me aguante de vivo ni de muerto... ¿Queréis darme de palos ó hartarme de bofetones, almas cristianas? Haréis muy bien, y yo rezaré por vosotros.

Y como los aldeanos se quedasen suspensos, reiteró la súplica.

—Ya me habéis dado de comer, y el Señor vos lo pagará y vos lo aumentará de gloria: ahora os pido por el alma de vuestros padres que me déis con un palo. Hice oferta de dejar que me sacudan y de pedir por Dios aún más. Nadie quiere... Pues bien lo merezco... ¡Soy un pecador malvado!—repitió con entonación lastimera.

—¡Jesús!—repitió la vieja señora Juana, mujer del agütrión, juntando las manos como para orar.—Tanto ayuno, y tanta penitencia, *malpocadiño*... A la fuerza tiene que ser por un pecado muy grande, muy grande. ¿Qué pecado fué, *santiño*? Todos somos pecadores, Jesús, Jesús.

No respondió el peregrino al pronto, y sus ojos, relucientes como ascuas, se fijaron en la mujer que le dirigía la pregunta. La luna había salido ya, y le alumbraba de lleno el rostro. A su luz, clara entonces como la de medio día, se vieron correr por las demacradas mejillas del penitente dos lágrimas.

—Yo tuve un hermano—murmuró al fin con voz cavernosa.—Eramos solitos, porque quedamos sin padre ni madre. Mi hermano era el más

pequeño. Trabajaba bien la tierra, y vivíamos. El andaba loco detrás de una rapaza del lugar que se llamaba Rosa. Y ella... Nuestro Señor la perdona... ríe de aquí, canta de allí... y todo se le volvía alabarse de que á mi hermano le hacía cara, pero que á mí me aborrecía, que no me daría ni una palabra si me arrimase á ella, que más se quería casar con el último de la aldea que conmigo... Y en las romerías y al salir de misa, me hacía burla y me decía vituperios... Y yo por tema me arrimé... y Rosa...

—¿Qué hizo? ¿Le quiso? ¿Dejó á su hermano?—preguntaron ansiosas las mujeres, interesadas por el drama de amor que entreveían en aquel relato entrecortado é informe.

—Lo dejó... ¡Dios la perdona!—respondió el penitente, arrancado de lo hondo del pecho un suspiro largo.—Y... tanta rabia tomó el infeliz, que se vino á mí como un lobo á querer matarme... Yo me defendí... ¡Nunca me defendiera!... ¡Soy un pecador malvado, almas cristianas!...

Los gemidos y sollozos empañaron su voz. Todos callaban: la señora Juana se resignó devotamente...

—Ahora—dijo el peregrino alzando la cabeza—estoy ofrecido á pasar toda la vida peregrinando á Santiago y pidiendo limosna. Los días de fiesta, ayuno... porque un día de fiesta fué cuandol... Vamos, ya saben quién tienen aquí... ¡No me darán un rincón para pasar la noche?

La señora Juana se levantó y fué á disponer la paja más fresca y mullida, en un corbetizo pegado á la casa, sitio excelente para tiempo de verano. Buscó un saco de harina y lo colocó de modo que hiciese de cabezal; y dispuesta así una cama envidiable, llamó á su huésped. Pero éste, abriendo el zurrón, sacó de él una piedra cuadrada, que era lo que abultaba en el fondo, y la puso en el sitio del saco de harina: hecho lo cual, se tendió en la paja. Sin duda estaba rendido, exhansto: se comprendía que le era imposible dar un paso más.

Después de su marcha, las mozas intentaron otra vez bailar, cantar y divertirse. Sin embargo, lo hacían con poco brío, sin animación, ni empujones, ni carcajadas. El peregrino las había *asombrado*. Cantaron en dialecto coplas tristes, como esta que traduzco:

“Todas las penas se acaban,
Mi glorioso San Martín:
Todas las penas se acaban,
Las mías no tienen fin.”

Y los mozos, puesta la mano detrás de la oreja, columpiando el cuerpo, les respondían con esta otra:

«Cuando oigas tocar á muerto,
No preguntes quién murió:
¡Puede ser, niña del alma,
Puede ser que sea yo!»

A la madrugada cuando la caritativa vieja

señora Juana fué al cobertizo á llevar al huesped una *cunca* de leche fresca y espumante, no vió más que el hueco del cuerpo señalado en la paja. La piedra había desaparecido, y el hombre también, continuado su eterno viaje.

RARA AVIS.

Son *él* y *ella*; ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarros; tienen un estanquillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos; se aman. Y sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*. Parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que á cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa y estrecha, ojos clarísimos, enagenados de luz, pero que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada como una amapola; su mirada es limpia y un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; y su abundante cabello castaño obscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustrosas ondas en la frente, cae y resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero ¡qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento. . . . Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente á las filas de panes y bajo las patitas de los titeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa muy blanca y su corbata de color, muy bien anudada; *ella*, con sus enaguas planchadas y su relicario al cuello, riendo á la vida que pasa unultuosamente por la calle. . . .

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

Qué contraste hacen siempre esas raras fisionomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda ó los arrapiezos, noches sin sueño y días sin reposo! . . . ¡Qué contraste hacen y cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; y las mismas fatigas y ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente y el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga. . . . La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha llegado en su consumación á la necesidad del excitante, y bebe ajeno. La estatua que se perfilaba, serena inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto á la escultura escueta y atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. Y las dos son copias del hombre: sereno y bello, como la primera, fué el hombre antes de su redención, y después de su redención, en ese inmenso período que aún no se cierra, escueto y lívido. Las brevas del sentimiento siempre en guardia, y las del sentimiento siempre en tensión han marcado los cuerpos. Entre las vestales y las monjas hay la misma diferencia física que entre las pa-

lomas y las golondrinas. Entre Mirabeau y Perikles hay la misma diferencia que entre Sofía y Asparia. El manual está rebotado . . . pero el hombre cada día tiene más sed. Mas no soñemos con la restauración helena, aun cuando sea un sueño divino, no choquemos nuestra fantasía caprichosa con la ley de hierro de la casualidad, y doblemos la cabeza, con todos sus ideales, ante el fatalismo inconsciente de la vida, como dobla el árbol sus ramas cargadas de frutos y flores al soplo ciego del huracán. La historia es una elaboración, y las épocas tienen, como los precipitados químicos, su color especial. Lo cual no impide, sin embargo, que los celajes floten en el cielo y las ilusiones en el alma

El caso es que esta nuestra civilización, es extraordinariamente variada, y ha dado al traste con la sencillez antigua. El comercio, la ciencia, el amor la alimentación, todo es complicadísimo. Da gusto, ó curiosidad cuando menos, encontrarse con gentes rústicas de corazón, que se sientan á la orilla del camino, mientras los demás desfilan atropellándose. . . . Y aunque por la descripción que de ellos he hecho, se ve que *el* no tiene la arrogante hermosura de Alcibiados, ni *ella* la intachable corrección de Frines, sino que son dos pobres productores de nuestro molde nacional, que no es muy bueno, forman, sin embargo, excepción entre los tipos que conozco: porque son dos felices, cándidamente felices, á quienes el ardiente sol democrático calienta sin quemarlos, y que sienten y

saborean el exquisito placer de la vida en medio de tantos que la detestan por amarga y que solo la soportan por miedo de Hamlet. En este sentido son dos antiguos, que no tienen torbellinos en la cabeza ni torcedores en el alma. Son dos niños que juegan al amor, mientras los hombres formales juegan a la embriaguez, al lujo y a la prostitución. Venden pan, cigarros, dulces; comen mal, duermen bien. Van al Zócalo, a oír la música, van a la iglesia, sin más pensamiento que el de rezar a Dios. Su Dios es un Dios bueno, sonriente... por supuesto, si ellos son así: la divinidad es el reflejo de las almas. En la calle atravesada por taciturnos y apresurados, ellos estorban; ociosos satisfechos. Se detienen en los aparadores, y ella le dice a él los objetos que le agradan y se los describe pintorescamente. Pasa al gran trote un carruaje, que tal vez cunete muchas tristezas a su dueño, y ella exclama sin envidia—¡qué! muy contenta de que haya quienes tengan cosas bellas:—*qué bonitos caballos!* y él repite, iluminado de gozo: *¡qué bonitos caballos!*

Su historia es muy sencilla. Se amaron. El, entonces, veía. A los pocos meses de apasionado noviazgo, cegó; y al perder la luz del sol dejó perder también la luz de ella. ¡Sublime engaño! La muchacha, sin lamentos, sin lágrimas, con toda naturalidad, fué a verlo en su desesperación, en su noche horrible, y le dijo: *me caso contigo.* No hubiera experimentado una acción mayor si le hubiera arrancado la venda de sus pupilas: Ese hombre debe comprender, porque

lo ha sentido, el grito de Dios: *fiat lux!* Se casaron. Ella lo peina, lo viste, lo compone, como si fuera suorro; él la acaricia y la besa. ¡Con qué amor tan especial deben amarse!

Los domingos, en el ojal de su levita nueva, ella le pone un ramito; y de la mano, con cariño, con solicitud, lo lleva a pasear, a lucir el ramito y levita nueva. Y lo mira con unos ojos!... Como él no la vé, ella no esconde sus miradas. Una mujer no puede tener coqueterías de ojos con un ciego. Lo cuida y lo mimra como una madre a su primer hijo. Y él, que se siente penetrado por el amoroso fluido, como si lo envolviera una caricia tibia y buena, vuelve a la esposa sus pupilas muertas, y como si la viera sonríe... Duermen juntos, en un mismo lecho... Pero no se puede hablar de estas cosas sin que la imaginación de los lectores modernos evoque en el acto un grupo de novela francesa. Hay inocencias que ya no se comprenden. El pudor cristiano ha tenido el impudor de vestirlo todo. De buena gana le pusiera pantalones al Apolo de Velvedere, y chaquetilla a la Venus de Nilo.

El hombre que ya perdió la costumbre de juzgar las desnudeces como simple artista, ve en ellas algo más que la línea. El hecho estúpido de cubrir las formas ha creado el placer sensual de desnudarlas. Bien es cierto que los miembros escualdidos de San José bien merecen la espá; y muy espesas faldas las carnes flojas de Santa Trígida ó de Santa Mónica.—Pero puesto que es necesario, no hablemos del lecho, que

semeja cuna de gemelos, en la que ellos duermen sus amores blancos. . . .

Algunas ocasiones van al teatro, á galería. Prefieren el drama, el drama español, sangriento, atravesado de choques de espada y gemidos de dolor y explosiones de ira, palpitante, descabellado, terrible; en el que hay siempre una mujer muy sollozadora, que empapa de llanto una docena de pañuelos; un traidor pingajoso, de torva mirada y voz tronatoria; y un justiciero de peluca rubia y espadín coigante, que en el último acto derriba al traidor y se casa con la dama de los pañuelos. Los he seguido á galería. Allí los he visto comer dulces en los entreactos y los he oído platicar encantadoras tonterías. He presenciado sus lágrimas en las tiradas patéticas, sus zozobras en las escenas de expectativa y sus aplausos en el inesperado desenlace.—Se poseionan realmente del drama; al grado, que odian á un pobre Sr. Arriaga, que es el actor-traidor, y adoran á un Sr. Zendejas, que es el actor justiciero. No pueden hacer la abstracción entre el personaje real y el personaje representado. Es de ver la variación de sus fisonomías, según que en el proscenio medita crímenes Don Nuño, ó fulmina cóleras Don Lope. Para ellos, la Sra. Servin es una infeliz digna de compasión, porque si bien es cierto que se casa con el Sr. Zendejas, "no merecía haber sufrido tanto." «Pobres! siempre la calumnian. . . .» Siguen al drama con avidéz agustiosa, se mueven en sus asientos, se colean, contienen el aliento, sudan, esperando y

desesperando, el ciego aguzando los oídos, ella sorbiendo el escenario con los ojos. Por supuesto que no piensan en las analogías que puede haber entre las escenas del mundo en que viven y las escenas del drama á que han asistido, no; el teatro es para ellos un mundo aparte, con su existencia propia, real, eso sí, pero solo en ese mundo hay esos detalles y esos seres. Es una vida de emociones al lado de la vida tranquila de todos los días, independientes las dos.—Guardan los programas con religiosidad; alguna vez sueñan con la cara pintorreada del traidor, «del malvado.»

A la iglesia los he seguido también. Oyen la misa con atención y después de terminada, se arrojan largo rato frente á un cuadro grande, de lustroso marco dorado y bien restirada tela, en la cual se destaca, entre una vegetación exigua, pero muy verde, un viejo sanguíneo, calvo, de abundante barba blanca, cubierto con un harido manto, enseñando los pies desnudos, carnosos, surcados de hinchadas venas azules. Lleva una palma en la mano izquierda y levanta la otra al cielo, un cielo entre cuyas nubes pardúscas asoman bustos de querubines redondos y moñetudos, con fragmentos de alas.

Un ángel diminuto, regordete, de macizas carnes colorado, con dos alas cortas y anchas como abanicos abiertos, y un manto color de rosa enroscado entre las piernas, le ofrece al viejo, con sus manecitas tendidas, una mata silvestre y unas flores bien poco lozanas. Abajo del cuadro se lee en parejas letras amaril-

llas: *San Ciro, médico, anacoreta y mártir, de quien fue devoto el beato Francisco Jerónimo.* A la salida del templo, después de introducir sus dedos en la pila del agua bendita para mojarse la frente, dejan una moneda en la charola de las limosnas, y juntos se van paso á paso por la calle, con una cara de beatitud inefable. . . . ¿Qué le piden á San Ciro, á ese médico descalzo que por todo instrumento de cirugía tiene una humilde palma? ¿Le piden acaso que le vuelva la vista al ciego? . . . La ironía humana que hasta de ella misma se burla, respeta á estos arrodillados. ¡Y quién no los envidia! Delante de ellos el sabio se lamenta de ser sabio. M. Renán, ese sabio impio, tan terrible como Lutero y tan caudoroso como una novicia, destruye los altares con su pensamiento. . . . ¡ay! pero deja su corazón entre las ruinas. . . . Ellos no han necesitado, para llegar á la suprema visión del Dante, atravesar como él la pesadilla horrible del infierno.

La mentira sublime es para ellos una sublime verdad. Son pobres seres atrasados en el camino humano, que aislados y contentos en su aislamiento, forman caravana aparte, y bajo sus modestas tiendas duermen el sueño sin cuidados de los que nada saben. Allí, á lo lejos, en la estepa infinita, los elegidos vuelan en las radiosas alas de la electricidad. . . . En tanto ellos, los olvidados, los pobres de espíritu que amaba Cristo, van todavía sobre los torpes mulos, cantando á la luz de las estrellas el Ave María. . . . San Ciro médico, sin sus

dos devotos, es un cuadro feo; con ellos, es un cuadro encantador.

Un día que como de costumbre, entré al estancillo á comprar cigarros, sorprendí una escena primorosa. La cortina que cubre el fondo, no estaba bien corrida y dejaba ver una pieza pequeña y aseada. El ciego estaba sentado con una toalla al cuello y la barba cubierta de esponjado jabón. *Ella*, divertidísima, lo afeitaba con singular destreza. Al entrar, oí que le preguntaba como preguntan los peluqueros: "¿molesta la navaja, señor?" "Tenía una dulzura su voz! . . . El ciego estaba radiante.

Por último, otra vez los seguí á la Alameda. Un crepúsculo espléndido caía sobre los árboles. Pocas nubes, casi transparentes, ligeramente rosadas. El ocaso, teñido por un barniz de oro pálido, hacía resaltar con rigidez escultórica las crestas resiradas de los montes. Un trozo de la luna livida, cortaba con sus dentelladuras la sedosa tersura del cielo. Una banda militar tocaba, y las notas, agitando sus alas vibrantes como las tupidas hojas, parecían parvadas invasiónes de pájaros. La última luz del día penetraba por las calzadas del parque, por entre las maderas verdes, opaca, cenicienta, como circundada por un velo. A lo lejos, el fondo azul era un lienzo para las líneas inmóviles de la torre. No sé qué cosa tocaba la banda; algo que me gustó mucho, una pieza suavemente melancólica, que me pareció así. Se sentaron en una banca de hierro, le compraron á un nevero dos vasos

de limón helados, y, mudos, absortos en su felicidad, *ella* con su cara de amapola y *él* con su ramito en ojal de la levina, respirando el aire puro y oyendo la dulce música, permanecieron allí, hasta que las estrellas anunciaron la noche. El misterio descendió á la tierra. Una campana tocaba á oración. *Ella* le dió el brazo á *él* y se internaron en la sombra. Desaparecieron. ¿Qué se dirían á solas en la callada noche? Yo solo sé que me puse á pensar en *ellos* con envidia, que nunca como en ese instante de soledad y de silencio, como en esa hora triste y bella que muy pocos saben disfrutar, sentí el deseo inmenso de un amor como el de *ellos*. . . . Las estrellas que se ven como gotas de luz en los pedazos descubiertos del cielo, el aire oliendo á tibia esencia de lirios, la sombra que abraza y oculta, todo convida á amar. . . . Y *ellos* se aman! Me fingí una de esas conversaciones á cada instante interrumpidas, con frases que el sentimiento trunca, con palabras que brillan en la obscuridad, con exclamaciones de fuego palpitanes. . . . Me fingí suspiros que piden caricias y besos que retozan inquietos y que resaltan ruidosos. . . . Yo los vi entonces, en un más denso de la sombra, muy juntos, con las manos enlazadas, temblorosos, los labios en los labios. . . . El ave del paraíso agitaba sobre *ellos* su plumaje de iris. . . .

¡Ay! suspiré levantándome, es una rara ave el ave divina!

JESUS URUETA

ANIL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

234500



UNIVERSITY OF CALIFORNIA

REYNOLDS ALFONSO
LIBRARY GENERAL DE

JEV
OTEC